

L47

1373

1871

TEORIA DELLA MEMORIA. ALLAD DEL ALMA.

EGUILLAZ.

Nov 17/71

TEORÍA
DE LA
INMORTALIDAD DEL ALMA
Y DE LAS
PENAS Y RECOMPENSAS EN LA VIDA FUTURA,

SEGUNDA EDICION
revisada, corregida y aumentada

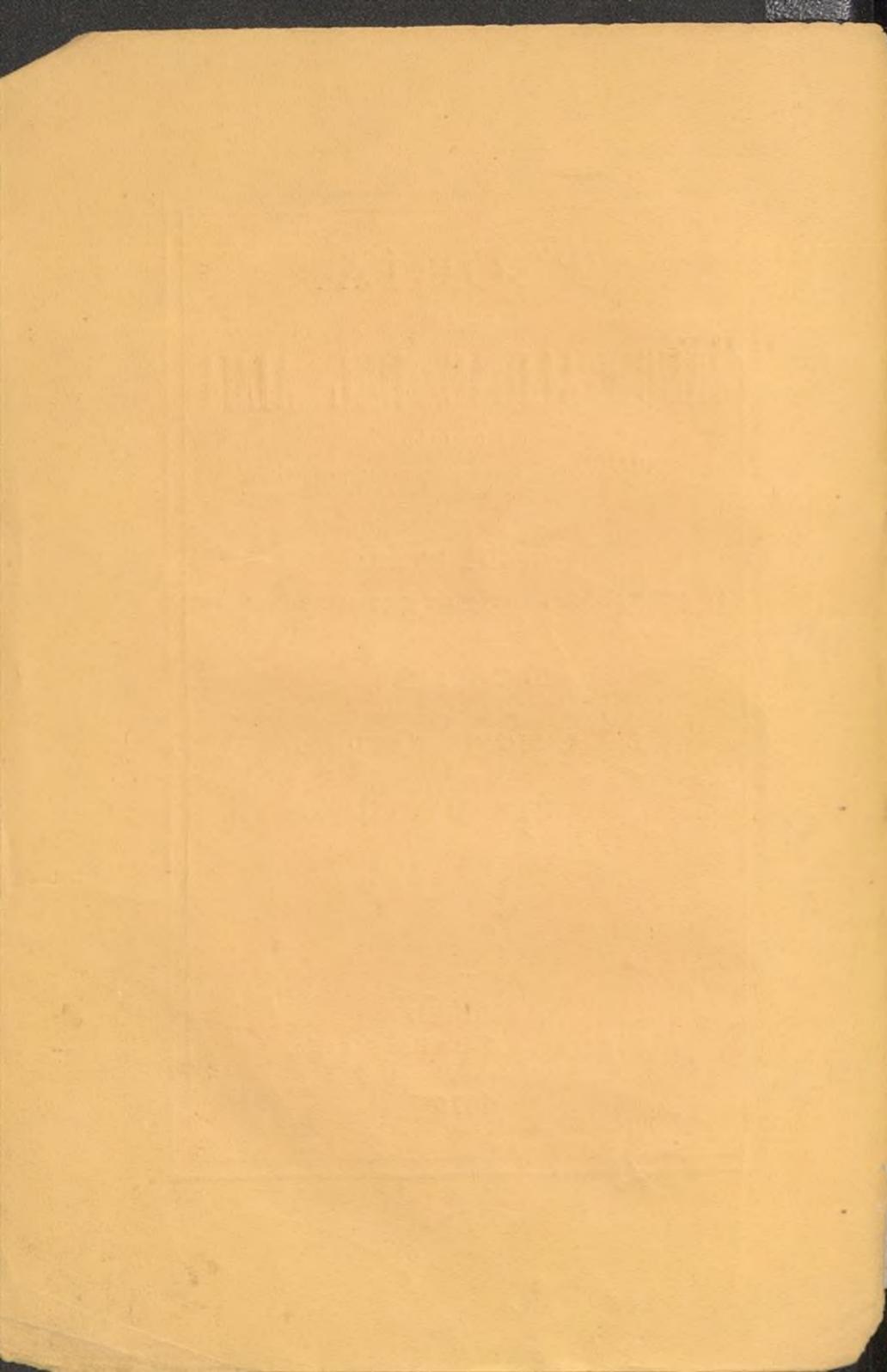
SEGUNDA DEL
CATECISMO
DE
LA RELIGION NATURAL
POR
D. JUAN ALONSO Y EGULAZ.

MADRID
Librería de A. de San Martin,
Puerta del Sol, núm. 6.

1871



13457



147-1323

76-17

2491

TEORIA
DE LA
INMORTALIDAD DEL ALMA.

MADRID.

Imprenta de S. de San Martín.

Calle de San Martín, 11.

1843.

ESTOY
DE
Esta obra es propiedad de D. A. de San Martín.

TEORÍA
DE LA
INMORTALIDAD DEL ALMA

Y DE LAS
PENAS Y RECOMPENSAS EN LA VIDA FUTURA.

SEGUNDA EDICION

revisada, corregida y aumentada

SEGUIDA DEL

CATECISMO

DE

LA RELIGION NATURAL

POR

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

MADRID

Librería de A. de San Martín,

Puerta del Sol, núm. 6.

1871

TEORÍA

DE LA

INMORTALIDAD DEL ALMA

Y DE LAS

PENAS Y RECOMPENSAS EN LA VIDA FUTURA

SEGUNDA EDICIÓN

Revisada, corregida y aumentada por el

autor de

CATECISMO

por

LA RELIGION NATURAL

por

D. JUAN ALONSO Y RODRÍGUEZ

MADRID

Librería de A. de San Martín

Prado del Sol, número 2

1871

DEDICATORIA.

Yo consagro este libro á todos aquellos hombres verdaderamente religiosos, que llevados de su buen sentido y de los rectos impulsos de su corazon, ven en Dios, no al jefe de una escuela teológica determinada, cualquiera que ella sea, no al protector exclusivo de tal ó cual grupo de individuos (católicos, protestantes, budhistas, etc.), sino al padre comun de la humanidad y de todos los seres creados sin excepcion.

Yo le consagro especialmente, á aquellos que habiéndose estraviado de su natural camino, y habiendo caido en delitos ó faltas (siquiera sus yerros permanezcan ocultos y secretos en el fondo de su conciencia), experimentan dia y noche el dolor del remordimiento, y el benefi-

cio caramente comprado de un arrepentimiento leal.

Dicho esto no quiero dejar de exponer un pensamiento. ¿No habría posibilidad de que todos los que tengan inclinacion á los sencillos principios de religion natural (de que soy tan solo un eco en el presente libro), empezaran á tratarse, entablaran mútuas relaciones, se conocieran y entraran en alguna comunicacion? Yo creo que así debe ser, é invito desde luego á aquellos que tambien lo crean á que se dirijan á mí personalmente ó por escrito.

Nada represento ni valgo, pero tengo plena fé en la necesidad de que la *nueva idea* se propague; y la constancia con que desde la revolucion de Setiembre me consagro á procurar sus adelantos es un título modesto aunque verdadero á la amistad de los que piensen como yo. En este sentido me ofrezco á servirles de lazo de union mútua. Quizás de nuestra comun accion brote algo provechoso para los demás.

Juan Alonso y Eguilaz.

INTRODUCCION.

Las investigaciones acerca de la naturaleza é índole de la vida futura no han llegado á revestirse todavía de un carácter científico, metódico y sistemático. Se cree en la inmortalidad del alma, se espera que despues de esta existencia sobreviene otra, dotada de tales ó cuales formas y rasgos peculiares; pero no se comprende que la mirada humana penetre ordenadamente en esos horizontes desconocidos, para descubrir poco á poco los detalles maravillosos que sin duda encierran. Ahora bien; de que hasta aquí no se haya soñado en comenzar una série de indagaciones racionales acerca de tan trascendental

asunto, ¿se sigue forzosamente que esas indagaciones sean imposibles? Locura fuera imaginarlo. Cada día se aumenta más y más el catálogo de los conocimientos humanos, abriéndose nuevas direcciones científicas, inaugurándose nuevas sendas antes no sospechadas, y creándose, por consiguiente, mayor número de ciencias ó de aplicaciones de las mismas. Y esto es natural. Al principio, el hombre sueña con la verdad una y simple, y aspira á explicar el Universo con un solo potente esfuerzo de sus facultades mentales, reduciendo el saber á la inspiracion; pero poco á poco empieza despues á encontrar séries de verdades parciales, que aumentan sin cesar; advierte que la explicacion de la realidad universal requiere trabajos ímprobos y prolijos; metodiza, clasifica y comienza á crear lentamente el complicado organismo científico, llamado á corresponderse con el organismo real.

Ahora bien; la doctrina de la inmortalidad del alma, en su desarrollo histórico, ha esta-

do y está aun sujeta á las consecuencias de esa evolucion que ligeramente he bosquejado. Primeramente yació envuelta en las tinieblas de la ignorancia primitiva. Nuestra especie, atenta á los enérgicos cuidados que exigía su material sustento, ni tenia fuerzas intelectuales suficientes para arrancarla de su dormido cerebro, ni soñaba siquiera en ella, ni podia dedicar á su investigacion el tiempo que necesitaba para evitar el influjo mortal de los agentes exteriores. Brotaron más tarde las religiones positivas, formas groseras, pero al fin formas de la relacion total entre el hombre y la Divinidad, y entonces ya el dogma de la inmortalidad apareció, tímido y vacilante, como parte del dogma religioso en que se engendraba. Esa aparicion era, sin embargo, muy vaga é indecisa. En vano los *misterios* de los cultos paganos servian para que los iniciados obtuvieran acerca de tan alta verdad algunos datos superiores á los del vulgo. Esos datos no consistian ni podían entonces consistir en otra cosa que en

esperanzas leves, en creencias instintivas, en sueños lejanos, exentos de todo apoyo racional.

Pronto, no obstante, fijó sus ojos la filosofía en el problema que las religiones habían planteado, y el profundo entendimiento de Sócrates derramó entre sus discípulos la semilla de una creencia, por decirlo así, profana, en la existencia de la vida futura. Desde entonces hasta hoy esa creencia ha ido afirmándose, ha crecido, se ha arraigado en el corazón de la humanidad, ha llegado á determinar entre las personas ilustradas una verdadera evidencia respecto á la realidad de nuestra inmortalidad individual; pero sin convertir nunca esa evidencia, puramente espontánea y propia de cada cual, en doctrina razonada, con método propio de investigación, con caudal de conocimientos adquiridos y con camino para mayores adelantos. ¿Y en qué consiste tal fenómeno? ¿En una imposibilidad efectiva de intentar la formación de la ciencia de la vida futura? No

tal: en causas puramente transitorias, y llamadas por lo tanto, á desaparecer. ¿Y cuáles son esas causas? En mi concepto, las siguientes:

Por de pronto, la primera y más grave de todas, ha sido la falta de robustez que la filosofía ha venido sufriendo, y que la ha incapacitado para resolver la cuestion fundamental, propia de su instituto, á saber: la de la certidumbre de los conocimientos externos ó trascendentes, cuestion que viene á resolverse en la del conocimiento razonado de Dios. En efecto; ¿á qué se ha reducido, durante siglos y siglos el movimiento filosófico? A la creacion de sistemas, más ó menos ingeniosos, más ó menos audaces, pero, al fin, hipotéticos, puesto que dejaban siempre abierta la puerta al escepticismo, en el hecho de no patentizar la posibilidad de construir la ciencia verdaderamente tal; es decir, la ciencia que se correspondiese con la realidad misma, y fuese su representacion y reflejo en el cerebro. Luego ¿de qué valia, en verdad,

imaginar sistemas científicos, si quedaba siempre en pié la duda de si era posible construir ciencia verdadera?

Y ese defecto capital, ese escollo perpetuo que se atravesaba siempre en el camino de la obra filosófica, producía, naturalmente, sus lógicos y fatales resultados en el problema de la inmortalidad del alma, acaso con mayor energía que en ningun otro. Porque si la cuestion de la certidumbre científica solo podia resolverse mediante el conocimiento razonado de Dios, fundamento absoluto de toda realidad; y si ese conocimiento, clave de los demás, no era abordado de una manera eficaz, ¿cómo deducir de él la ciencia de la vida futura, vida entrevista y soñada, pero no percibida en sí por medio del sentido, incapaz en este mundo de traspasar los límites del sepulcro? Hay, efectivamente, que notar, que la vida de ultra-tumba solo puede conocerse por la vía deductiva ó sintética, y no por la de la observacion y el análisis, faltando, por consiguiente, respecto

á ella, el concurso y el mútuo apoyo de los dos grandes procedimientos intelectuales, cada uno de los cuales corrobora y confirma las adquisiciones del otro. Ahora bien; si la vida futura no puede conocerse por la vía de la observacion (en cuyo caso la ciencia de la inmortalidad del alma quedaria sujeta á las condiciones comunes de las demás, relativamente á la certidumbre de la misma); claro es que, en caso de que esa vida exista, solo cabe estudiarla por la vía de la síntesis, deduciendo su realidad y las leyes de su realidad, en virtud del conocimiento previo del fundamento y de la causa en que debe engendrarse. Y como ese conocimiento (el de Dios), es justamente el que creia inaxequible excepticismo y el que la filosofía no patentizaba como real y verdadero, de ahí el que se girase sin cesar en un círculo vicioso, y el que la opinion vulgar, y aun la ilustrada y culta, mirasen tan elevada cuestion con ojos de desesperada envidia, suponiendo que el entendimiento humano no tenia alas

para llegar á ella. ¡Creencia cobarde y ofensiva á la Divinidad, de quien se decia con ello, implícitamente, que habia creado soluciones de continuidad en el Universo, haciendo imposible en aquel caso concreto la relacion (intelectual) entre el sér-hombre y un órden dado de la realidad! Es decir, el cáos.

Ese amilanamiento de la razon humana, daba lugar, por otra parte, al soberano imperio de las religiones positivas, que, al fin buena ó mala, torcida ó derecha, daban una solucion al problema de la inmortalidad individual, satisfaciendo, siquiera fuera de un modo grosero, el anhelo que á nuestra especie aquejaba de esperar con confianza en la persistencia de la vida, más allá de lo que llamamos muerte.

Ahora bien; semejante predominio de las religiones positivas, si bien por de pronto producía el beneficio de crear frenos poderosos que sujetaran los instintos depravados del vulgo, en cambio determinaba la exis-

tencia de males inmensos. En efecto; las soluciones dadas por esas religiones (lo mismo la católica que la mahometana, que todas), aunque inventadas por los hombres, y aunque hijas de ideas todavía atrasadas, como que, en resumidas cuentas, brotaban del mismo entendimiento humano, dotado aun de escaso desarrollo, tenían, sin embargo, el carácter de verdades reveladas; esto es, de verdades exactas é infalibles. De donde resultaba que las concepciones religiosas acerca de la inmortalidad del alma, se imponían á las conciencias por el prestigio divino de que el sacerdocio las habia revestido, y aparecían, además, como verdades oficiales (sarcasmo repugnante), gozando, por consiguiente, el apoyo material que las otorgaban los gobiernos constituidos, siendo enseñadas en las escuelas públicas y estando libres de concurrencia profana, porque la ley impedía la promulgacion de doctrinas opuestas, miradas como sacrilegios y heregías.

— ¿Y qué resultaba á su vez de ahí? Que las

investigaciones racionales acerca de la índole de la vida futura, se veían detenidas y paralizadas por dos obstáculos inmensos. Contrariábalas la superstición general, adherida ciegamente á los absurdos predicados por el clero, y contrariábalas, además, el peso de la influencia oficial, atenta siempre á cortar de raíz y en su origen, cualquier tendencia que de cerca ó lejos pudiera llegar á luchar contra el crédito de las disparatadas doctrinas sacerdotales. Y de nada valía que esas doctrinas, disculpables al nacer (por razón de la escasa ilustración histórica), fuesen cada vez apareciendo más en guerra con los progresos científicos de edades posteriores. A medida que el trascurso del tiempo demostraba, con creciente claridad, su insuficiencia y su falsedad, crecía también el maridaje entre las iglesias y el Estado, buscando el clero en el auxilio de la fuerza bruta el apoyo que ya no encontraba en la opinión general, hartamente adelantada para pagarse como antes de cuentos, cuya hilaza ofendía su vis-

ta. Así, una política errada ó mal intencionada, ó las dos cosas á la vez, ha impedido las evoluciones graduales y naturales del pensamiento humano, respecto á un problema cuya sensata solución encierra tan profunda importancia práctica para la vida individual y para el órden social, ya perpetuando doctrinas incompatibles con el progreso intelectual de los pueblos, ya imposibilitando la aparición suave y tranquila de sucesivas concepciones más perfectas. Y no se crea que ese mal se ha limitado á producir una mera detención en los adelantos intelectuales humanos, detención que podría al fin, más pronto ó más tarde, subsanarse, sino que ha dado además lugar á la indiferencia religiosa y al ateísmo. Porque los hombres de media ilustración y cultura, es decir, la gran masa de ciudadanos, que forman el nervio de las naciones, sintiendo en su interior la insuficiencia de los dogmas religiosos existentes, y no viendo, sin embargo, nada que los sustituya con ventaja, han

caído en la incredulidad y en el materialismo, haciendo alarde de vivir sin fé ni esperanza para lo futuro. Aquí existe, pues, un gran mal, que puede ser origen de terribles convulsiones, que quizá está siendo ya causa de la profunda inmoralidad que nos corroe, y que necesita, por tanto, un rápido y enérgico correctivo, si no se quiere que todo vestigio de creencias elevadas desaparezca del seno de los pueblos. ¡Extraña y lastimosa situación, creada por la tiranía teocrática y la política, amalgamadas en fatal consorcio!

Ahora bien; ante el espectáculo de esa degradación moral, que amenaza crecer inmensamente si no se la contiene, preciso es que la iniciativa individual acuda al único remedio capaz de contenerla; esto es, á la depuración y propagación de una doctrina racional y sensata sobre la naturaleza de la vida futura, y sobre la clase de penas y recompensas que en ella han de merecer los actos que cometamos en ésta. Al Infierno y la Gloria descritos en las religiones positivas, y

en que ya nadie cree, opongamos el cuadro de otro Infierno y otra Gloria más acordes con los sanos principios de la razón, Infierno y Gloria que tengan su asiento en medio de la vida social y en el seno de esos infinitos mundos que pueblan el espacio; y solo entonces los incrédulos y los que rechazan dogmas impuestos, abrirán sus ojos á la luz con que se les brinde, encontrando por sí mismos la verdad que hasta ahora se les ha ocultado, y reconociendo la realidad de una sancion moral de sus acciones despues de la muerte.

Bien sé, sin embargo, que esta noble y generosa empresa ha de tropezar con obstáculos, nacidos del mismo envilecimiento (digámoslo con claridad) en que la generacion actual está sumida. Los que se burlan privadamente de todas las religiones y aun del mismo Dios, levantarán la voz hipócrita en contra de los que pintarán como enemigos del sentimiento religioso. ¡Ah! por desgracia pasan hoy por hombres de orden los que nos

conducen á un cataclismo social, por su egoista tenacidad en sostener lo que saben que carece ya de toda raíz en el corazón de los pueblos, mientras se considera como demagogos ó ateos á los que, llenos de amor hácia sus semejantes y de deseo del bien público, anhelan sustituir lo que se vá, con algo que sea más acomodado á las exigencias de la época, y que evite el gangrenamiento completo de las conciencias, hácia el que marchamos á pasos agigantados. Solo el Sér Supremo es el que hace, sin duda, justicia á unos y otros, y el que señala con verdad cuáles son los que, con apariencia de conservadores, están provocando una explosión de desgracias, que ojalá nunca sobrevengan, y cuáles los que, tildados de revolucionarios, son realmente acreedores al nombre de defensores del orden social. Lo injusto de las apreciaciones humanas no debe, empero, desanimarnos. Dejemos á los explotadores de las religiones oficiales adquirir en su calculada defensa fácil diploma de ciudadanos

beneméritos; dejemos, igualmente, á los ilusos ó indiferentes adherirse, quizá de buena fé, á la obra de los devotos de conveniencia, respetando, aunque deplorando, su terrible ceguedad, y marchemos adelante con nuestro empeño de dar bases más sólidas que las actuales á la quebrantada moral de los tiempos que corremos. Hoy, por fortuna, la libertad política que disfrutamos nos permite publicar con independencía nuestras aspiraciones y nuestras ideas, sin sujetarlas á la censura del fiscal de imprenta ni á la inspeccion humillante de la Vicaría eclesiástica.

Pero para sustituir dignamente añejas y desautorizadas doctrinas con otras nuevas, basadas tan solo en la razon, atentamente consultada por nuestro activo entendimiento, procuremos que las investigaciones encaminadas á esclarecer el alto problema de la vida futura, sean dirigidas por buena senda, y estén siempre animadas por el espíritu de la sinceridad y de la rectitud.

El estado actual de la filosofía nos permi-

te, por otra parte, consagrarnos á esa tarea con elementos de éxito. Efectivamente; si en tiempos pasados el grado de adelanto de la ciencia filosófica, y en especial de la metafísica, era insuficiente para intentar una formal investigacion de las leyes que rigen la inmortalidad del alma, en el dia la situacion ha cambiado casi por completo. Y ¿cuál ha sido el origen de tal trasformacion? El que menos, acaso, pudiera suponerse: el mismo excepticismo. Vano era, en verdad, el afan de crear sistemas y sistemas, mientras (como atrás dejo dicho) esos sistemas fueran meros hijos de la invencion fantástica, y no descansarían en terreno firme. Afortunadamente, el excepticismo, siempre en vela, se encargaba sin cesar de poner en duda la posibilidad de los conocimientos transitivos; y ese perpétuo aguijon, ese centinela infatigable impedía á la filosofía descansar sobre efimeros laureles, advirtiéndola que éstos no serían verdaderamente tales, mientras el fundamento de la verdad de esos conocimientos no estuviera encontrado.

o La crítica severa de Kant, fué, bajo tal punto de vista, la que fijó definitivamente las necesidades más apremiantes de la ciencia filosófica y la que dió origen al portentoso y fecundo movimiento que en nuestros días presenciarnos. Y aquí llego á hacer necesariamente mencion de una escuela que cuenta con numerosos partidarios en España, que es en ella y fuera de ella objeto de grandes controversias, y á la cual no se ha hecho aun, en mi concepto, entera justicia: me refiero á la escuela de Krause. Ahora bien; lo que yo creo respecto á ella, es lo siguiente.

o Krause tiene el mérito innegable de haber determinado claramente el método de indagación para ascender hasta el principio de la ciencia, adoptando como punto de partida una verdad naturalmente poseida por todos y absolutamente cierta, á saber: la de la propia realidad; y ahondando gradualmente el conocimiento de ella hasta encontrar en ese conocimiento mismo el tránsito (llamémosle así) al conocimiento de Dios, reconocido des-

pues como fundamento de todo conocimiento particular, incluso ese conocimiento de la propia realidad, que ha servido de escalon para llegar al capital y principal. La idea de ese procedimiento analítico, el esmero empleado en su exposicion, y la conviccion de su profunda importancia y necesidad, son, en mi opinion, los títulos que puede presentar el filósofo aleman á la gratitud de sus semejantes; títulos evidentemente grandes y envidiables. Solo, en efecto, la adopcion de ese análisis preliminar (incorporado despues en la ciencia misma), es el que puede hacer posible una filosofía seria, varonil, que no camine al azar, y que, si no la seguridad, tenga, al menos, la esperanza razonada de llegar á grandes resultados y adquisiciones, una vez advertida la posibilidad de construir ciencia verdadera, y no meras hipótesis. Ese mismo carácter serio del análisis krausista, es por otra parte el que, á mi entender, ha valido á esa escuela su popularidad en España, país que, aunque me esté mal el decirlo,

por ser yo español, se distingue y se distinguirá siempre por un espíritu severo y formal, enemigo de toda farsa, y amante instintivo de cuanto ofrezca visos de rectitud y solidez.

Pero si todo esto es cierto, también firmemente creo que el análisis practicado por Krause no ha sido feliz, y le ha conducido á errores gravísimos en puntos trascendentales. Y para no ir más lejos, no tengo más que citar su doctrina de que el espíritu y la naturaleza son séres, cuando ni son ni pueden ser más que esencias ó propiedades. Esa doctrina riñe, en efecto, con el mismo concepto de *sér*, hasta un extremo tal, que apenas se concibe su adopción por parte de un pensador tan elevado; y semejante aberración no puede menos de traer á la memoria aquel dicho vulgar de que, «no hay gran yerro que no haya sido enunciado por algún gran filósofo.» ¿El espíritu y la naturaleza séres? ¿Cómo? ¿De qué modo? Lo que hay es que, atribuyéndoles tal carácter se evitan, *por de*

pronto, muchas dificultades (para caer despues en otras mayores), quitándose el trabajo de advertir el procedimiento creador, por cuyo medio van brotando del seno del Universo entidades cada vez más merecedoras de ese nombre de séres (dueños de sus propiedades), empezando por los elementos naturales generales, continuando por el reino vegetal, cuyos individuos empiezan á merecer, aunque imperfectamente, tal calificación, y prosiguiendo por los animales y los hombres. ¡Pues qué! ¿No repugna al simple buen sentido, el reconocimiento (puramente fantástico) de una interior contrariedad de sér, dentro del yo humano? La contrariedad podrá ser, y es, sin duda, de propiedades ó modalidades, pero no más. Pensar otra cosa equivale, á mi juicio, á luchar abiertamente con las verdades más simples y más elementales.

Otro resultado, igualmente falso é igualmente deplorable del análisis krausista, es, en mi opinion, el que se refiere á la categoría de la existencia, dado que, segun él, y

en virtud de una confusion extraña, el existir viene, en resumidas cuentas, á refundirse en el sér (tomando esta palabra como verbo), cuando yo creo, por el contrario, que entre el significado de ambas palabras media un verdadero abismo. Pero, á veces, á trueque de que un sistema aparezca bien organizado y enlazado *en el libro*, no se retrocede ante ningun obstáculo, sacrificando á una artificial y vana simetría científica los más elocuentes llamamientos del buen sentido. Por otra parte, el orgullo de explicarlo todo (haya ó no arcanos de difícil sonda), contribuye poderosamente á dar por hecho lo que está por hacer y á crear terribles laberintos, cuando valdria más limitarse á determinar los puntos dudosos y oscuros de las cuestiones que se tratan, dejando al porvenir su solución, si por el pronto no se encuentra tal que satisfaga, y que no dé márgen á embrollos mayores que los que tratan de evitarse. Así, en el caso actual, Krause ha suprimido (á sabiendas ó no), con su doctrina relativa á la

existencia, la diferencia entre el Dios inerte y primitivo, entrevisto por todas las teogonías, y el Dios fecundo y creador, tapiando con sus sutilezas metafísicas el abismo que hay entre el uno y el otro, como si tal abismo fuera el terreno más asequible y llano. Hay más; los defectos de análisis, que dejo notados, unidos á otros, que no es esta ocasion de detallar, han lanzado á Krause á sostener teorías lastimosas, respecto á cuestiones más prácticas, digámoslo así, y que se relacionan con la organizacion total del Universo, haciendo de su sistema un sistema ruin y egoista, en que el hombre se erige en único eterno confidente de la divinidad, y cerrando así los ojos á lo más grandioso y sublime del espectáculo que la creacion nos presenta; esto es, á la evolucion constante, por cuyo medio esa creacion se trasfigura paso á paso, aspirando á que cada uno de los séres que brotan de su seno participe del reino de Dios; es decir, aspirando ella misma á tal participacion, mediante su conversion gradual en

focos vitales y conscientes (séres), cada vez más próximos al Sér Supremo, su padre y su señor.

De estas observaciones rápidamente trazadas, pero que son en mi ánimo hijas de una larga y anterior meditacion, deduzco, pues, que el método de indagacion analítica propio de la escuela de Krause, es el único capaz de abrir camino para la creacion de una doctrina racional acerca de la vida futura, mediante la elevacion gradual de la inteligencia hasta el conocimiento de Dios; conocimiento que, una vez adquirido, ha de ser el fundamento real y lógico de un trabajo deductivo, que nos ha de conducir al objeto deseado. Mas al mismo tiempo creo que el que anhele llegar á un resultado verdadero, tiene que empezar por verificar la indagacion analítica por sí mismo, prescindiendo de la expuesta por Krause, ó consultándola simplemente para adquirir conocimiento de ella; pero cuidando de no seguirla servilmente, ni mucho menos, á fin de no perder la propia

independencia de espíritu, y no ser un mero discípulo y sectario de las doctrinas del maestro.

En tan alta tarea un capital y animador pensamiento debe servirle á todas horas de estímulo perenne, á saber: el de que hay medios y caminos positivos é innegables para investigar las leyes de nuestra inmortalidad individual, medios y caminos ya indicados en las líneas anteriores y aun en todo el curso de esta breve introduccion. Efectivamente, si la inmortalidad del alma es un hecho real, ese hecho real ha de estar forzosamente fundado en la realidad suma y absoluta (Dios), y ha de hallarse determinado y engendrado por ella segun las leyes constitutivas de esa realidad misma. La cuestion, pues, se reduce á ascender racionalmente hasta el conocimiento de Dios, adquiriendo de él una verdadera evidencia, y advirtiendole despues si la naturaleza divina es tal que encierre en sí la necesidad de la inmortalidad de todas las criaturas, y la sumision de esa

inmortalidad á tales ó cuales reglas providenciales. La realidad de nuestra vida futura y la forma de dicha realidad han de encontrarse, de consiguiente, por la via deductiva, como fundadas necesariamente en la esencia de Dios, esto es, como debiendo ser tal realidad y tal forma de la misma, por virtud de leyes irremediabiles é infalibles encontradas en la naturaleza de la Divinidad.

Tal es la empresa: larga, penosa, árdua, pero factible.

El procedimiento que indico es, sin embargo, propio únicamente de obras latas escritas desde luego en estilo puramente científico, con método científico y dedicadas á la exígua y casi insignificante parte del público acostumbrada á las especulaciones metafísicas, y capaz de seguir, no solo sin cansarse, sino con interés y anhelo el delicado y sutil giro del pensamiento á través de las indagaciones friamente racionales.

Ahora bien, comprendiendo yo que una obra de ese carácter tendria escasísima di-

vulgacion, y necesitando además mi tiempo para atender á los cuidados prosáicos, pero necesarios de la vida material, me he limitado á exponer en las siguientes páginas los resultados más prácticos, más perceptibles y más fácilmente difusibles de los estudios metafísicos que he hecho solo mentalmente, reservándome su árido armazon en la conciencia. En efecto, la necesidad más urgente hoy por hoy es, en mi concepto, la de abrir nuevos campos y horizontes religiosos á la entumida imaginacion de las personas regularmente letradas que, sin holgura ni deseo de entregarse á profundos trabajos intelectuales, son, no obstante, susceptibles de apreciar la índole de una doctrina nueva por medio de una simple lectura exenta de fatiga.

El libro que ofrezco á mis conciudadanos es, pues, un libro de carácter preferentemente propagandista. Sin embargo, yo debia, aunque fuera de un modo rápido, dar al público razon y cuenta de todos los elementos científicos que se esconden tras unas páginas

en que mi principal cuidado ha sido el de buscar la amenidad y el agrado. Por eso escribo estas breves y mal pergeñadas líneas de introduccion. La misma sinceridad y lealtad que me las dicta, me mueve tambien á manifestar que en mi obra *El Derecho natural*, publicada despues de la primer edicion de esta cuya segunda ofrezco ahora, he procurado ya desenvolver algo más mi sistema, aunque con aplicacion especial al terreno jurídico y suprimiendo toda la parte analítica preparatoria, supresion que ha obedecido igualmente al apuro en que me coloca la falta de tiempo que en su mayor parte tengo que consagrar á otras tareas.

Sin embargo, si Dios me dá salud, espacio y ánimo para ello (ánimo no me faltará), espero no tardar demasiado en publicar la segunda edicion de *El Derecho natural*, dado el favor con que se acoge la primera, haciendo ya en ella el trabajo completo analítico-sintético que me ha conducido á mis opiniones sobre la vida futura, y que entre

otros resultados, me ha hecho divorciarme radicalmente de las teorías jurídicas de Ahrens y Røeder, en virtud del íntimo enlace existente entre los altos problemas de derecho y las importantísimas cuestiones referentes á la forma de la inmortalidad individual en todos los seres creados.

Dicho esto, reclamo la indulgencia de mis compatriotas para los muchos defectos de la pequeña obra que les ofrezco, y les ruego que no dejen de dedicar algunos ratos á meditar sobre el asunto capitalísimo de la vida futura. Por fortuna, el genio español es acaso el más reflexivo y audaz de todo el mundo, y si la tiranía religiosa y política le ha retrasado en su camino, siempre podrá decir muy alto que cuando Alemania no producía más que un Lutero, España engendraba un Zapata, quemado por la Inquisición, pero cuyo empuje revolucionario y profundo entendimiento le elevaban cien codos por cima del autor de la reforma protestante.

de tener existencia. Volvamos al punto
de la existencia representada por el
y una relación de los seres, no sólo co-
mo simplemente tales, sino también como

CAPÍTULO PRIMERO.

de resulta que sólo puede decirse de un ser

¿Qué es la inmortalidad? ¿Qué es el alma?

dicen la forma que en el mundo. Explicaré
esto con un ejemplo.

Voy á tratar en este pequeño libro de un asunto muy grave: el que se refiere á la inmortalidad del alma y á las consecuencias fundamentales que de tal inmortalidad se derivan.

Pero ántes de penetrar directamente en el fondo de la cuestion, conviene, y aun es indispensable, examinar los términos que la expresan.

Respecto á la palabra *inmortalidad* poco tengo que decir, pues su significacion es clara y precisa y no da lugar á dudas. Inmortal es aquello que nunca ha de morir, que nunca ha de perecer, que nunca ha de dejar

de tener existencia. Notaré, sin embargo, una cosa. La existencia representa la *revelacion y manifestacion* de los seres, no sólo como simplemente tales, sino también como traducidos en *hechos* por decirlo así; de donde resulta que sólo puede decirse de un ser que existe mientras su esencia se *manifiesta* bajo la forma que le es inherente. Explicaré esto con un ejemplo.

Todo el mundo sabe que el jabon es una sustancia constituida por la union de un álcali y de un aceite. Pues bien; un pedazo de jabon muere, deja de existir desde el momento en que por medios químicos se obtiene la separacion del aceite y del álcali. En efecto, aunque en tal caso subsistan todavía los elementos del jabon, realmente el jabon, como jabon, ha muerto.

Esta parece una verdad de simple sentido comun; pero creo de mi deber recordarla aquí, porque corre por esos mundos una teoría singular. Dicen muchos que nada muere en el Universo, y apoyan su asercion en el

hecho de que las partes ó elementos componentes de las cosas nunca se aniquilan aunque las cosas se destruyan. Este es un evidente disparate. Si yo tengo un cajon de madera y le deshago, ciertamente me quedan todavía sus tablas; y si quemó las tablas, ciertamente me quedan todavía sus cenizas; pero haria muy bien cualquiera en llamarme imbécil si yo cogiera las cenizas y se las pusiera en la mano, diciendo: Te regalo para tus usos ese hermoso cajon.

Para que una cosa no muera, para que una cosa siga existiendo es, pues, necesario que subsista con sus caracteres capitales, con sus atributos fundamentales, con su modo especial de ser, aunque se modifique en los pormenores. Así un trozo de jabon negro y ordinario puede ser purificado, clarificado y blanqueado, puede experimentar una refinacion, puede llegar á hacerse digno de figurar en el tocador de una dama, y hasta puede estar aromatizado sin dejar de ser jabon; porque, á pesar de todos esos mejoramientos,

siempre continúa compuesto de un álcali y un aceite; pero si ese álcali y ese aceite se separan, el jabon habrá muerto. Así tambien un cajon basto y grosero podrá ser cepillado, barnizado y pulimentado, podrá adquirir una cerradura, podrá ser forrado en seda y terciopelo, y sin embargo seguirá siendo cajon; porque, á pesar de todas esas reformas, continuará constituyendo la cavidad inherente á su naturaleza; pero si sus tablas se separan, el cajon habrá muerto.

Con lo dicho es suficiente para comprender la significacion de la palabra *inmortalidad*. Se entiende, pues, por inmortalidad la cualidad que tiene una cosa ó que en ella se supone de subsistir eternamente como tal cosa y con todos sus caractéres esenciales, salvas las modificaciones ó los mejoramientos que pueda recibir sin que sus condiciones capitales se alteren. Vamos ahora á la palabra *alma*.

Con relacion á ella diremos desde luego que el uso científico, el uso vulgar y el uso

popular la toman en distintos sentidos. Lo más comun es confundirla con el espíritu, tomando ambos términos como sinónimos. Para la mayor parte de los hombres hablar del espíritu es lo mismo que hablar del alma, pues en su concepto una y otra palabra expresan el principio inmaterial de nuestro sér, ese algo incorpóreo y sutil opuesto al organismo físico. Hasta los sabios y los filósofos manifiestan igual opinion, y no hay mas que abrir sus libros para ver en ellos ambos términos empleados indistintamente. A todo lo que llegan algunos es á decir que el alma es el espíritu considerado, no en sí mismo, sino en sus relaciones con el cuerpo. Este será un rasgo de ingenio, pero declaro que no le comprendo.

Y ¿qué consecuencia favorable, qué resultado útil se desprende de que una cosa considerada aisladamente tenga un nombre, y considerada en relacion con otra cosa tenga otro nombre distinto? Por otra parte, si el espíritu aislado se llama espíritu, y el espíritu

en relacion con el cuerpo se llama alma, el cuerpo, que considerado aisladamente se llama cuerpo, deberá tambien llamarse de cualquier otra manera cuando sea considerado en relacion con el espíritu. Aumentemos, pues, el Diccionario con una nueva palabra. Y á todo esto, ¿qué vamos ganando? Nada, que yo sepa.

Hay además que tener en cuenta otra circunstancia. Si las palabras alma y espíritu significan el elemento incorpóreo del hombre, y la palabra cuerpo indica el elemento físico, ¿qué palabra queda para expresar la unidad fundamental de cada individuo? Sabido es, en verdad, que cada sér humano no solo es cuerpo y espíritu, sino que antes de ello y sobre ello es el fundamento y la causa del uno y del otro. Ahora bien; ¿serán los idiomas tan torpes que tengan únicamente palabras para expresar las dos fases del hombre, la espiritual y la corporal, y carezcan de la necesaria para significar su unidad fundamental, unidad de que el cuerpo y el

espíritu son manifestaciones ó determinaciones parciales?

Bien sé que los filósofos dan á esa unidad fundamental el nombre de *el yo*; pero ciertamente que en este caso no se han mostrado demasiado felices para bautizar. ¡Acudir á un pronombre personal para indicar la esencia capital del hombre! Recursos de tal naturaleza le recuerdan á uno involuntariamente las casas de trapisonda en que se echa mano de la jofaina para soperar ó se prepara el café en una sarten. El instinto general tiende á ridiculizar ese *yo* tan malamente trasplantado de su terreno, y le sobra razon para hacerlo así.

La inspiracion popular, el genio lingüístico de los pueblos ha obrado de otro modo y ha sabido con mejor criterio y con mejor gusto aplicar cada palabra á una sola idea, no dejando de encontrar todas las palabras que le han sido indispensables para expresar todas las ideas.

Veamos cómo.

Es ante todo digno de observarse que nuestras dos palabras españolas *alma* y *espíritu* tienen traduccion y correspondencia exacta en los demás idiomas. El *espíritu* se llama en francés *sprit*, en inglés *spirit*, en italiano *spirito*. El *alma* se llama en francés *âme*, en inglés *soul*, en italiano *anima*. ¿Qué indica esto? Que el genio de las diversas razas coincide en hallar alguna diferencia entre el alma y el espíritu, pues de otro modo no hubiera buscado dos expresiones para un solo pensamiento. Ahora bien, este género de testimonios es muy digno de consideracion. Los idiomas no pueden considerarse como meras invenciones artificiales, sino que constituyen un producto espontáneo de la humanidad, desarrollado en su seno por inspiracion del Sér Supremo; así es que las tendencias comunes, en que lenguas diferentes concuerdan, encierran siempre gérmenes de grandes verdades.

Insistamos, pues, en este terreno, y veamos el sentido que el uso general, guiado por

un instinto más seguro que los cálculos premeditados de los científicos, asigna separadamente á entrambos vocablos.

Al hablar de poblacion, todo el mundo toma la expresion *número de almas* como equivalente á número de personas ó habitantes. ¿Por qué no se dice igualmente *número de espíritus* ó *número de cuerpos*? Porque indudablemente parece que de estas dos maneras no se haria referencia sino á la una ó á la otra de las fases del hombre, mientras la palabra *alma* se presta sin esfuerzo á representar la totalidad íntegra del individuo.

Refiérese un cuento sobre aparecidos y sobre fantasmas. ¿Qué nombre se les da? El de *almas del otro mundo*. ¿Por qué no parece tan apropiado el decir: espíritus del otro mundo, ó cuerpos del otro mundo? Por la misma razon anterior. Y de igual modo no se habla nunca de cuerpos en pena ni de espíritus en pena, sino de *almas en pena*, cuando se hace mencion de los difuntos que fuera de los límites de esta vida expían las faltas que en ella cometieron.

Otro ejemplo. Cosa corriente es que un enamorado llame á su novia *alma mia*, en un momento de expansion de su cariño. ¿Por qué en tales circunstancias no se dice jamás á una muchacha *espíritu mio* ó *cuerpo mio*? Porque lo uno seria una extravagancia y lo otro una grosería, y lo uno y lo otro dos estupideces. El enamorado comprende en esos casos instintivamente que el amor implica la union total de los amantes, y se sirve de la frase *alma mia*, para indicar que entre él y su querida media una intimidad que abraza de raíz ambas personalidades.

Estas locuciones, y otras semejantes que pudiera citar, muestran que la inspiracion natural señala diferencias innegables, no sólo entre el alma y el cuerpo, en lo cual no hay dificultad, sino tambien entre el alma y el espíritu. Cierta tacto especial, cierto secreto impulso advierte al pueblo que el concepto de alma admite y envuelve juntamente dentro de sí lo inmaterial y lo material, al paso que el espíritu, el *espíritu puro*, como suele

decirse, rechaza con fuerza todo lo que sea organismo físico.

El alma, pues, en la opinion, deliberada ó indeliberada, de la multitud, aparece como una cosa más extensa, más amplia, más comprensiva, más anchurosa que el espíritu. Tanto es así, que cuando se llama á una persona *espirituada* se la tacha con ello de carecer de vitalidad y energía, de tener el espíritu acompañado de un cuerpo triste y frágil; mientras un hombre de *mucha alma* es para las gentes un hombre de arranque viril en todo el conjunto indiviso de su sér. Y en fin, para designar la idea de la persistencia de la vida individual más allá de este mundo, por más que á veces se mencione la inmortalidad del espíritu, ¿quién no ve que es más propia, más gráfica, más adecuada la expresion *inmortalidad del alma*?

Hechas estas ligeras advertencias, puedo ya manifestar claramente mi opinion, estableciendo que el alma es la esencia fundamental y única del hombre, su unidad pri-

mera que se manifiesta en el curso de la existencia por medio de sus dos fases subordinadas, ó sea sus dos modos de sér, llamados espíritu y cuerpo, comprendiendo en potencia al uno y al otro, y teniendo ambos en ella su causa y su raíz.

Quedan, por tanto, definidas la palabra *inmortalidad* y la palabra *alma*.

En su consecuencia, debe entenderse por inmortalidad del alma la facultad que el alma goza de no morir jamás, de no dejar nunca de existir, subsistiendo por el contrario eternamente, y subsistiendo, no descompuesta, ni fraccionada, ni disuelta, sino íntegra, como tal alma y con todos los caractéres esenciales que le son inherentes, salvos los mejoramientos y progresos que sucesivamente pueda alcanzar sin detrimento ni alteracion de su índole.

CAPITULO II.

El alma, el cuerpo y el espíritu.

Como este libro le escribo para la generalidad, y muchos de mis lectores no se habrán penetrado quizás enteramente de lo que es el alma, de las relaciones que sostiene con el cuerpo y el espíritu, y de lo que el cuerpo y el espíritu son con respecto á ella, dedicaré algunos instantes al esclarecimiento de estas cuestiones.

¿No te ha pasado muchas veces, ¡oh tú, cualquiera que seas el que recorras estas líneas! al entrar en alguna casa y al oír preguntar el nombre del visitante, responder: *Soy yo?* Pues bien: ¿qué querías decir con

ese *soy yo*? ¿Querías significar que el que llegaba era tu cuerpo? No. ¿Querías decir que el que allí acudía era tu espíritu? Tampoco. ¿Querías, por último, dar á entender que tu cuerpo y tu espíritu unidos (como dos amigos que pasean del brazo) eran los que iban á hacer la visita? Tampoco. Repara con cuidado, y observarás que, al responder *soy yo*, querías decir todo eso junto, y más que todo eso; querías decir: Soy yo, en totalidad y en unidad, con mi cuerpo y con mi espíritu y con todas las formas de mi sér, formas que emanan de mí, siendo yo el sugeto y el fundamento de todas ellas.

Efectivamente, lejos de ser el hombre el mero conjunto de su cuerpo y su espíritu, ó el resultado de la union de ambos, lo que en realidad tiene lugar es todo lo contrario: él es la causa del uno y del otro.

Cada hombre constituye en primer término, y antes de toda diversidad interior, una unidad, una sola esencia, una sola cosa, un solo algo; y como tal unidad, como tal única

esencia, como tal única cosa, como tal único algo, el hombre *es alma*.

Pero esta alma dentro de ser una y á pensar de serlo, encierra en sí un principio de diversidad ó fraccionamiento interior, y en vez de subsistir en la pura inalterabilidad de su unidad, manifiesta su esencia durante el curso de la vida bajo dos puntos de vista diferentes, bajo dos formas internas y subordinadas, que son *el cuerpo* y *el espíritu*.

Es decir, que el alma, que es el verdadero principio de individualidad de cada hombre; el alma, que es su verdadero sér, su verdadera esencia reducida á su unidad fundamental y suprema; el alma, repito, no puede cumplir su mision en la práctica de la vida sin explayarse en dos distintas direcciones, sin revelarse bajo dos aspectos parciales, uno de los cuales se llama *cuerpo* y otro *espíritu*.

Para la mejor comprension de esto, aduciré un ejemplo.

¿Qué es la luz? La luz, aunque comprensiva de todos los colores que se derivan y

nacen de ella, es ante todo una unidad. Así la luz, como tal unidad, como tal pura claridad, es lógicamente anterior y superior á sus diversas formas interiores. Pero la luz, sin dejar de ser siempre una en el fondo, encierra dentro de su seno un principio de multiplicidad interna; y en efecto, al quebrantarse en un prisma revela ese fenómeno, disgregándose ó explayándose en distintas direcciones, bajo distintos aspectos parciales, cada uno de los cuales constituye un color.

Pues bien; el alma es como esa luz, considerada en su pura indivisa unidad, abstracción hecha de toda diversidad interior y subalterna; y el cuerpo y el espíritu son como dos colores en que esa luz se parte ó se manifiesta.

Hay más aun. La comparacion que acabo de establecer y que nada tiene de arbitraria ni de caprichosa, permite comprender y percibir fácilmente el género de relaciones que el espíritu y el cuerpo sostienen, ya mutuamente uno con otro, ya ambos con el alma.

Un color, como tal, no es igual á otro color diferente, tambien como tal: el azul, como azul, no es igual al amarillo, como amarillo. Pero, constituyendo todos los colores en el fondo de su naturaleza manifestaciones de la luz, cualquier color, *en cuanto luz*, es fundamentalmente igual á los demás, *considerados tambien como luz*.

Del mismo modo el cuerpo, como cuerpo, es diferente del espíritu, como espíritu; pero constituyendo ambos dos manifestaciones ó modos de ser del alma, y siendo ambos en el fondo alma, revelada bajo tal ó bajo cuál punto de vista, resulta que el cuerpo y el espíritu, *en cuanto alma*, son fundamentalmente iguales. Así se explican en Antropología innumerables y curiosísimos hechos.

Por otra parte, conviene considerar que los diversos colores no son partes de la luz, partes, por decirlo así, pegadizas, de tal suerte que pueda eliminarse cualquiera de ellas sin que la luz deje de existir, lo mismo que se amputa una pierna á un desdichado sin

destruir por eso su vida. Los colores son manifestaciones ó determinaciones interiores de la luz, modos de ser de ella, y por lo tanto inseparables de su esencia, lo mismo que la potencia germinativa, la facultad de desplegar y distender su íntima naturaleza es inseparable de la semilla, y, aniquilada esa potencia, queda la semilla aniquilada.

Pues, en virtud de iguales fundamentos, el cuerpo y el espíritu, colores del alma, no son tampoco partes agregadas á la misma, y por consiguiente partes suprimibles de ella, sino que constituyen sus manifestaciones ó determinaciones interiores, sus modos de ser, sus formas inherentes é indispensables, y de aquí el que ni el alma pueda existir sin cuerpo y espíritu, ni estos sin el alma.

Lo único que es posible es que, así como la luz necesita de ciertas condiciones para demostrar la riqueza de colores que alberga, así el alma haya también menester de otras semejantes. Para que un rayo de sol se quiebre y desparrame en arco íris, necesario es

que atraviase las gotas de agua de las nubes ó las facetas de un prisma de cristal. Para que un alma se quiebre y desparrame en cuerpo y en espíritu, necesario es que descienda á este mundo ó á otro cualquiera á ejercer en él su actividad.

Pero lo que importa aquí es entender que el alma es imposible y es inconcebible sin sus dos determinaciones internas, llamadas espíritu y cuerpo, y que donde quiera que haya un alma, donde quiera que un alma esté, allí estará con sus naturales condiciones, con sus naturales y propios modos de ser, el espiritual y el corporal, de igual manera que la luz es imposible y es inconcebible sin sus determinaciones internas, llamadas colores, y que, donde quiera que brille y resplandezca un rayo de sol, allí brillará y resplandecerá, conteniendo en sus entrañas esos colores que de ella se derivan.

Bien comprendo que el concepto del alma, tal como brevemente queda explicado, no aparecerá á algunos todo lo claro y radiante

que yo desearia, y que habrá quien no se forme justa idea de esa alma, que ni es mero espíritu ni mero cuerpo, que es las dos cosas á la vez, y que es aun más que entrambas cosas juntas, puesto que es su raíz, su fundamento y su causa. Otro tanto sucederia con respecto á la luz, si la luz sólo llegara á nuestros ojos descompuesta á través de un inmenso prisma de cristal colocado en el Firmamento: se verian los siete colores, se veria siempre la claridad con uno ú otro matiz, como les pasa á los que miran al trasluz de vidrios pintados, y costaria trabajo concebir un puro rayo del sol en la unidad intacta de su sér. Ahora bien: las almas sólo aparecen en el mundo fraccionadas, por decirlo así, en su manifestacion corporal y su manifestacion espiritual, y la inteligencia humana tiene que ascender desde esas dos ramas parciales á la comprension del tronco en que se engendran.

o Pero, por lo demás, el hecho en sí es evidente, y todos le confiesan y le reconocen.

En el mismo uso comun se dice: *yo tengo un cuerpo, yo tengo un espíritu*, y se emplean las locuciones *mi espíritu, mi cuerpo*, y otras de igual género; con lo cual implícitamente determina el que habla que se considera á sí mismo superior á su espíritu y á su cuerpo, supuesto *que es su dueño*, supuesto que tanto el uno como el otro *son suyos*. Y ¿no manda el hombre lo mismo en sus movimientos y acciones físicas que en sus movimientos y acciones morales? ¿No impera sobre sus pasiones y dirige sus pensamientos y obliga á su voluntad á que quiera lo que le parece mejor, con la misma eficacia con que mueve un brazo ó empuña un arma?

Basta con esto. La cuestion está suficientemente deslindada, y no quiero detenerme en cada punto sino lo necesario para que sirva de escalon con respecto al inmediato. Paso, pues, adelante.

CAPITULO III.

La teoría vulgar de la muerte.

Sabiendo ya lo que es el alma, y sabiendo también lo que es la inmortalidad, podemos desde luego empezar á hacer la aplicación de un concepto á otro con objeto de averiguar, hasta donde nos sea dado, cuál es la forma de la inmortalidad del alma; esto es, de qué modos y con qué caracteres esa inmortalidad se determina.

Tal es, en efecto, el fin que me he propuesto al emprender este breve trabajo. En él me he propuesto ser muy elemental, y por eso parto ya desde la idea de la persistencia de la vida humana más allá de la muerte,

como cuestion resuelta en el campo de la ciencia.

En efecto, la metafísica explica el principio de individualidad mediante la combinacion de lo infinito con lo finito, enseña que ese principio es indestructible, advierte que la esencia íntima del hombre contiene una infinidad de estados posibles, establece y recuerda que cada sér está llamado á realizar toda su esencia, y demuestra, en fin, que el alma es inmortal, supuesto que necesita realizar la infinidad de estados que como potencia inagotable contiene, y que eso sólo puede verificarlo en un tiempo infinito, es decir, en un tiempo que nunca termine.

En el ánimo de la generalidad, en el terreno del sentido comun y de las grandes verdades prácticas, el dogma de la inmortalidad del alma se ve igualmente aceptado sin dificultad, aunque despues en su desarrollo y aplicacion se cometan inexactitudes y aun contrasentidos. Resulta pues que, admitido á la par el axioma por la filosofía y por la con-

ciencia universal, la tarea útil que de aquí en adelante hay que tratar de llevar á cabo consiste en determinar con toda la minuciosidad posible esa idea ya arraigada en el género humano, precisarla más y más, depurarla de todo vicio ó yerro parcial, exponer las leyes que la rigen, describir sus consecuencias lógicas, y esclarecer por consiguiente el nebuloso horizonte de la vida futura y extra-mundana.

Vamos pues á ello, procurando evitar palabras y frases innecesarias.

En la opinion vulgar, lo mismo que en la opinion racional y científica, el hombre es inmortal, y despues de esta vida debe gozar la recompensa de sus virtudes ó sufrir el castigo de sus culpas. Hasta aquí todo va bien, y nada tengo que objetar. Pero á renglon seguido se cometen dos enormes disparates.

Supónese en primer lugar al hombre constituido por la simple reunion de un espíritu y un cuerpo (error que nace en gran parte de confundir el espíritu con el alma, toman-

do ambas cosas como sinónimas); y, una vez hecha tan singular suposición, se afirma que, cuando llega para un individuo el instante de la muerte, su cuerpo parece por completo, disgregándose todas sus partes y todos sus elementos, mientras el espíritu, íntegro, intacto y puro, se sustrae á esa muerte, y y continúa disfrutando una existencia independiente y libre.

El segundo disparate consiste en dividir la vida del hombre como si dijéramos en dos trozos, un trozo temporal que principia y acaba en este mundo con una duracion de sesenta, setenta ú ochenta años, y otro trozo eterno que empieza (es chistoso este verbo *empezar* empleado así) en el momento de la muerte, y ya no concluye nunca.

Ahora, para proceder con órden, ocupémonos en la primera cuestion, dejando la última para el capítulo siguiente.

Sostiene la creencia vulgar que en el acto del fallecimiento de un individuo parece su cuerpo y sobrevive su espíritu. Perfectamen-

te. Y ¿qué clase de media inmortalidad es la que así se proclama? ¿En virtud de qué razón ha de morir medio hombre y no ha de morir el otro medio?

Porque, en efecto, si cada persona es solo el conjunto ó la reunion de un cuerpo y de un espíritu, como dos tablas encoladas, ni se puede lógicamente decir *Fulano ha muerto*, ni tampoco *Fulano está en la otra vida*, supuesto que únicamente medio individuo parece y medio subsiste. Sustituyamos, pues, estas frases con las que dentro de ese modo de discurrir corresponden, y gritemos: *La mitad de Pedro se ha muerto*; ó bien: *La mitad de Juan ha pasado á mejor vida*. Esto es soberanamente ridículo, ¿no es verdad? Sin duda alguna; pero, dados sus antecedentes, yo no puedo remediarlo.

Raciocinemos, pues, con rectitud, raciocinemos con decision y con formalidad para no dar lugar á tan solemnes dislates. Y en verdad, ¿qué extraño privilegio, qué peregrina facultad, qué fuero extraordinario y

estupendo goza el espíritu relativamente al cuerpo para sobrevivir á éste y para disfrutar sin restriccion una eternidad de existencia negada á su mísero compañero? Y por otra parte, ¿qué pecado horrendo, qué crimen tenebroso ha cometido ese pobre cuerpo para verse así condenado á perecer por completo, mientras el espíritu se recrea en la ilimitada perspectiva de una vida sin fin?

Hay en esto una atrocidad científica, perdonóseme la expresion, de tan increíble calibre, que solo la fuerza de la rutina, la pereza de no pensar cada cual por sí mismo, y otras circunstancias de semejante índole, son las que hacen á muchos pasar á cierra-ojos por una doctrina como esa, sin atadero y sin sentido comun. Constar el hombre de dos elementos, ser estos dos elementos hermanos, y morir el uno y no morir el otro, sin más que porque sí y porque nó, es cosa que no se le ocurre al diablo.

Ciertamente se suele decir, á guisa de argumento, que el cuerpo se compone de miem-

bro y órganos, y que por tanto es susceptible de descomponerse, al paso que en el espíritu no sucede lo mismo. Pero ¿de dónde se ha sacado que en el espíritu no sucede lo mismo? ¿Pues no enseñan los tratados de psicología que el espíritu tiene sensibilidad, imaginación, memoria, entendimiento, y muchos otros pormenores de prolija enumeración? Y ¿qué son esa sensibilidad y esa imaginación y esa memoria y ese entendimiento sino órganos espirituales, miembros espirituales? Porque creo que no se irá á exigir que los miembros y órganos del espíritu sean matemáticamente iguales á los del cuerpo: son miembros y órganos suyos, y esto basta.

Cae un andamio sobre un infeliz y le rompe una pierna, y el cirujano la tiene que acabar de cortar, y el infeliz se queda sin pierna. Ven esto cuatro aprendices de filósofo, y exclaman: Hé ahí la diferencia entre el cuerpo y el espíritu; ¿puede perder alguna pierna el espíritu? Seguramente que sí, les respondo. ¿Quién no tiene noticia de alguno

que, á consecuencia de un golpe material, ó de un susto, ó de una profunda afliccion, ha perdido, por ejemplo, la memoria de las fisonomías ó de los lugares, ó el juicio ó cualquier otra forma orgánica espiritual?

Por tanto, si se aduce como prueba de que el cuerpo puede morir, y el espíritu no puede morir, el que aquel posee elementos separables y disgregables, y el último no los posee, el razonamiento peca por su base, y resulta completamente estéril. La fortuna es que, los que así hablan, carecen de exactitud en todas sus afirmaciones, tanto en las relativas á la vitalidad corporal, como en las que se refieren á la vitalidad espiritual. Más adelante veremos hasta dónde es posible asegurar que el cuerpo muere, y desde dónde no lo es, advirtiendo lo mismo con respecto al espíritu.

Otra cosa en que muchos no reparan es en que el absurdo mayor de los absurdos consiste en imaginar que en algun caso exista la materia separada del espíritu, ó el espíritu separado de la materia. Bien ganaria un pre-

mio el que encontrase y presentase un solo ejemplar de tan admirable fenómeno. ¡Espíritu sin materia! ¡espíritu sin cuerpo! ¡cuerpo y materia sin espíritu! ¿Dónde está eso? ¿ni dónde es factible que esté? ¿ni en qué cerebro cabe tan terrible despropósito? Es preciso comprender de una vez para siempre, aunque ya se haya dicho y se sepa antes de ahora, que la materia universal y el espíritu universal no son cosas, sino formas ó modos de manifestacion de una cosa, formas y modos de manifestacion de la esencia divina.

Lo que es el alma de cada individuo con relacion á su cuerpo y á su espíritu, eso mismo es Dios con relacion á la materia general y al espíritu general. Así en el hombre, en los séres inferiores, en el reino vegetal, en las rocas, en las arenas, en las olas del mar, en la atmósfera, en todas partes vereis combinaciones de espíritu y materia, y no vereis sino combinaciones de espíritu y materia, combinaciones más ó menos íntimas, mas

ó menos profundas, más ó menos concentradas, pero siempre tales.

La teoría vulgar acerca de la muerte es, pues, un conjunto informe de ideas descabe-lladas, que viene en último término á negar y á hacer imposible lo mismo que afirma. Ni el hombre consta solo de cuerpo y espí-ritu, pues antes bien está constituido en pri-mer término por una unidad fundamental que los filósofos llaman *el yo*, y que yo llamo *el alma*; ni es ni puede ser posible que en el instante de la muerte perezca el cuerpo y quede subsistente el espíritu, por cuanto am-bos son simples formas ó fases del alma y viven indisolublemente en ella.

Conviene, en efecto, percibir bien esta verdad para no incurrir en gravísimos extra-ños. El hombre es un alma, una unidad, y no es ni más ni menos que esto. Y si el alma, llamada así en el concepto de totalidad indi-visa, se llama despues cuerpo en tanto que se manifiesta de un modo, y espíritu en tanto que se manifiesta de otro, no por eso puede

decirse que el hombre se compone de tres elementos, á saber, el alma, el espíritu y el cuerpo: el hombre no es más que un alma, y solo es un alma (entiéndase claramente así), aunque esa alma ofrezca subordinadamente una fase espiritual y otra corporal.

Por esto, los que creen sin exámen que el cuerpo muere y el espíritu subsiste, separan lo inseparable; de donde resulta que, si su doctrina se realizara y esa separacion tuviera lugar, el alma entera dejaria de existir, y con la verificacion de sus ideas se llegaria á la negacion de la inmortalidad, á la negacion de lo mismo que desean.

Es, sin embargo, tan grande y tan poderoso el instinto que á la humanidad guía hácia las grandes verdades, que hasta los ilusos partidarios de esa media inmortalidad, limitada al espíritu, no pueden concebir las almas de los difuntos (para ellos alma y espíritu son términos sinónimos) sin revestirlas con ciertas formas ténues, delicadas, pero al fin verdaderas formas corporales.

Preguntad á cualquiera de ellos si se satisface con que su madre ó su querida muerta continúe viviendo *como mero espíritu puro*, y estoy seguro de que os contestará que eso no le llena y complace por entero, que le parece poco, que no comprende bien de qué modo puede seguir viviendo esa persona simplemente en espíritu; y por último, que si no existe bajo ciertas formas materiales, le es imposible concebir su existencia. (1)

(1) Los espiritistas (secta de que, hablando con franqueza, no logro formarme justa idea) se apoyan en esos presentimientos del instinto y del buen sentido para fundar sobre ellos su doctrina de los «peri-espíritus». Yo, si he de emitir lealmente mi dictámen, debo decir que esa doctrina me parece ridícula y falsa en cuanto supone unos inconcebibles y absurdos intermedios ó huecos entre encarnacion y encarnacion, intermedios ó huecos durante los cuales el individuo se encuentra en una situacion anómala y rara. La vida, como hecho permanente, no puede, en mi concepto, sufrir interrupciones ni abandonar jamás su curso ordinario para pasar á esos estados en que el hombre ni vive ni deja de vivir ni hace otra cosa que perder el tiempo. Pero en medio de todos estos errores el espiritismo ha entrevisto la imposibilidad de que el hombre pueda en ningun caso existir reducido á simple espíritu, y bajo este punto de vista estoy de acuerdo con él, aunque en lo demás la doctrina de los peri-espíritus me parece una invencion descabellada de Allan-Kardec.

Indicado con esto que la teoría vulgar de la muerte ofrece todo género de defectos, contradicciones y yerros, traslademos nuestra atención á la teoría vulgar de la vida eterna.

CAPITULO IV.

La teoría vulgar de la vida eterna.

Dividir la total vida humana en dos trozos, uno temporal y otro eterno, uno que dura sesenta ó setenta años y concluye con la muerte del individuo, y otro que empieza en ese momento de la muerte para no concluir jamás: tal es el segundo error capital del vulgo respecto á la importantísima cuestion de la inmortalidad del alma.

La monstruosidad que semejante proposicion encierra aparece bien clara desde luego con solo exponerla en su terminante desnudez.

¿Con que la vida íntegra del hombre for-

ma un drama en dos actos? ¿Sólo en dos actos, ni más ni menos? Y ¿por qué no en tres, ó en cuatro, ó en uno? Por otra parte, ¿en qué razon se apoya la tremenda desproporcion de esos dos actos, de los cuales el primero dura unos cuantos años, esto es, un nada, un soplo, un vuelo fugitivo, y el segundo toda una eternidad? Aun más que dos actos pudiera decirse que ambos períodos, el uno enano, liliputiense, y el otro gigante, incommensurable, constituyen respectivamente el prólogo de una obra, y la obra misma; un prologuito diminuto, microscópico, de media docena de líneas, y á continuacion una obra de cientos de volúmenes, de miles de volúmenes, de millones de millones de volúmenes; ¿qué digo? de volúmenes sin fin, de volúmenes infinitos. ¡Magnífico! es decir, ¡magnífico atropello de todas las leyes del buen sentido!

Además, ¿desde cuándo hay eternidades que tienen principio? Mientras no hagamos como *El Médico á palos*, que colocaba el co-

razon á la derecha, diciendo que los modernos habian arreglado ese asunto de distinto modo que los antiguos, siempre resultará que lo eterno es lo opuesto á lo temporal, lo que está fuera del tiempo, lo que no tiene pasado, presente ni porvenir, y lo que por consiguiente *carece de principio* y de fin, supuesto que el principio y el fin, el empezar y el concluir, son actos y fenómenos que se refieren al tiempo, y la eternidad es lo contrario del tiempo.

Esta es una verdad tan elemental, que no concibo cómo no se le ocurre á cualquier persona medianamente ilustrada, nada más que medianamente ilustrada, cuantas veces dirige sus miradas á los problemas de la vida futura. Hablar de una eternidad que principia desde un momento fijo, desde tal dia y tal hora y tal minuto, es lo mismo que suponer que un campo que empieza, por ejemplo, en la Venta del Espiritu Santo, pueda, sin embargo, ser infinito. Pues si empieza en la Venta, y por de pronto ya no la contiene,

¿cómo ha de ser infinito? Lo infinito ni comienza ni concluye en ninguna parte.

Dejemos, pues, de delirar. Lo eterno no es el tiempo indefinido, sino lo que no está sujeto al tiempo. Y de aquí el que esta sola razón, sin perjuicio de todas las demás, basta y sobre para pulverizar la idea vulgar de la vida eterna con un infierno eterno y una gloria eterna; infierno y gloria que, no obstante ser eternos, empiezan para un individuo hoy, para otro mañana, para este en un lunes, para el otro en un miércoles, para el de más allá por ferias, ó el día que se cierran las Cortes, ó la víspera de San Isidro. ¡Deliciosa eternidad!

Pero prescindamos de este punto.

Ahora bien; si lo que empieza para el hombre en el momento de la muerte no es la eternidad, idea contraria á la de tiempo, sino otro tiempo continuación del actual, pero que ha de prolongarse sin término ni fin, todavía nacen de ahí dificultades insuperables, completa y radicalmente insuperables,

con respecto al sistema que combato. En efecto, si al dejar este mundo entramos en una situacion definitiva, sea Infierno, sea Gloria (excepto los que vayan al Purgatorio), y si dentro de esa situacion definitiva continúa, no obstante, trascurriendo el tiempo, resulta que los que estén en la Gloria tendrán aun posibilidad incesante de pecar, y por tanto de dejar de merecerla, así como los que están en el Infierno tendrán tambien posibilidad de arrepentirse y enmendarse, y por lo tanto de hacerse dignos de perdon. Esto, con permiso de todos los teólogos, no tiene vuelta de hoja, y para demostrarlo mejor no hay más que recordar la naturaleza de eso que se llama *tiempo*.

El hombre no puede pensar, y amar, y sentir, y querer, y hacer de una vez y en un mismo instante todo lo que es capaz de pensar, amar, hacer, querer y sentir. Su potencia para todo esto es inagotable, pero no le es dado efectuar de un golpe cuanto cabe como posible en esa potencia; así es

que tiene que mudar sucesivamente de un pensamiento á otro, de un sentimiento á otro, de un acto á otro. Es decir que, permaneciendo siempre en el fondo el mismo, como fundamento y causa de esos sucesivos estados, va mudando de unos en otros y va realizándolos unos despues de otros.

Efectivamente; como esas mudanzas, vuelvo á repetir, no puede verificarlas á la par, como en un sólo instante no puede pensar una cosa, y otra, y otra, y experimentar un sentimiento, y otro, y otro, y hacer una cosa, y otra, y otra, se encuentra obligado á pasar sucesivamente de cada estado á otro estado nuevo. Y en cuanto el hombre se halla sucesivamente en esos estados distintos de pensar, sentir, querer y obrar, claramente se ve que es cada vez lo que no era la vez anterior; claramente se ve que su vida es un mudar continuo. Tal es la base del tiempo. El tiempo, en efecto, no es otra cosa que *la forma* de ese mudar, el *cómo* y *manera* de ese mudar, *el modo con que esas mudanzas se*

sucedan de unas en otras. Esto me parece que es bien sencillo y que no se necesita sudar para entenderlo.

Pues bien; si el tiempo no es otra cosa que la forma del mudar, supuesto que sólo se puede mudar en forma de tiempo, supuesto que no se puede pensar y dejar de pensar, hacer y dejar de hacer una misma cosa en un mismo instante, resulta que, para que haya tiempo, es preciso que haya mudanzas; porque mal puede comprenderse que exista la forma del mudar donde el mudar no existe.

Así, si el sol y la tierra y todos los astros quedaran de pronto sin movimiento alguno; si cesaran las ondas luminosas y las del calor y la electricidad, que también constituyen movimiento, y por lo tanto mudanzas; si ya no hubiera estaciones, ni día, ni noche, y la sangre no circulara en las venas de los seres vivos ni la sávia en los vegetales, ni nada variara en mucho ni en poco, harto se comprende que en el acto dejaría de haber tiem-

po, pues el tiempo sólo existe y le medimos por la comparacion de los movimientos y mudanzas del Universo entre sí.

Pero en el Cielo definitivo y en el Infierno definitivo que la opinion vulgar otorga á los buenos y á los malos, *esto es, á los que han sido más buenos que malos y más malos que buenos* durante esta corta vida terrenal, en ese Cielo y en ese Infierno definitivo, repito, sigue habiendo tiempo como en el mundo, segun la segunda suposicion; es decir, que los bienaventurados y los condenados continúan pensando y discurrendo, y experimentando afectos y sentimientos, y obrando y ejecutando acciones, ó, lo que es lo mismo, mudando de unos estados en otros, determinando sucesivamente nuevos modos de ser de su inteligencia y su corazon y su voluntad.

Y si esto sucede así, ¿no resulta, como antes he indicado, que los que se hallan en el Cielo pueden pecar, y los que yacen en el Infierno pueden llegar á arrepentirse sincera-

mente de sus faltas, con lo cual unos y otros dejan de merecer la situacion *definitiva*, sin embargo, que ocupan?

Está visto ; ni con el concepto de eternidad ni con el concepto de tiempo se explica esa famosa division de la vida humana en *dos actos*, de los cuales el primero dura los míseros sesenta ú ochenta años que pasamos en este mundo, y el segundo empieza á continuation para no concluir jamás.

Lo único que, segun ese desdichado modo de pensar, puede hacer Dios para que tal gloria y tal infierno sean en efecto definitivos, es dedicarse con exquisito esmero á impedir que á ningun bienaventurado se le ocurra ningun pensamiento ni afecto pecaminoso, estorbando á la vez con todas sus fuerzas que ningun condenado se arrepienta en ningun momento de sus culpas, y apartándole de esa tentacion cuando le vea dispuesto á seguirla, pues en tal caso se destruyen y desconciertan sus planes.

Y ahora digo yo: ¿hay manera más indig-

na, más ruin y más miserable de concebir á la Divina Providencia? ¿Hay modo más atroz y más horrendo de representarla?

Ni ¿quién es tan presuntuoso, ó por mejor decir, tan ridículamente estúpido é imbécil, que juzgue merecer una dicha sin fin por algunos actos virtuosos verificados en el trascurso de esta existencia racional? Al lado de esos actos virtuosos ¿no habrá cometido faltas? no habrá incurrido en extravíos? Se contarán, pues, sus méritos, pero no sus yerros. ¡Original aritmética, ciertamente! Y lo mismo digo por el extremo opuesto. Aunque un hombre haya cometido muchos delitos durante su fugaz estancia en este mundo, ¿será justo castigarle con penas perpétuamente inagotables? ¿No habrá experimentado jamás ese hombre un impulso de piedad, de generosidad, de caridad, de benevolencia? ¿No habrá residido en él ningun gérmen bondadoso y estimable? Pero, á pesar de todo, es preciso que solo se sumen sus errores, ¿no es verdad? ¡Oh colmo de la barbarie y de la lo-

cura! ¡Oh conjunto espantoso de blasfemias contra el Supremo Hacedor!

Es, sobre todo, incomprendible el objeto que Dios podría proponerse con las penas perpétuas.

No servirían para corregir al condenado, puesto que habían de durar siempre; y aunque ese condenado se arrepintiera dentro del Infierno, no por eso cesarian ni saldria él de allí; de modo que su arrepentimiento resultaria inútil bajo todos conceptos. No resultarían tampoco proporcionadas, puesto que, siendo necesariamente cada condenado más ó menos culpable que los restantes, *teniendo cada uno un grado especial de culpa*, todos ellos padecerían un castigo ilimitado. No serían, por último, medio de intimidación para los vivos, (aun tomando á los condenados como meros instrumentos de terror), desde el momento en que tuviese lugar el Juicio final que proclaman los que defienden la extraña teoría que censuro. ¿Para qué servirían, pues? No hay que molestarse, lectores; no servirían para nada.

Creo con esto inútil insistir más en la cuestion.

No concluiré, sin embargo, este capítulo sin advertir á mis compatriotas católicos que la idea anticientífica y antirracional de la eternidad de las penas no pertenece, en realidad, á la esencia de la religion que en España prevalece. En los primeros siglos de la Iglesia, cuando todo lo verdaderamente fundamental existia ya en ella, el problema se resolvía de diversos modos por los Santos Padres, inclinándose los pertenecientes á la Iglesia griega á considerar todo castigo ultramundano como pasajero y transitorio. Padres eminentísimos, y entre ellos San Gregorio de Niza, Orígenes y San Clemente de Alejandría, se declararon decididamente en dicho sentido, manifestando que todos los hombres, despues de un tiempo más ó menos largo, *y aun los mismos demonios purificados y convertidos*, deben al fin ser acogidos en el seno de Dios, fuente de salud y de universal ventura.

Solo á contar desde San Agustín, pensador robusto, pero de carácter ardiente y exagerado, se popularizó la creencia en la eternidad de las penas del Infierno; pero hay que tener en cuenta que la época de barbarie que á la sazón sobrevenia, *exigia históricamente*, para subyugar y domar aquellos pueblos salvajes, ideas de grosero relieve, que se compaginaran con sus groseras inteligencias. Así la acción providencial permite y aun promueve en circunstancias dadas opiniones que, sin tener un valor absoluto, se hermanan y acomodan con ellas para la verificación del progreso. Pero los siglos vuelan, la razón del hombre se esclarece y fortifica, y cuando tal sucede es menester que las grandes verdades morales se despojen de falsas vestiduras y aparezcan á los ojos en su sublime sencillez.

La idea de que el hombre después de esta vida ha de experimentar las consecuencias favorables ó adversas de los méritos ó deméritos en ella contraídos, es una idea que

siempre ha existido y siempre existirá; pero el modo de concebir la forma de su realización se perfecciona cada día, y se perfeccionará aun más á medida de los adelantos de la civilización.

CAPITULO V.

Teoría racional de la muerte.

Descritas brevemente, pero, á mi parecer, con claridad, las teorías vulgares sobre la muerte y la vida eterna, y puestos de manifiesto sus vicios capitales, tócame, despues de la crítica del error, comenzar la indicacion de la verdad. Vamos, pues, á ello sin tardanza.

He dicho, páginas atrás, que el cuerpo y el espíritu, como fases interiores y modos de sér del alma, no pueden concebirse desligados de ella, ni tampoco desligados entre sí; de tal suerte que, dada un alma, se dan necesariamente en ella una forma espiritual y

otra corporal de la misma, resultando además que ni el espíritu puede subsistir sin cuerpo ni el cuerpo sin espíritu.

Partiendo de esta base, digo ahora que, cuando llega para un individuo el instante de la muerte, su cuerpo y su espíritu tienen que seguir forzosamente la misma é idéntica suerte, supuesto que, como queda indicado, son inseparables. ¿Perece el cuerpo? pues también tiene que perecer el espíritu. ¿Sobrevive el espíritu? pues también tiene que sobrevivir el cuerpo. En una palabra, el destino del uno es necesariamente el del otro, y ambos han de experimentar las propias vicisitudes.

Esto al pronto parece que está en contradicción con los hechos, pero realmente no hay tal contradicción: las teorías bien planteadas se armonizan siempre con la realidad. Y si no, veamos.

Cuando ocurre el fallecimiento de un hombre, su cuerpo, tal como se presenta á nuestra vista, se descompone y se deshace. Adviértese esto, y se dice: *Ya concluyó el cuerpo*

de *Fulano*, añadiendo acto continuo: *pero su espíritu sobrevive y subsiste, sin daño ni cambio alguno, de un modo inalterable*. Pues bien; las dos afirmaciones son inexactas.

Me explicaré despacio.

Por lo que llevo dicho se puede comprender ya que, en mi concepto, el dogma de la inmortalidad se refiere esencialmente al alma, tomando esta palabra en su único, verdadero y legítimo sentido, tal como más atrás queda explanado. Y ¿qué quiere significar esto? Quiere significar que lo que es inmortal en el hombre es su esencia única y suprema, la unidad indivisa de su naturaleza, unidad que durante esta vida terrestre se manifiesta y despliega en el mundo mediante sus dos fases paralelas y derivadas llamadas *cuerpo y espíritu*.

El alma humana, lo repetiré aun á riesgo de fatigar, es como una luz pura que para obrar y vivir en el mundo, y para aparecer en él, se quiebra y explaya en dos formas hermanas, la espiritual y la corporal, del

mismo modo que la luz física al atravesar el prisma se quiebra también y expulsa en varios colores, formas irradiadas y nacidas de su unidad.

¿Qué sucede, pues, cuando muere el hombre? Que esas formas, emanadas de su esencia suprema, se recogen de nuevo en la madre-alma de donde brotaron, así como los colores de la luz, al desaparecer el prisma vuelven á embeberse en esa luz de que procedieron. El cuerpo y el espíritu mueren por tanto igualmente, hasta cierto punto, en el acto del fallecimiento de un individuo; pero no mueren radicalmente, sino que se refunden en el alma cuyos modos de ser constituyen. Son como dos raíces que se replegan en un tronco común, como dos hojas que se confunden en el mismo tallo que les dió vida. Mueren como diversidades, como emanaciones distintas, pero continúan viviendo en germen, en unidad, en potencia; no mueren, pues, de un modo absoluto y definitivo, sino que en el fondo son inmortales.

El punto de partida de la doctrina científica respecto al dogma de la inmortalidad individual consiste, por lo tanto, en comprender y establecer que lo que es esencialmente inmortal en el hombre es *su alma*, ó sea el conjunto de su personalidad considerada en su unidad fundamental, suprema y comprensiva de sus determinaciones interiores; que estas determinaciones suyas interiores, ó sean el espíritu y el cuerpo, dejan de funcionar en este mundo en el instante de la muerte, pero embebiéndose de nuevo en el núcleo común de que emanaron; y por último, que aunque en tal concepto pueda decirse que mueren, restringiendo y modificando el sentido de esta palabra, realmente prosiguen viviendo, puesto que, de morir del todo, también tendría que morir el alma, ó sea la totalidad íntegra del individuo, por lo cual tanto el espíritu como el cuerpo *son en el fondo inmortales*.

De consiguiente, en el momento de la muerte el principio corporal del hombre pier-

de tan sólo sus actuales órganos, sus actuales miembros, su actual organizacion, su actual apariencia y aspecto, su actual *eflorescencia*, por decirlo así, pero, al refundirse como tal principio y gérmen corporal en el alma, queda capacitado para tornar á florecer.

Del mismo modo y en el mismo momento de la muerte el principio espiritual del hombre pierde tan sólo el caudal de sus actuales conocimientos, pierde sus actuales pasiones, sus actuales estados de pensamiento, sentimiento y voluntad; pero, al embeberse en el alma, queda tambien capacitado para tornar á florecer. El cuerpo y el espíritu abandonan, pues, la mera y simple suma de los *bienes externos* que poseen, la mera y simple suma de sus *exhalaciones mundanas*, pero se conservan íntegros como potencia eternamente fecunda, á semejanza de fragante rosa que al perecer se desprende de sus hojas, sus estambres, sus pistilos, sus aromas y colores, pero conservando en la semilla la facultad de

producir nuevas hojas, nuevos pistilos, nuevos estambres y nuevos aromas y matices. El alma es la semilla humana, y esa semilla, que no es ni puro espíritu ni pura materia, no cae bajo el dominio de los sentidos: ¡ella, sin embargo, es la fuente perenne de nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir!

Hay, por tanto, que acostumbrarse á la idea de que el hombre, al morir, al salir de este mundo, no deja solo un cadáver, sino dos, á saber: uno corporal y otro espiritual; uno que se ve y otro que no se ve; uno compuesto de miembros, órganos y tejidos materiales, y otro compuesto de pasiones, conocimientos y experiencias terrenas, y que por lo mismo, no le han de ser necesarias fuera de este mundo. Pero á la vez es tambien preciso reconocer que, refiriéndose la inmortalidad individual al alma, son tambien subordinadamente inmortales las esencias del espíritu y el cuerpo, puesto que la raíz, fundamento ó principio de vida del uno y del otro

se recogen en el alma en el instante de la muerte, guardando la facultad de volver de nuevo á desplegarse y reproducirse. Tal es la teoría racional y sensata de la muerte, en oposicion á la teoría vulgar y absurda de ese fenómeno.

Dejemos pues, sin inquietud ni pena, en este globo que á la sazón habitamos, los elementos químicos de nuestro organismo físico tal como ahora existe, los restos calizos de nuestros huesos y los gases nacidos de la putrefaccion; dejemos tambien en él la pesada carga de nuestras mezquindades morales, de nuestras pequeñeces y nuestras rencillas, así como los pensamientos útiles que hayamos legado á la humanidad general, las ideas que hayamos concebido y depurado, y nuestros frutos espirituales, en una palabra. Abandonemos, repito, esos florecimientos pasajeros de nuestro cuerpo y nuestro espíritu, é ingresen respectivamente sus restos en los inmensos océanos de la naturaleza universal y del espíritu universal, mientras nos-

otros nos lanzamos á una nueva etapa de nuestra inmortal existencia, y nos manifestamos y aparecemos en otro astro celeste, dotados, como aquí, de espíritu y de cuerpo; formas que brotarán de lo íntimo de nuestro sér para permitirle continuar la realizacion de su destino.

El porvenir se ostenta á nuestros ojos más allá de este mundo bajo las mismas condiciones capitales que en él, pero con desenvolvimientos espléndidos y magníficos.

CAPITULO VI.

Teoría racional de la vida eterna.

Acabamos de ver que el alma es inmortal, no solo considerada en su pura indivisa unidad, sino total y plenamente, es decir, como unidad y como diversidad interior, como alma propiamente dicha y como espíritu y cuerpo, puesto que tanto el uno como el otro pierden únicamente al morir la suma de sus adquisiciones mundanas, pero se replegan y recojen en el alma *sin perder sus esenciales caracteres*, para volver á brotar de nuevo en otros mundos.

De ahí resulta que el alma subsiste siempre con su índole fundamental y con las ra-

mificaciones, fases ó modos de ser cardinales que le son inherentes. De ahí resulta tambien que como potencia, como fundamento y como causa de todos sus estados sucesivos (estados corporales, estados intelectuales, estados afectivos), el alma no varía, no muda, no experimenta trasformaciones, sino que permanece siempre la misma. De ahí resulta, por último, que lo que en el hombre varía y se mueve, y muda y muere, no es su alma (ni considerada en sí ni en sus fases subordinadas), sino que los que varían y se mueven, y se mueren y mudan son los estados sucesivos de esa alma, los estados sucesivos de su cuerpo y su inteligencia y su corazón.

El alma, pues, como potencia inagotable, contiene dentro de sí, *en gérmen y en posibilidad*, una infinidad de estados, una infinidad de situaciones corporales, intelectuales y morales; pero esa posibilidad solo la reduce á efectividad y realidad de una manera sucesiva en forma de tiempo. Cualquiera comprende en verdad, sin esfuerzo, que es capaz

de adquirir indefinidamente conocimientos y conocimientos, que es capaz de ejercitar indefinidamente las fuerzas vivas de su sér y progresar por tanto hasta lo infinito, si no se le fija para ello plazo alguno. Pues bien; Dios que le ha infundido la conciencia de la posesion de esa facultad, le ha dado á la par los medios para su ejecucion. Pero consideremos atentamente este punto tan importante.

De lo que llevo dicho se deduce que el alma, como potencia inagotable, contiene en gérmen y en posibilidad infinitos estados ó situaciones de su principio corporal y su principio espiritual; que esos estados ó situaciones los reduce de posibles á efectivos ó verificados, de un modo sucesivo, ó sea en forma de tiempo; que siendo *infinitos* esos estados que se contienen como posibles en el alma, y realizándose sucesivamente, necesitan un tiempo infinito para ir pasando de posibles á efectivos; y finalmente, que el alma permanecerá siempre inalterable, por muchos, por innumerables que sean los estados

que reduzca de posibles á reales, quedando siempre capaz de otros infinitos.

Aquellos á quienes algunas de estas ideas parezcan un poco metafísicas ó sutiles, no tienen más que interrogarse á sí propios, y verán que no son sino muy claras, muy sencillas, muy comprensibles y muy de simple buen sentido.

Una vez conocida una cosa ó experimentado un sentimiento, ¿no se queda en aptitud de conocer otra cosa y experimentar otro sentimiento? Y una vez hecho esto, ¿no se queda también en disposición de pasar á otro nuevo conocimiento y á otro nuevo sentimiento? Y siendo siempre así, ¿no se comprende que no hay razón alguna para no proseguir igualmente de un modo indefinido? Porque, en verdad, por muchos estados de conocimiento ó sentimiento que cualquier persona haya atravesado, si después de todos ellos se le presenta delante un objeto hasta entonces desconocido, ¿dejará en aquel instante de poder conocerle, y de penetrar por

consiguiente en un nuevo estado intelectual? Y si al mismo tiempo ese objeto que acaba de conocer es amable y simpático, ¿dejará de poder aficionarse á él, y penetrar de la misma manera en un nuevo estado del corazón? Añadamos millones y millones de casos, y no por eso la cuestion variará. A continuación del último, presentad al sujeto un objeto de que hasta ese instante no tenga noticia, y en ese instante la adquirirá y le conocerá, y le encontrará ó no *de su agrado*; es decir, que habrá pasado á otro estado intelectual y afectivo, que tampoco será el último posible.

Pues bien, supuesto que el alma es una potencia inagotable, de aquí se desprende que, cuando llega para un hombre el momento de morir, su alma se halla en la misma integridad de potencia que cuando nació, sin haber sufrido la más pequeña disminución. Los mismos que miran la muerte bajo ciertos puntos de vista no pueden menos de reconocerlo así. Y si lo reconocen, ¿cómo no

comprenden que ningun fenómeno, ningun acontecimiento, ningun accidente ha de ser capaz de parar y detener en tal ó cual punto lo que por las leyes de Dios carece de límite, lo que por las leyes de Dios es infinito? ¡Contener el alma, como potencia, una infinidad de estados sucesivos posibles, y sin embargo, no realizar y reducir á efectivos sino los que caben dentro de unos cuantos años! ¿Y los que aun no se han realizado al concluir esta vida actual, pero que se contenian como posibles para lo futuro en el alma del que llamamos difunto?

No quiero insistir más en patentizar un desatino de tales proporciones; basta con indicarle para percibir su magnitud.

La potencia del alma, como inagotable y como comprensiva y fundadora de una infinidad de estados de su principio espiritual y de su principio corporal, necesita un tiempo ilimitado para realizarlos, así es que, terminada la forma actual de la vida, terminada esta vida mundanal, el alma del individuo

continuará desplegándose corporal y espiritualmente en otro mundo distinto, y proseguirá allí reduciendo á efectivos nuevos y nuevos estados físicos y morales de los infinitos é inacabables que puede producir. Y terminada esa otra vida sucederá lo mismo, y se lanzará á otras y otras en diversos astros celestes, mejorando siempre, con arreglo á las condiciones generales que más adelante expondré.

Al morir, por lo tanto, un hombre, se replegan, segun he dicho, en su alma el principio corpóreo y el principio espiritual de la misma, pero en el mismo acto, en el mismo momento y sin solucion de continuidad vuelven á desplegarse en un nuevo campo de accion, en otro mundo.

En efecto, la potencia del alma tiene que ser constantemente activa y no permanecer un solo segundo ociosa, pues la idea de la más leve interrupcion de esa actividad, aun infinitesimal y cortísima, encierra un absurdo evidente. En su consecuencia debemos habi-

tuarnos á considerar que el último suspiro del moribundo que fallece ante nuestros ojos, y el primer instante de su aparicion en un nuevo mundo, se confunden y se tocan en un solo punto de tiempo indivisible. El vacío no existe para la vida, como no existe para la naturaleza. La vida es una cadena infinita sin huecos ni roturas, es una propiedad permanente del alma. (1)

Ahora, al verificar ese tránsito instantáneo, ¿qué es lo que el hombre deja en su antigua morada, y qué es lo que lleva á la nueva? O en otros términos: ¿qué es lo que pierde del

(1) Esto no impide que el hombre, al pasar despues de la muerte á otra vida y á otro mundo distinto, tenga que atravesar un período de descanso y quietud moral como el que atraviesa en este, mientras permanece en el seno de su madre. Pero ese período de reposo moral, ese período de verdadero sueño no será por eso un período de inactividad completa puesto que durante él se formará su nuevo organismo tal como haya entonces de ser con arreglo á la constitucion del astro en que se encuentre. Concilianse, pues, perfectamente la idea de descanso que acompaña instintivamente á la de la muerte y la necesidad lógica de que el fenómeno de la vida, como de índole permanente, no sufra jamás interrupcion.

período de vida que ha concluido, y qué es lo que de él conserva y guarda para el inmediato, como lazo de union entre ambos y como fruto y resultado de sus esfuerzos durante la etapa recorrida?

Lo que pierde, lo que deja en este mundo, ya lo he dicho: dos cadáveres: uno corporal y otro espiritual. Abandona sus restos físicos y espirituales, la eflorescencia pasajera, como antes dije, de su principio corpóreo y de su principio incorpóreo ó moral, y la abandona como carga inútil, como carga perjudicial para la libertad, el desahogo, la frescura juvenil y la independendencia con que ha de emprender su nuevo vuelo, su nueva *vivificación*. Pero á la par conserva su principio espiritual y su principio corporal, y conserva en ambos las *aptitudes, inclinaciones y tendencias* que contrajeron durante el período de vida que concluyó.

Así, por ejemplo, si el individuo durante ese período descuidó ó maltrató su cuerpo debilitándole de una manera general ó local,

y turbando el equilibrio de sus elementos, base de la salud, su nuevo cuerpo, ó sea el nuevo florecimiento de su principio corporal, se desarrollará en el mundo en que aparezca, afectado de la debilidad general ó local, ó de las perturbaciones de equilibrio que aquí contrajo. Así tambien, si el individuo descuida aquí ó tuerce la sávia de su espíritu, ya en todo, ya en parte, arrastrando una existencia grosera ó cultivando solo una fase espiritual (memoria, raciocinio, sensibilidad, fantasía, etc.), con notable menosprecio y desden de las demás, el nuevo florecimiento de su espíritu en el mundo en que aparezca se verificará con esas tendencias adquiridas en bien ó en mal, en daño ó en provecho.

Cada cual es de este modo árbitro, dueño y guia de su destino futuro más allá del horizonte terrenal, y el responsable y autor de sus desgracias ó felicidades venideras.

En las líneas que dejo trazadas (aunque juntas á otras observaciones é ideas que todavía tengo que exponer en los próximos ca-

pítulos) se encierran ya los lineamientos y gérmenes principales de la doctrina científica sobre la vida futura. Pero, antes de ir más adelante, voy á esclarecer mis declaraciones con un ejemplo que contribuya á grabarlas en el ánimo de mis lectores.

Suponed que teneis un árbol, y que, en vez de mirarle con predileccion y con diligente cariño, le plantais en mal terreno, é impregnais además el ambiente que le rodea con emanaciones que le sean perjudiciales. ¿Qué sucederá? Que sus raíces chuparán jugos ruines y enervadores, y que sus hojas, órganos tambien de nutricion, como es sabido, absorberán igualmente miasmas debilitantes y venenosos; es decir, que por dos conductos y en dos direcciones llegarán á ese árbol elementos de decadencia y atraso. El árbol, sin embargo, mejor ó peor, florecerá, dará fruto y dará semilla. Pero coged entonces esa semilla, sembradla, y esperad á ver cómo es el nuevo árbol que de ella procede. No solo será desde luego en general raquítico

y menguado, *sino que ofrecerá determinada-mente el género de defectos ó vicios que se correspondan con el género de causas de donde proviene su ruina.* Si plantasteis el árbol primero, antecesor del segundo, en terreno demasiado húmedo y bajo clima igual, el árbol segundo presentará madera sin consistencia y frutos aguanosos y sin aroma. Si el terreno era, por el contrario, demasiado fuerte y reseco, y el clima lo mismo, ese árbol segundo resultará con madera quebradiza y apretada, y rendirá frutos de escaso y concentrado jugo. Es decir, que en ambos casos la falta de cuidado para con el primer árbol vició su semilla, y á su vez esa semilla viciada produjo árboles defectuosos.

Pues una cosa análoga, profundamente análoga, es lo que acontece en el hombre con respecto á la trascendental cuestion de la vida futura.

Su alma, esto es, su unidad suprema y fundamental, aparece explayada en este mundo (lo mismo que en los demás) en sus

dos determinaciones internas y subordinadas, llamadas cuerpo y espíritu, y este cuerpo y este espíritu son durante el período de su existencia terrenal, á semejanza de las raíces y hojas del árbol, medios de absorcion de los elementos materiales y morales que ofrecen la naturaleza y la sociedad. Y de aquí el que si el alma desmaya en su libre albedrío, y no sujeta las inclinaciones parciales de su cuerpo y su espíritu (cuya dominacion y regulacion le corresponde como unidad superior del hombre) dando lugar á desequilibrios y males en una ó en ambas fases de su sér, llegará el momento de la muerte, llegará juntamente el momento de pasar á otro mundo á continuar su destino, y el espíritu y el cuerpo con que allí se manifieste resultarán afectados de las dolencias, las enfermedades, las deformidades y las desarmonías que son consiguientes, imprescindibles é irremediables.

El alma se habrá constituido, por la fuerza de la lógica, por su propia culpa, en una

situación desgraciada, de la cual solo podrá salir volviendo en sí y preparándose con energía perseverante un mejor porvenir para sus vivificaciones sucesivas.

CAPITULO VII.

Comparaciones.

Detengámonos unos breves momentos.

En las próximas páginas hay que considerar nuevos elementos de inmensa influencia para la determinacion de la índole de nuestra vida futura, y conviene por lo mismo, antes de penetrar en su exámen, lanzar una ojeada al terreno recorrido y observar la superioridad evidente de las doctrinas que se van aceptando, con respecto á las vagas y contradictorias ideas que forman las opiniones vulgares, sobre el asunto objeto de este libro.

Ante todo, hemos fijado el verdadero y legítimo sentido de la palabra *alma*, y solo

con ello hemos logrado ya entender la frase *inmortalidad del alma* del único modo racional y posible, como inmortalidad del principio de individualidad del hombre.

La confusion de términos en tal materia, y el no diferenciar y precisar bien las significaciones respectivas de las palabras *alma* y *espíritu*, producen efectivamente en la conciencia del vulgo ambigüedades y oscuridades de pensamiento. Toma la generalidad de las gentes al espíritu y al alma como una misma cosa; y á renglon seguida, para designar la idea de la persistencia de la vida individual despues de lo que llamamos muerte, se sirve de la expresion *inmortalidad del alma* con preferencia á la de *inmortalidad del espíritu*, entreviendo en la primera algo más que en la segunda. Juzga la generalidad de las gentes como iguales al alma y al espíritu, suponiendo que ambas palabras designan el principio inmaterial del hombre opuesto al material; y al punto mismo, para mencionar á los que viven fuera de este globo terrenal, habla

de *almas del otro mundo*, y de *almas en pena*, y de *almas gloriosas*, y siempre de *almas*. Piensa, por último, la generalidad de las gentes que en el acto del fallecimiento de un individuo su cuerpo muere por completo; y, sin embargo, nadie se resigna á acordarse de personas queridas que murieron, sin adaptarles ciertas formas corporales que instintivamente se contemplan como indispensables para la continuacion de la existencia de esas personas.

Nosotros hemos evitado todos estos escollos; hemos advertido que la inmortalidad del alma arrastra necesariamente consigo la inmortalidad de sus fases ó modos de ser internos, inseparables de ella, y en su consecuencia hemos reconocido que, no obstante abandonar en este mundo restos físicos y restos morales, es decir, *un cadáver material y otro inmaterial*, el hombre es inmortal en cuerpo y en espíritu; con lo cual hemos justificado las inspiraciones instintivas populares y hemos introducido un gran elemento de luz, de

alegría y de legítima satisfacción en el problema, sin razón considerado como temeroso é indescifrable, de nuestro ultra-mundano porvenir.

Finalmente, con la exposición de la teoría racional sobre la vida eterna, que queda hecha en el capítulo precedente, se ha destruido la creencia mezquina que divide la total íntegra existencia humana en dos períodos, uno pasajero y brevísimo, cuyo término es la muerte, y otro que empieza en ella para no concluir jamás.

La mencionada teoría, tiene sobre esa creencia vulgar toda clase de ventajas y excelencias. Con arreglo á ella el criminal, el delincuente sufre inevitables castigos despues de esta vida por las faltas que en ella ha cometido; pero á la par está siempre capacitado para enmendarse, está siempre en disposición de arrepentirse y por consiguiente de mejorar de condición. Así, si al dejar este mundo y al pasar á una nueva é inmediata vivificación en otro mundo distinto, experi-

menta en él los malos resultados de sus pasados yerros, no por eso tales resultados son definitivos, sino que constantemente está en su mano el atajarlos y el prepararse un porvenir más risueño en la otra vivificación próxima. Vuelva ese delincuente en sí, rehaga y recobre su libre albedrío, violente sus dañadas inclinaciones, y al pasar á otro nuevo período de existencia pasará regenerado y cambiado; *siendo de notar que esa regeneracion y ese cambio no le proporcionarán tan solo una felicidad puramente moral, puramente interna, sino tambien dichas externas, nacidas de la relacion entre su grado de desarrollo y cultura, y la organizacion y las formas sociales existentes en el mundo en que se encuentre*; doctrina que indicaré en las páginas venideras, y de que ahora únicamente anticipo un aviso para prevenir juicios prematuros.

Por de pronto, basta consignar que dentro del orden que voy manifestando, el hombre culpable puede siempre reconciliarse con Dios y merecer y alcanzar ventura y felici-

dad, mientras, con arreglo á las opiniones vulgares, el individuo sale de esta vida actual para penetrar en una situacion definitiva de Infierno ó Gloria, salvos los que van al Purgatorio.

Ahora bien: ¿quién no encuentra estas últimas soluciones arbitrarias y absurdas si las estudia con imparcial criterio?

Recuerdo todavía con horror, y recordaré sin cesar de igual manera, la atroz impresion que produjo en mi ánimo, siendo aun casi niño, un pormenor de una obra literaria y antigua de nuestro país, cuyo título no tengo presente en este instante, pormenor que debo citar ahora por su oportunidad. Tratábase de un odio profundo existente entre dos personas, y una de ellas, en la violencia de su rencor, pensó en matar á su enemigo; pero, pareciéndole todavía poco un simple asesinato, discurrió aguardar á que ese enemigo estuviera en pecado mortal, lo cual era fácil que sucediera por su género de vida, y matarle entonces de improviso, para que, cogiéndole la

muerte en tal disposicion, fuese á parar al Infierno y padeciera allí penas interminables. No hay duda que tal proyecto es de una refinada y espantosa crueldad; pero estaba perfectamente calculado, y como raciocinio no hay nada que echarle en cara, una vez admitidas las ideas que combato acerca de la vida eterna.

Pues bien; una doctrina en que cabe la posibilidad de un hecho semejante está juzgada sólo con ello. Efectivamente; con arreglo á esa doctrina, un hombre es dueño de enviar á otro al Infierno, para que nunca más salga de él, sólo con hacer lo que proyectó el personaje ficticio á que me he referido: con aguardar á que su víctima esté en pecado mortal, ayudándole é incitándole á ello si fuese menester, y despachándole al otro mundo de un trabucazo cuando le vea, como si dijéramos, en sazón.

Afortunadamente, Dios, que por sí mismo no condena á nadie á castigos sin fin, tampoco, y con mayor motivo, concede esa facultad

tad á nadie, y ningun señor asesino puede enviar al Infierno á otro individuo, por via de postre, despues de haberle quitado de en medio. Semejantes delirios, y otros muchísimos por el estilo, resultan imposibles en el sistema racional á cuya exposicion dedico estas páginas, pues, segun él, la vida individual es una no interrumpida cadena de vivificaciones sucesivas, y el que deja este mundo cargado de crímenes puede lavarlos y puede purificarse con buenas obras en la serie infinita de sus vidas futuras.

La doctrina ofrece además la ventaja de ser moral en alto grado, profunda y eminentísimamente moral. Presenta al hombre de torpe conducta la perspectiva segura y lógica de penalidades venideras engendradas por él mismo, penalidades que ya se advertirá despues si son ó no terribles, y al mismo tiempo le da la evidencia de rescatarse de ellas con empeño y perseverancia cuando se mejore y se arrepienta. Las penas en este caso reunen todos los caracteres de tales, son proporcio-

nadas, acomodadas á los delitos, eficaces, y, sobre todo, cesan al cesar la causa que las produjo, no imposibilitando, como las llamadas eternas, la enmienda del delincuente.

CAPITULO VIII.

Nuevas bases.

Hecha la ligerísima pero oportuna recapitulacion que antecede, necesario es ya traer á la cuestion que examino nuevos elementos, sin los cuales su acertada resolucion seria radicalmente imposible.

Hasta ahora los datos aducidos y las observaciones con esos datos interpoladas, únicamente han demostrado (aparte de la inmortalidad plena en cuerpo y en espíritu y de la continuidad nunca interrumpida de la vida á través de sus infinitas vivificaciones sucesivas en diversos mundos), únicamente han mostrado, repito, de qué modo las faltas

cometidas en esta existencia terrenal determinan sus resultados naturales en las existencias siguientes. Pero, aunque ya esto sea algo, todavía no se han tenido para nada en cuenta *las condiciones generales de mejoramiento colectivo en que han de hallarse los hombres al trasladarse de este mundo á otro, los perfeccionamientos comunes de organizacion que los hombres allí han de experimentar, aparte de los méritos ó deméritos de cada uno en particular, méritos ó deméritos que por razon de esos mismos perfeccionamientos comunes, Y COMBINADOS CON ELLOS, deben constituir la riqueza de originalidad del nuevo periodo vital.*

Como estas frases necesitan explicacion, voy á darla inmediatamente.

Todo hombre, por el mero hecho de vivir durante algunos años en este globo terrenal, consigue forzosamente ciertos progresos ineludibles; aprende, sin remedio alguno, cierto número de cosas; adquiere involuntaria y necesariamente, y sin premeditacion ni designio, una porcion de ideas que nacen de

la diaria vida social y se relacionan con ella; logra, en suma, eso que se llama experiencia y práctica del mundo, y que encierra un conjunto de conocimientos acerca de la organización moral y material, individual y social de la especie humana, educando además de paso sus restantes energías, *fortificando su personalidad* y habituándose á armonizarse más ó menos con los demás seres humanos. Por eso se dice fundadamente que, con el roce y trato de nuestros hermanos y con la precisión de ganar nuestro sustento en medio de las continuas relaciones que nos cercan por todos lados, *hacemos el aprendizaje de la vida.*

De aquí resulta, pues, que todo hombre, *sin más que vivir en este mundo y atender en él personalmente á los cuidados de la existencia,* verifica adelantamientos, que no por parecer vulgares dejan de ser trascendentales é importantísimos.

Tales adelantamientos constituyen, por tanto, el lote y patrimonio comun de todos los individuos.

Cada cual, empero, al realizar ese aprendizaje, al desenvolver con ello en general los distintos elementos de su naturaleza, *afirmando más y más su personalidad como efecto principal de las luchas terrenas*, cada cual, repito, al realizar todo eso, cultiva y desarrolla con preferencia tal ó cual fase de su sér. Las circunstancias externas (de familia, profesionales, etc., etc.), juntas con las inclinaciones y tendencias propias, producen ese nuevo efecto; y así un hombre ejercita y adquiere especialmente el valor, otro la perseverancia, otro la facultad de analizar, y así sucesivamente. Pero, por el contrario, tambien cada cual á la vez contrae defectos, mantiene imperfecciones y queda, bajo unos ú otros conceptos, retrasado y vicioso. Dédúcese de lo que expongo, por consiguiente, que todos los hombres realizan durante su existencia actual adelantamientos involuntarios comunes, aunque despues, y dentro de ellos, cada uno logre otros adelantos especiales peculiares suyos, ó contraiga imperfeccio-

nes, tambien peculiares suyas y tambien especiales.

Ahora bien, al irse trasladando los hombres desde este mundo á otro, mediante el fenómeno que llamamos muerte, los dos órdenes de hechos que quedan citados tienen que entrar como bases y fundamentos en la índole de la nueva vivificacion.

La accion providencial obra segun este lógico sentido, y da lugar á varias consecuencias, de las cuales la capital es la siguiente: *Los hombres todos, en colectividad y sin distincion alguna, pasan, despues de morir, á otro mundo y á otro periodo de vida, con condiciones mejores y más favorables.* Terminaron en efecto su tránsito terrenal, verificaron en este globo la parte de aprendizaje de vida que á él corresponde, y la mano de Dios los impulsa irresistiblemente hácia adelante.

Algunos quizás encontrarán extraño que tanto los buenos como los malos, al pasar así á la nueva vivificacion, *lo hagan en conjunto, con condiciones mejores y más favorables;* pero

justamente esta ley es la que mejor demuestra la infinita sabiduría del Supremo Hacedor. Cierto es que buenos y malos penetran á la par, despues de morir, *en mejores condiciones de vida*; pero los malos encontrarán en ellas, á pesar de su bondad, obstáculos y quebrantos *que no nacerán de las condiciones mismas, sino de su propio y personal modo de sér: las condiciones serán mejores que las de este mundo, y, sin embargo, ellos las sentirán como peores.*

Aclararé esto con un ejemplo.

Dos amigos se hallan en una habitacion triste, interior, y donde la luz penetra pálida y dificilmente; y de esos dos amigos el uno tiene la vista sana y el otro enferma. Suponed ahora que ambos dejan la habitacion y salen á la calle, llena á la sazón de alegría y de luz por todas partes. Indudablemente uno y otro han pasado á mejores condiciones; pero el que tiene los ojos sanos encuentra placer en los rayos de sol que acarician su rostro, mientras el que los tiene enfermos no solo no encuentra ese placer, sino que ex-

perimenta molestias intolerables, porque la luz le daña y le ofende: la oscuridad de la habitacion en que antes se hallaba le permitia conllevar su mal, *sin embargo de que en sí la oscuridad no es saludable*; la risueña claridad que luego le circunda le causa dolores, *sin embargo de que en sí los rayos del sol son fuente de gozo y de ventura*. ¿Se ha comprendido bien la comparacion? Seguramente que sí. Pues no nos detengamos.

Y ¿qué clases de condiciones son esas que han de resultar mejores en la próxima vivificacion del hombre que en la actual? ¿Se refieren esas condiciones á las materiales del nuevo astro en que dicha vivificacion ha de tener lugar? Sin duda que tambien eso podrá ser; pero aquí solo pienso limitarme á los perfeccionamientos del organismo humano.

Bajo este concepto digo que los hombres todos, al aparecer en otro mundo despues de abandonar el que actualmente habitan, se manifestarán allí *con condiciones personales más favorables*, sin que por eso se alteren las

fases permanentes de su individualidad. Los hombres, en efecto, según he dicho poco hace, realizan durante su tránsito por nuestro mundo adelantos ineludibles; se ejercitan en la práctica de la vida, tal como ésta se verifica en él; *afirman y robustecen su personalidad entre los azares de la lucha* diaria, y adquieren así un desenvolvimiento positivo de sus energías y fuerzas naturales, desenvolvimiento que los habilita para entrar en una nueva fase de la sucesión continua de su vida. Llega, por lo tanto, el momento de la muerte, y ese aprendizaje común, ese ejercicio común, esa gimnasia común (aparte de los méritos ó deméritos especiales de cada cual bajo puntos de vista particulares) producen también un resultado común, á saber: el de hacerlos aparecer en un nuevo campo de acción *con una organización más perfecta*, consecuencia general y común de antecedentes generales y comunes. Así es preciso entender *que esa mayor perfección orgánica no constituye premio ni recompensa*, puesto que

ha de pertenecer á todos indistintamente, sino que es un simple resultado de la práctica de vida verificada en la existencia actual.

¶ Pero de la posesion comun de ese organismo mejor (ya veremos despues, aunque solo á grandes rasgos, en qué consiste su mejoría) *se desprenderán naturalmente formas sociales tambien mejores.* Ahora bien; los individuos que hayan dejado este mundo en estado de vicio, justamente por la mayor perfeccion de su organizacion, *y justamente por la mayor perfeccion consiguiente de las formas sociales,* encontrarán en el curso de su nueva vivificacion, y al tomar rumbo en la sociedad de que formen parte, dificultades y quebrantos nacidos tan solo de sus mismos defectos.

¶ Comprendo que estas afirmaciones generales no se esclarecerán por entero á mis lectores hasta llegar á sus aplicaciones; pero como, antes de entrar en ellas, hay aun que explanar otras ideas preliminares, me circunscribo en este instante á lo que es oportuno.

tuno, dejando para más adelante lo que aquí no estaria bien colocado.

Lo que ahora toca es proponer la siguiente cuestion. Supuesto que los hombres todos, al pasar de este mundo á otro despues de la muerte, han de mostrarse en él con mejores condiciones personales (pero sin que sus propiedades fundamentales se alteren), ¿qué clase de condiciones serán esas? Cuando hayamos respondido á esta pregunta tendremos ya todas las bases *antropológicas* necesarias para determinar los caractéres de nuestra vida futura; y digo antropológicas, porque tambien seria conveniente un estudio cosmológico, como fundamento de otro género de datos, para la más perfecta inteligencia de nuestro porvenir; pero en mi actual trabajo no caben sino las observaciones referentes al hombre, observaciones con las cuales me basta para mi propósito. Pasemos, pues, á averiguar la solucion de la cuestion que en las líneas anteriores dejo entablada.

CAPITULO IX

Perfeccionamiento del principio de individualidad.

¿En qué consistirá el mayor grado de perfeccion que manifieste la organización total del hombre en la próxima vida futura?

Para contestar á esta pregunta, empecemos por hacer otra, á saber: ¿hay alguna propiedad fundamental comun á todos los seres, y cuyo aumento de intensidad señale y determine por sí solo la superioridad creciente de unos seres con respecto á otros?

Expongamos y observemos.

Toda la obra incesante del Universo consiste indudablemente en una obra de particularización ó individualización, cada vez más

clara y más decisiva, á medida que se asciende en la escala infinita de lo creado. Despréndese primero del conjunto indistinto general individualidades escasamente tales, es decir, poco determinadas y concretas, y nacen luego de un modo sucesivo individualidades más circunscritas, más detalladas, más independientes, *y sobre todo más concentradas en sí mismas*. De ahí resulta, por consiguiente, que un sér alcanza un grado tanto mayor de perfeccion cuanto más individuo es; es decir, cuanto más circunscrito y determinado y particularizado está, cuanto menos incrustado se halla en la masa general del Universo, *cuanto más dueño es de sí, cuanto más se posee en todos conceptos á sí propio*. El Universo, para cumplir su tarea y su destino, parece que tiende á trasfigurarse gradualmente, perdiendo su vaguedad primitiva y particularizándose en infinitos focos de vitalidad ó sean séres individuales, cada vez más dignos de este nombre.

Examínense, por ejemplo, los minerales,

primer paso dado por la creacion en esa sublime senda.

Los minerales no merecen aun el nombre de individuos y sí sólo el de entidades por yacer todavía adheridos á la masa comun, *y depender casi totalmente de ella*. Se ha observado, en efecto, y con razon, que si la individualidad en los animales durante su vida consiste (bajo cierto punto de vista) en ser indivisibles, la individualidad en los minerales consiste tan solo en ser indescomponibles. Córtese á un animal por la mitad y se le habrá dado muerte; córtese por la mitad un pedazo de sal, y la sal no por eso habrá muerto, sino que seguirá siendo sal en dos pedazos, en lugar de ser sal en un pedazo solo. ¿Qué se deduce, pues, de esto? Se deduce que para matar la sal no hay más remedio que descomponerla, y se deduce, por tanto, que la sal no constituye un individuo capaz de morir y sí solo una entidad capaz de descomponerse.

Los elementos más inferiores de la crea-

cion, esto es, los minerales, son por consiguiente entidades que no merecen aun realmente el nombre de individuos. Por eso se componen y se descomponen en el proceso general de la naturaleza, pero no se reproducen. La vitalidad no está bastante particularizada en ellos para permitirlo, y ni el hierro engendra hierro, ni del pedernal y del ópalo nacen ópalos y pedernales. La inferioridad de los minerales con respecto á otros séres superiores reside, en una palabra, en que *no se concentran ni se poseen bastante á sí mismos para ser sus propios determinantes.*

¡Cuán distintos se nos ofrecen ya los vegetales! La yerba, la planta y el árbol tienen una individualidad algo pronunciada y enérgica. Forman organismos completos, gozan de una vida particular suya, y son en fin séres hasta cierto punto aislados y existentes de por sí, en vez de parecerse al trozo de sal que dejo mencionado y que es sólo un elemento constituyente de la masa terrenal. La planta, la yerba y el árbol expresan ya

la vida en forma de diferencia, se oponen como elementos individuales al elemento de la naturaleza total, y por último se reproducen. Del acónito nace acónito, de la madre selva nace madre selva, del laurel nace laurel. Además, la planta, la yerba y el árbol buscan por sí mismos su alimento con las hojas y con las raíces, especialmente con estas últimas, chupando los jugos del suelo, y escogiendo entre esos jugos los que les convienen. Los vegetales muestran con todo esto que se refieren ya más á sí mismos, y gozan de cierto discernimiento y cierta acción propia, esto es, *que se poseen en mayor escala que los minerales*. Sin embargo, aun su independencia y su grado de concentración no son muy notables, viviendo adheridos á la tierra. Todavía se advierte en ellos falta de trabazón profunda. Cada parte de la planta es una planta, cada rama del árbol es un árbol, puesto que, arrancada de él y enterrada, germina y fructifica.

El animal da un nuevo paso. Despréndese

totalmente del suelo; se mueve; sostiene relaciones múltiples y complejas con las cosas exteriores, *afirmando más y más su propia individualidad*; tiene voz, y expresa con ella lo íntimo de su sér; reproducese en sus hijos, y estos nacen de él de una manera más perfecta que los hijos de los vegetales. El animal se rige con innegable espontaneidad, maneja su cuerpo, forma planes encaminados á adquirir el sustento, y con estos y otros actos demuestra *una concentracion vital muy señalada*.

Dentro del reino animal y en sus diversas gradaciones, procediendo de las más imperfectas á las más perfectas, se repite y manifiesta la misma ley. Segun se sube de las especies inferiores á las superiores, se ve ir desapareciendo el instinto y apareciendo la inteligencia, es decir, desapareciendo la dependencia pasiva del animal con respecto á las fuerzas generales de la naturaleza, y apareciendo *la facultad de poseerse el animal á sí mismo bajo todos conceptos*, sintiéndose, cono-

ciéndose, distinguiéndose de los demás, gobernándose, disponiendo de sus potencias y obrando conforme á cálculos y racionios.

El hombre, en fin, adelanta todavía mas. Su instinto se reduce á proporciones muy exiguas; sus acciones brotan de lo íntimo de su sér, y la facultad que tiene de regirse á sí propio alcanza un altísimo grado de desarrollo. Solo á él en la escala de los séres le es posible disfrutar de la plenitud del libre albedrío, sustrayéndose á todo género de influencias fatales, si se propone con firme decision domar los impulsos parciales que le solicitan y obrar por sí solo y solo por sí. Y ¿por qué es todo esto? *Porque goza de un grado de concentracion mayor que los demás séres; porque es más dueño de sí mismo, y se posee más hondamente que ellos.*

Hagamos aun otra observacion. Dentro de la especie humana, ¿en qué consiste el secreto de los grandes genios, de las grandes figuras históricas, en cualquier terreno que sea? *En la posesion de una fuerza de concen-*

tracion extraordinaria bajo tal ó cual aspecto.

Pero basta de pormenores.

Aducidos esos ligeros ejemplos, creo que el lector convendrá ya conmigo en la evidencia de las ideas que vengo apuntando, y advertirá por sí mismo lo que le he incitado á advertir, á saber: que el gran trabajo del Universo consiste en irse resolviendo sucesivamente en individualidades cada vez más concretas, más desprendidas del conjunto indistinto general, y más libres y potentes en cuanto á la direccion y rumbo de su propia vida.

Tal es, en efecto, la tarea que se cumple sin cesar en el campo entero de la creacion.

Una causa misteriosa, pero indudable, oculta, pero perceptible por sus resultados (la accion providencial), empuja sin cesar al Universo, obligándole á que las fuerzas que componen su esencia vayan constituyéndose en focos individuales (como los botones que se desarrollan en la madera general del árbol), verificándolo cada vez con creciente

intensidad, y vayan perdiendo de ese modo su indeterminacion primera para trasformarse en una infinidad de séres concretos, cada uno de los cuales pueda en la medida de su perfeccion concordar por espontáneo impulso la direccion de su propia actividad con la marcha providencial del Universo entero, sustituyéndose así la actividad y la vitalidad de la creacion en conjunto por la suma inmensa de las actividades y vitalidades particulares pertenecientes á los individuos en que las energías totales de esa creacion se trasforman. No parece sino que la naturaleza, al resignar gradualmente su accion total é íntegra en el número infinito de acciones individuales de los séres que nacen de su seno, procede y camina con esquisita cautela, conservando aun gran influencia sobre los individuos imperfectos, humildes y de escasa personalidad, y *dejándoles más dueños de sí mismos y más libres de esa influencia fatal á medida que ocupan un rango y un lugar más elevado.*

Tenemos, por consecuencia, que hay una propiedad comun á todos los séres, y cuyo aumento de intensidad señala y determina por sí solo la superioridad de unos de esos séres sobre otros; tenemos además que esa propiedad no es sino la que hemos venido notando en el trascurso de este capítulo, y solo me resta ahora llamar á esa propiedad por su nombre propio. Pues bien; esa propiedad se llama en Filosofía *el sentido íntimo*, y el sentido íntimo se define diciendo que es *la relacion que sostienen los séres consigo mismos*; esto es, la facultad que á los séres se reconoce de replegarse, recogerse hácia adentro, adquirir más ó menos conciencia de su propia individualidad, y poseerse más ó menos plenamente bajo los dintintos puntos de vista posibles. Pero los filósofos, á pesar de esta definicion, que es buena, aplican despues la teoría del sentido íntimo de un modo mezquino: yo tengo, respecto á esas aplicaciones, creencias más latas, que manifestaré, aunque de paso, en las últimas páginas de

este libro, y que contendrán una especie de resúmen de toda la doctrina que voy exponiendo, con ojeadas más extensas, de que ahora prescindo por consideraciones de conveniencia de mis lectores.

Una última observacion debo hacer, sin embargo, en este sitio y es la siguiente: ¿de qué proviene el aumento de sentido íntimo, origen á su vez del progreso de la criatura? A cuya pregunta la observacion y la razon contestan que ese aumento es hijo del aumento de ramificaciones interiores de las fases constitutivas de cada sér. ¿Quién ignora, en efecto, que cuanto más perfecto es un sér mayor complicacion de organismo ofrece? Y la explicacion de esto es muy sencilla. A medida que las fases capitales de los séres (espiritu y cuerpo) se subdividen en mayor número de ramificaciones internas, esas ramificaciones son por decirlo así, *otros tantos puntos de contacto que el sér que las disfruta tiene con su propia esencia*. De donde nace que cuanto más numerosos son esos puntos de

contacto, más profundamente puede poseerse un sér.

La ley general de la creacion consiste por tanto en la existencia gradual de séres que ofrecen mayor ó menor número de ramificaciones ó sub-fases interiores y en la existencia de séres cuyas ramificaciones ó sub-fases interiores se determinan en tales ó en cuales direcciones, naciendo *de la cantidad* de esas ramificaciones, las clases ó castas *más ó menos perfectas*, esto es, las superioridades ó inferioridades de unos séres con respecto á otros, y naciendo *de la direccion* de esas ramificaciones las razas *más ó menos divergentes*, esto es, las diferencias de unos séres con respecto á otros, sin consideracion á su grado de perfeccion (1).

Esto dicho, y encontrado el sentido íntimo como clave y fundamento único y verdadero del perfeccionamiento del principio de indi-

(1) Toda esta doctrina se halla extensa y detalladamente explicada en EL DERECHO NATURAL constituyendo la base de la clasificacion de los derechos humanos.

vidualidad, ya es para mí ocasion de declarar que del aumento de potencia del sentido íntimo es de donde procederán el mejoramiento general, y todos los mejoramientos parciales de las condiciones de nuestro organismo humano, al proseguir en otro mundo nuestra vida, despues de terminada con el fenómeno de la muerte la vivificacion actual.

CAPITULO X.

Aplicaciones en general.

Como no soy partidario de ningun género de oscuridades, y como además, á falta de otras cualidades, tengo una buena fé científica que no me permitiria suponer terreno firme al que encerrara algun hueco ó sitio débil, empiezo este capítulo con una advertencia. De que el mayor grado de sentido íntimo determine la mayor perfeccion de unas especies con respecto á otras ¿se sigue lógicamente que determine tambien la mayor perfeccion de las vivificaciones sucesivas de un mismo individuo? Al pronto parece que los casos son diferentes, y que la misma ley

no se ha de aplicar por tanto *necesariamente* á ambos; pero esta aparente dificultad desaparecerá, como otras, al resumir despues sustancialmente el espíritu de la doctrina que expongo, sin las trabas que hasta aquí me voy imponiendo para no consumir la paciencia del lector con cuestiones preparatorias.

Hecha la salvedad, sigo mi camino.

Sentado que el aumento de intensidad de nuestro sentido íntimo ha de ser la base, el fundamento y la causa del mejoramiento futuro de nuestro organismo en la otra vida, ¿de qué modo determinará ese mejoramiento? Para la resolución acertada de este problema es menester que tengamos presentes varias circunstancias.

Y, ante todo, ¿cuáles son los caracteres de *índole permanente* de la naturaleza humana? ¿Cuáles son las formas, cuáles son los modos de sér del hombre que tienen siempre que subsistir á través de todos los perfeccionamientos posibles?

El hombre, hemos dicho, es en primer

término una unidad fundamental, *un alma*, y esta unidad fundamental, esta alma, dentro de ser una y debajo de ser una, se manifiesta como espíritu y como cuerpo; es decir, que el cuerpo y el espíritu no son partes pegadizas que se pueden desprender de ella, sino que constituyen fases y determinaciones suyas, constituyen su misma esencia, y ni el alma se puede concebir sin espíritu y cuerpo, ni el espíritu y cuerpo son posibles sino en el alma. Tenemos, pues, que el hombre se manifestará siempre como cuerpo y como espíritu en todas sus infinitas vivificaciones sucesivas, y cualquiera que sea el astro que habite. Ahora bien; dentro del espíritu y dentro del cuerpo se reproduce el mismo fenómeno de determinación ó ramificación interior que tiene lugar dentro del alma. El espíritu, considerado como unidad, dentro de ser uno y debajo de ser uno, ofrece dos fases ó modos de ser, llamados el uno sensibilidad y el otro inteligencia. El cuerpo por su parte, considerado también como unidad,

dentro de ser uno y debajo de ser uno, ofrece dos fases ó modos de ser, llamados el uno vida vegetativa, y el otro vida animal. Y por lo tanto, la sensibilidad y la inteligencia son inseparables del espíritu, y la vida vegetativa y la vida animal son inseparables del cuerpo; es decir, que en todas las vivificaciones infinitas del hombre, y cualquiera que sea el astro que él habite, su espíritu se manifestará como sensibilidad y como inteligencia, y su cuerpo se manifestará como vida animal y como vida vegetativa. La inteligencia y la sensibilidad serán siempre respecto al espíritu, y la vida vegetativa y la vida animal serán siempre respecto al cuerpo, lo que el espíritu y el cuerpo son respecto al alma. Hay más: dentro del espíritu la inteligencia es menos material que la sensibilidad, y dentro del cuerpo la vida animal es menos material que la vida vegetativa.

Aclaremos aun esto.

El alma es la unidad primera y fundamental del hombre.

El alma se manifiesta interiormente como cuerpo y como espíritu, como principio material y como principio inmaterial.

El cuerpo y el espíritu á su vez, aunque fases parciales del alma, son cada uno una unidad con respecto á su propio contenido.

El cuerpo, como tal unidad, se manifiesta interiormente en forma de vida vegetativa y en forma de vida animal, la primera de índole preferentemente material, y la segunda de índole menos material.

El espíritu, tambien como unidad, se manifiesta interiormente en forma de sensibilidad y en forma de inteligencia, la primera de carácter menos espiritual ó más material, y la segunda de carácter preferentemente espiritual.

Llegados aquí, *podríamos continuar indefinidamente del mismo modo.* En efecto; la inteligencia, la sensibilidad, la vida vegetativa y la vida animal son á su vez unidades, cada una de las cuales se ramifica tambien interiormente; y cada una de sus subdivisiones

vuelve á ser unidad y á subdividirse de nuevo, y así hasta que la vista se pierde en las ramificaciones aun embrionarias é incipientes; de tal manera, que todas esas unidades sucesivas se manifiestan juntamente con fases de carácter más material y con fases de carácter menos material, ó sea más espiritual. Así la inteligencia aparece como imaginacion y como entendimiento, aquella más material y este menos; así la sensibilidad se revela más materialmente en la sensacion y más espiritualmente en el sentimiento; así la vida vegetativa encierra la oposicion interior del vientre y el corazon, aquel más material y este más próximo al espíritu; así la vida animal consta de nervios de movimiento y nervios sensoriales, y aun unos y otros se dividen á su vez de nuevo (1).

(1) Una observacion importante debo hacer ahora en este lugar: aludo á la omision de la voluntad entre las determinaciones del espíritu. Es que yo no considero á la voluntad como prenda del espíritu, sino como prenda del alma, como atributo esencialmente inherente á la unidad fundamental del hombre. ¿No se dice, y con

Las subdivisiones, ó mejor dicho, las sub-fases del espíritu y el cuerpo (fases primarias del alma), son como se ve inagotables. Entiéndase bien, sin embargo, que solo son inagotables en *potencia*, pues segun los ade-

razon, que la libertad es la forma de la voluntad? ¿No es cierto además que el hombre solo es libre cuando, prescindiendo de todo atractivo parcial, se resuelve á ser él solo en su unidad primera la causa de sus actos? Pues bien; si ambas verdades son evidentes en Psicología, como lo sabe cualquiera que haya saludado esta ciencia, ¿no resulta evidente tambien que solo cuando obra por sí la unidad del hombre es cuando éste es libre, y cuando, por consiguiente, goza de voluntad, supuesto que donde no hay libertad (forma de la voluntad) no hay voluntad (cuya forma consiste en ser libre)? Esto, á mi modo de ver, es indiscutible. Concédese que, mientras la unidad primera del hombre no domina á todas sus fases parciales, no hay libertad; dícese que la libertad es la forma de la voluntad, y claro está que la forma nunca existe sin el fondo, luego claro es que la voluntad, con su forma inseparable de libre, únicamente pertenece á la unidad del hombre, á su alma. Por otra parte, el simple buen sentido indica que para ceder á móviles parciales no se necesita voluntad, sino todo lo contrario, esto es, ausencia de voluntad. Cuando el hombre no obra en virtud de su absoluta espontaneidad, lo que hace es ser arrastrado por tal ó cual incentivo, es decir, seguir pasivamente las leyes naturales de la atraccion: solo cuando se sustrae á estas ó las sigue, no por la fuerza de ellas, sino porque quiere, es cuando merece el nombre de sér voluntario, de sér libre.

tantos del individuo y segun el número de sus vivificaciones, esas sub-fases van brotando poco á poco de su seno y aumentando en número de un modo sucesivo y gradual. El alma de cada sér puede producir infinitas ramificaciones suyas, interiores, en un tiempo tambien infinito; pero en cada momento histórico y durante cada una de sus vivificaciones, solo produce un número determinado de ellas, y en tal ó cual direccion precisa y concreta, *conservándose ya esas perpétuamente, con la adiccion de las nuevas que vayan engendrándose.*

Ahora bien; esto sentado y volviendo á nuestra cuestion de investigar de qué modo se verificará el mejoramiento de nuestro organismo en la vida futura, la solucion salta pronto á la vista, con solo recordar la naturaleza del sentido íntimo. ¿Qué es, en efecto, el sentido íntimo? ¿No consiste en poseerse cada sér á sí mismo, bajo los distintos puntos de vista posibles? Pues para que un individuo pueda gozar cada vez un más íntimo y pro-

fundo sentido íntimo (que es en lo que consistirá su mejoramiento), *preciso será que las varias fases de que conste tengan, cada cual con ella misma, entre sí unas con otras y todas á su vez con el alma, una trabazon, gradualmente más íntima y estrecha.* Y como, segun vimos en páginas pasadas, la posibilidad de un aumento de posesion propia por parte de un sér, depende del aumento de sus ramificaciones internas (puntos de contacto consigo mismo), resulta que la trabazon de que deajo hecho mérito, solo cabe que se verifique mediante la creciente subdivision interna del alma. Así un sér se poseerá bajo un aspecto cualquiera determinado, por ejemplo, el intelectual, cuanto más ramificado se halle interiormente bajo ese aspecto.

Hechas estas advertencias generales, y pasando ya á meditar en sus resultados prácticos, claro es que para trazar un cuadro minucioso de nuestros mejoramientos en la vida futura, seria menester que describiéramos

las consecuencias del aumento de intimidad y enlace de nuestra alma con todas las ramificaciones suyas interiores que conociéramos y de estas entre sí, pero semejante tarea sería verdaderamente inacabable, y, por otra parte, las necesidades más apremiantes solo piden un trabajo menos gigantesco, bastando por de pronto con que nos hagamos cargo de las fases más importantes del alma, para dibujar sobre ellas los lineamentos cardinales de nuestra existencia más allá de los límites de la tumba.

Bajo este concepto podemos, pues, establecer que la vida del alma humana en su próxima etapa más allá de la muerte, presentará las siguientes condiciones de mejoramiento. Mayor intimidad y concentración del cuerpo con el espíritu en general; del espíritu como inteligencia con el cuerpo; del espíritu como sensibilidad con el cuerpo; del cuerpo como vida animal con el espíritu; del cuerpo como vida vegetativa con el espíritu; del espíritu consigo mismo; del cuerpo con-

sigo mismo; del espíritu y el cuerpo con el alma.

Pasemos ahora á examinar, aunque ligeramente, cada uno de estos puntos en particular, y trazaremos con ello á grandes rasgos el cuadro de nuestro porvenir.

CAPITULO XI.

Lo físico y lo moral.

Ya sabemos que la inmortalidad del individuo arrastra consigo forzosa é irremediamente la inmortalidad de su principio corporal y de su principio espiritual; de suerte que, al aparecer el alma de cada hombre en otro mundo, en el instante de desprenderse de éste, aparecerá con un cuerpo y un espíritu.

Ahora bien; dado que lo que ha de constituir todos nuestros perfeccionamientos en nuestras vivificaciones sucesivas es el incremento, el desarrollo de intensidad de nuestro sentido íntimo (mediante el aumento de com-

plicacion interna de nuestro sér), ese incremento, ese desarrollo de intensidad en la concentracion de nosotros dentro de nosotros mismos, tiene que producir, como el primero de sus resultados, una mayor union, una mayor hermandad entre nuestro espíritu y nuestro cuerpo, considerados ambos en totalidad, sin distincion aun de los modos particulares de sér de cada cual.

Es decir, que si en este mundo el alma del hombre, comprensiva del cuerpo y del espíritu, no goza aun de bastante perfeccion, de bastante energía para que ese cuerpo y ese espíritu, que son suyos, se correspondan enteramente y vivan en pleno acuerdo y en inalterable y profundísima armonía, al pasar á otro mundo logrará ya en más alto grado estos dichosos y trascendentales resultados.

Y á su vez esa mayor union, esa mayor intimidad que en nuestra próxima vivificacion ha de establecerse entre nuestro principio corporal y nuestro principio espiritual, se revelará visiblemente por medio de nume-

rosas é importantes manifestaciones; pero como quiera que las de índole especial han de ser mencionadas sucesivamente en los siguientes capítulos, aquí solo examinaré, segun ya acabo de indicar, las de índole general; es decir, las que dependen del estrechamiento de relaciones entre el cuerpo, considerado en totalidad, con el espíritu considerado de igual modo; advirtiendo que aun entre éstas solo podré atender á las de mayor relieve, á las que sean de más fácil apreciacion en un tratado como éste, de índole elemental, escrito para divulgar las primeras nociones de la ciencia del porvenir humano más allá de la muerte. Y ¿cuáles son esas? Las que consisten en la armonía y el paralelismo entre las cualidades materiales y las morales, entre la conformacion física y la espiritual.

En efecto; la mayor compenetracion mútua de las dos fases de nuestra existencia, que ha de tener lugar en la vida futura, comparada con la actual, hará naturalmente

que ambas vivan, digámoslo así, la misma vida, que ambas alienten con el mismo aliento, y que en tan fraternal enlace cada modo de sér, cada fase, cada rasgo de cualquiera de ellas tenga en la otra eco fiel y correspondencia exacta. El estado de incompleta y escasa union que caracteriza las relaciones entre nuestro cuerpo y nuestro espíritu en este mundo es, evidentemente, un estado imperfecto y triste, un estado de atraso, un estado sobremanera grosero, y susceptible, por lo tanto, de infinitas mejoras.

Pues bien; semejante órden de cosas tendrá forzosamente que modificarse en el sentido de la perfeccion en nuestra vivificacion próxima, *con arreglo á la ley del aumento creciente de nuestro sentido íntimo*. Nuestro cuerpo y nuestro espíritu apretarán entonces sus mútuos vínculos, y como primer resultado general de tal mejoramiento, adquirirán *una gran identidad de fisonomía*; las cualidades y la configuracion del uno se corresponderán maravillosamente, segun ya he indicado, con

las cualidades y la configuración del otro. Esta circunstancia, cuya bondad intrínseca es evidente, permite ya entrever una primera serie de penas y de recompensas para la vida futura. Porque, para limitarnos á un solo órden de consecuencias, claro está que desde que los rasgos y caracteres físicos de un individuo se armonicen y correspondan estrechamente con sus rasgos y caracteres espirituales, las facciones del cuerpo, que caen bajo el dominio de los sentidos, darán á conocer desde luego *las facciones morales de las personas*, y cada individuo revelará á la sociedad sus prendas interiores por la índole de su aspecto material.

Algo de esto sucede ya ciertamente en el mundo que en la actualidad habitamos, *pero solo como en embrion y gérmen de los desarrollos espléndidos de la vida futura*, pues en el progreso creciente de los seres en el Universo *el porvenir no es más que el desenvolvimiento del presente*, así como *el presente no es más que el desenvolvimiento del pasado*. Conviene,

sin embargo, fijar las miradas en ese germen y en ese embrion, supuesto que en él se esconde, vago y latente, el misterio de lo futuro.

Ahora bien; aunque el aspecto del hombre en su existencia actual difiera á menudo de su fisonomía espiritual; aunque bajo un exterior tosco se escondan á veces grandes talentos y grandes corazones, y, por el contrario, bajo un aspecto bello se aniden en muchas ocasiones entendimientos torpes y afectos ruines y vulgares, realmente ya en este mismo mundo el desacuerdo entre ambos elementos de nuestro sér no es tan grande como se supone. Fuera de algunos casos rarísimos, si examinamos atenta y concienzudamente á un individuo mediante un recto criterio y un enérgico y cuidadoso análisis, su cuerpo nos revelará con aproximacion su espíritu. Hay que distinguir entre la fealdad verdaderamente tal, en todo su rigor (fealdad repugnante), y la fealdad compatible con la gracia, fealdad que puede ser y es en mu-

chísimos casos simpática. Una persona de piel enteramente descolorida, de éxagerado y enfermizo linfatismo, de cabeza extraordinariamente grande ó extraordinariamente pequeña, de frente aplanada y unida á la nariz sin el más ligero hoyo en el paso de la una á la otra, de ojos abultados, turbios y sin vivacidad, de boca grande y abierta y de orejas largas, despegadas y colgantes; una persona, repito, que reuna estos y otros rasgos parecidos, ofrecerá en su fealdad un signo seguro de estupidez é imbecilidad: bajo un exterior semejante no se ocultará nunca un espíritu ni siquiera mediano bajo ningun concepto. Por el contrario, hay hombres llamados feos y mujeres llamadas feas, que á pesar de eso cautivan y agradan, y es porque, á despecho de la tosquedad ó extrañeza de ciertos rasgos, ofrecen cierta originalidad, cierta expresion, cierta gracia que revela desde luego amables cualidades morales en armonía con tales facciones. Ese es el secreto de muchas pasiones amorosas, que chocan al

primer golpe de vista á los indiferentes, pero que tienen, sin embargo, la más plausible explicacion.

Reconozcamos pues que, *aun en este mundo y con nuestra grosera organizacion actual, las armonias entre el espiritu y el cuerpo de los individuos son mayores de lo que se supone.* Efectivamente, hasta en los casos en que una persona parece ofrecer grandes disonancias entre su parte espiritual y su parte corporal, un estudio detenido nos hará probablemente advertir que esas disonancias son hondas consonancias. Y en la inmensa universalidad del curso comun de las cosas, ¿quién duda de ciertas analogías constantes? Una figura muy irregular no encierra nunca un espíritu simétrico; una frente del todo perpendicular revela casi siempre juicio escaso; una cabellera lacia, deslustrada y como mortecina raras veces se encuentra sino en hombres desprovistos de arranque espiritual; y, por el contrario, el pelo negro, espeso, basto y de poco crecimiento se corresponde noventa

y nueve veces de cien con los caracteres groseros, macizos y materialistas. Las cabezas redondas denotan torpeza; las muy largas falta de seso; las muy gordas, rusticidad. Las cejas unidas en línea recta representan espíritu firme; las delgadas y suavemente arqueadas, genio dulce; las ásperas é indómitas violencia. Labios rectos, estrechos y apenas visibles suponen astucia y sangre fría; labios muy grandes, inclinaciones vulgares; labio inferior ahuecado hácia la mitad, carácter jovial. La nariz pequeña se asocia á los espíritus débiles; la encorvada hácia la raíz, á los imperiosos; la de alas anchas y móviles, á los sensuales; la que acerca su punta á la boca, á los mezquinos, lúgubres y sin expansion. Cuello delicado y largo es signo de timidez; cuello lleno de paperas, como los de los cretinos, junto con otros caracteres, demuestra estupidez; cuello bien proporcionado, esbelto y fuerte á la vez, denota espíritu varonil; cuello grueso y corto, brutalidad. Por último, los ojos que tienen la pupila en

blanco indican irreflexion y alocamiento; los pequeños, negros y hundidos, penetracion; los grandes, abiertos y chispeantes, ingenio y arrebató; los saltones, frecuentemente imaginacion.

Aquí me detengo. Podria citar mil y mil nuevos ejemplos; podria advertir además por menores innumerables relativos á las manos, los piés, las espaldas, etc., etc., pues en la totalidad del cuerpo se encuentran manifestaciones de las cualidades espirituales de las personas; pero creo inútil hacerlo. Basta con las ligeras observaciones que quedan hechas para inducir al lector á reparar que, aun dentro de nuestro grosero organismo actual, muchas, ó mejor dicho, todas las prendas morales de los hombres, se corresponden con ciertas particularidades físicas.

Medite cada cual acerca de esto y lo comprenderá así, llegando á adquirir el fundado convencimiento de que esa correspondencia existe, y de que muchas falsas y engañosas contradicciones desaparecen ante un análisis

rigoroso. Este análisis exige, sin embargo, en infinitos casos grandísimo cuidado, pues hay á menudo signos que son atenuados y modificados por otros, y es menester compararlos todos, pesar su fuerza respectiva y sumar con minuciosidad los resultados. Por eso la intimidad de nuestro cuerpo y nuestro espíritu es todavía escasa en este mundo; ó, mejor dicho, *justamente porque la intimidad de nuestro cuerpo y nuestro espíritu es todavía escasa en este mundo, es por lo que sucede eso, es por lo que se presentan esas dificultades.*

En nuestra próxima vivificación despues de la muerte *la posesion de un sentido íntimo más perfecto desarrollará naturalmente esa correspondencia entre nuestras cualidades materiales é inmatrimales hasta un extremo grandísimo; ambas se armonizarán más y más dentro y debajo del alma, y el cuerpo de cada individuo será por tanto un verdadero espejo, exacto, límpido y elocuente de las bellas prendas y de los defectos de su espíritu. En ese cuerpo se dibujarán y retratarán de un*

modo gráfico, ineludible y perceptible á la primera ojeada, la benevolencia, la firmeza, la dulzura, la discrecion, la fantasía poética, la inteligencia, la abnegacion, así como tambien el egoismo, la ruindad, la ineptitud, la codicia y las demás dolencias y aberraciones morales. El aspecto físico del hombre será así *una muestra, un pregon irrecusable, una manifestacion, en fin, necesaria, fiel y minuciosa de las bellezas y los vicios que carcoman ó enaltezan su espíritu* (1).

(1) Aquí no tratamos de determinar la forma y la fisonomía de ese cuerpo en la vida futura, pues para ello habria que conocer las condiciones cosmológicas de su nueva morada y tener presentes datos muy difíciles de conseguir. Pero nos basta con saber que sus sistemas internos y sus diversos órdenes de funciones tienen que serle siempre inherentes, aunque su modo de ser varíe y se perfeccione sucesivamente hasta lo infinito. Así siempre presentará el contraste entre su vida vegetativa y su vida de relacion, siempre poseerá órganos de nutrición ó apropiación de los elementos externos, siempre ofrecerá tambien funciones de reproducción, funciones sensoriales, funciones de movimiento, etc., etc. Estas bases (lo repito) son suficientes para nuestro propósito actual: lo demás solo correspondería á un tratado más extenso, á cuya ejecución por ahora no tengo tiempo de consagrarme.

Y ¿se comprende todo lo que ese simple hecho puede dar de sí? ¿No residirá ya en él un beneficio inmenso para los que hayan cuidado de perfeccionarse en este mundo, y una pena grave, severa, profunda para los que hayan desaprovechado la vida actual ó la hayan empleado en envilecerse y degradarse? Si ya hoy, y en esta humilde tierra, la hermosura y la gracia corporal, el continente bello y simpático, y la salud y la energía nerviosa y muscular favorecen tanto á los que poseen esas prendas, así como dañan no poco para el trato social, para el amor y para todo el conjunto de la vida las deformidades físicas, las facciones repugnantes, el aspecto miserable del cuerpo y sus males y endeblesces, ¿qué no sucederá en nuestras futuras vivificaciones? ¿Qué no sucederá entonces, cuando aparezcamos claramente al exterior como seamos en el interior, cuando en la fealdad de un individuo se vea juntamente su imperfección física y el eco exacto de su fealdad moral?

Algunos se reirán acaso de esto: harán muy mal en reirse. Tales pormenores no constituyen suposiciones gratuitas, sino que son *una consecuencia lógica del aumento de potencia de sentido íntimo*. El que en esta vida adquiriera deformidades morales, las dejará transparentar irremediable y clarísimamente en la vida futura por medio de deformidades corporales correspondientes; y las pesadumbres que de ahí le resulten nada tendrán ciertamente de ilusorias.

No solo su aspecto físico, anuncio de su atraso moral, le perjudicará en la sociedad, le apartará de toda esfera elevada, y le impedirá infinitos goces externos, sino que él mismo sufrirá en su interior la pena y la humillación de su degradación corporal.

Es preciso, además, tener en cuenta que esa degradación le llevará juntamente *dolencias* procedentes de igual origen. Aun en el mundo en que vivimos actualmente, ¿quién ignora que ciertas enfermedades se corresponden con ciertas imperfecciones espiritua-

les? El *linfatismo* y las *escrófulas* se enlazan á menudo con el *apocamiento del ánimo*, siendo esas enfermedades físicas y esa enfermedad moral *formas paralelas de la escasez de energía del alma*. Las pasiones deprimentes, como la *envidia*, la *hipocondria*, y otras que constituyen males y vicios del espíritu, se acompañan constantemente de *lentitud de la circulación de la sangre*, y de *pobreza de secreciones*, origen frecuentísimo de *herpes*, *digestiones difíciles*, *afecciones catarrales y reumáticas*, y otras diferentes. Las predisposiciones á los *aneurismas*, *cánceres*, *tisis* y cien dolencias terribles recaen casi siempre en personas cuyo espíritu ofrece también *defectos de índole análoga*. El carácter *colérico é iracundo* se corresponde con las enfermedades *biliosas*. Las *afecciones crónicas* se manifiestan en los sujetos de *índole pasiva y perezosa*. Pero ¿á qué insistir en tantos pormenores? Las enfermedades todas en general dependen de la calidad y de los vicios de la sangre, y la calidad y los vicios de la sangre se relacionan

siempre con la calidad y los vicios del espíritu. Un estudio profundo revelará por doquiera la lógica armonía que en el fondo existe *entre el carácter general de los defectos morales de cada individuo y el carácter general de sus predisposiciones morbificas.*

Tengan esto presente todos los hombres, y piensen con espanto en su vida futura, si desde la actual no se disponen para ella. La intimidad entre su cuerpo y su espíritu que en sí es un bien, será sentida como profundísimo mal por aquellos que á consecuencia de su culpable conducta en este mundo tengan que sufrir durante su próxima vivificación, como primer orden de castigos, un cuerpo *cuyo ingrato aspecto y cuyas dolencias serán el reflejo externo de sus extravíos morales.*

En la vida actual aun puede darse un carácter débil unido á un cuerpo fuerte, un espíritu lleno de enfermedades morales hermanado con un cuerpo sano: estos dolorosos contrastes existen todavía en la tierra por la

imperfeccion de nuestro actual organismo, aunque ya, como acabo de indicar, la tendencia opuesta se nota, siquiera sea de un modo pálido, en la generalidad de los casos. Pero en la vida futura el cuerpo será *una verdadera sensitiva*, y toda imperfeccion moral (falta de fuerza de voluntad, egoismo, malevolencia, etc.,) se reflejará fidelísimamente en imperfecciones orgánicas correlativas; pues en el fondo no hay deformidad moral que no deba corresponderse con otra corporal, *aunque la relacion entre ambas sea hoy para nosotros en muchos casos difícil de averiguar*. Y así, en nuestra próxima vivificacion, un aspecto desagradable y un fisico enfermizo serán considerados por todo el mundo como la consecuencia y el reflejo natural de la degradacion moral del individuo en que se encuentren; serán reconocidos *como culpa suya*.

CAPÍTULO XII.

El espíritu inteligente y el cuerpo.

El espíritu no mantiene tan solo con el cuerpo una relacion de índole general y total, sino que tambien se une con el mismo bajo puntos de vista parciales, y de éstos hay dos capitales, á saber: el punto de vista de la inteligencia, y el del corazon ó sentimiento. Empecemos por el primero.

Y ¿cuál y de qué grado es la relacion que en este mundo sostiene nuestro espíritu como inteligencia con el cuerpo? No tenemos más que observar, y repararemos desde luego que tal relacion es harto escasa é insignificante. Sin duda nuestro espíritu tiene algun

conocimiento del cuerpo que le acompaña, y guarda por tanto con él algún contacto y alguna intimidad, pero ¡cuán débiles, cuán pálidos, cuán insuficientes son esa intimidad y ese contacto! Nos vemos por fuera, y aun no en totalidad (puesto que hay muchas partes de nuestro propio cuerpo que solo se nos hacen visibles con el auxilio del arte); tentamos nuestra piel y nuestros cabellos; oímos nuestra voz; conocemos, en fin, el aspecto externo, es decir, la superficie de nuestro organismo físico, y aun percibimos nuestros acentos, eco nacido de la cavidad del pecho; pero ¿y nuestro interior? ¿y el aspecto y la forma y el tamaño de los órganos que permanecen escondidos y ocultos? ¿No constituye una triste prueba de la escasa posesion de nosotros mismos, que actualmente gozamos, ese hecho de no poder percibir y distinguir nuestro propio cuerpo sino por fuera, y no igualmente por dentro? ¿No es tan nuestra su parte interior como su parte exterior? ¿No nos sirven el corazon, el hígado y el estómago,

respecto á sus funciones particulares, lo mismo que los piés y los brazos y las manos? ¿No forman nuestro propio sér? Pues ¿por qué no hemos de poder vernos, distinguarnos y reconocernos á nosotros mismos más que en parte? ¿Por qué no hemos de poder vernos, distinguarnos y reconocernos en totalidad? Tener nosotros multitud de órganos y tejidos internos, ser nuestros esos tejidos y esos órganos, ¡y sin embargo no percibirlos! ¿no encierra esto una contradicción y un fenómeno fundamentalmente ilógico?

¿Ser propietarios de nosotros mismos y no conocer nuestra propiedad, es decir, no conocer las partes y las formas de nuestro organismo interior! ¿Hay acaso algo más triste y desdichado? Solo abriendo el cadáver de otro hombre, solo verificando este acto repugnante, podemos aprender lo que por dentro somos, y aun así únicamente vemos los órganos *muertos*, no en el curso regular de sus funciones y en la práctica de su vitalidad. Por otra parte, el ver el cuerpo de

otro (y muerto) no es ver nuestro cuerpo propio, pues cada individuo, aunque conste de iguales órganos que los demás, se distingue siempre de ellos en mil pormenores: todos tenemos piernas, pecho, espalda, cuello y facciones, y sin embargo cada cual se diferencia en su aspecto externo de los restantes por mil rasgos y caracteres especiales.

En las relaciones que mantiene nuestro espíritu como inteligencia con nuestro cuerpo durante la vida actual se revela, pues, una imperfeccion considerable, una falta grande de union é intimidad; imperfeccion y falta que deben desaparecer, ó al menos disminuir profundamente en nuestra inmediata vivificacion.

Conviene, no obstante, notar que desde este mismo mundo se muestran ya algunos albores y preludios de lo que respecto á ese punto ha de tener lugar en nosotros en la vida futura. Todo el mundo sabe lo que se llama sonambulismo ó magnetismo animal. El sonambulismo, profundamente estudiado

en los tiempos modernos, es hoy considerado por la ciencia como un hecho real, cuyo carácter depende de una escitacion excepcional del sistema nervioso, y la ciencia misma reconoce que el estado del sonámbulo es indudablemente un estado más perfecto que el normal del hombre, un estado superior, pero que exige por tal motivo una tension fatigosa del organismo, y solo puede ser pasajero y fugaz.

Ahora bien; el sonambulismo, como tal estado superior, ofrece fenómenos dignos de fijar la atencion, y que están atestiguados por numerosos experimentos debidos á sabios observadores, siendo uno de esos fenómenos la facultad que el sonámbulo goza de distinguir más ó menos claramente, segun su grado de lucidez, el interior de su propio cuerpo. Creo inútil detenerme en convencer al lector de la realidad de esa facultad de los magnetizados. Tratados especiales hay sobre la materia, y yo ni puedo ni quiero pararme en lo que ya está evidenciado en el campo

de la ciencia. Por otra parte, yo no escribo un libro de farsa, y lo que doy como cierto, cierto es, pues jamás me rebajaria hasta el punto de hacer uso de armas falsas: soy escritor, aunque humilde, y tengo al menos el sentimiento de la probidad de la profesion.

Quisiera decir que el sonámbulo ó magnetizado goza la facultad de distinguir más ó menos claramente, segun su grado de lucidez, el interior de su propio cuerpo. Pues bien; esa facultad, que en la vida actual solo por excepcion la poseen algunos individuos, y aun estos solo en momentos determinados, esa facultad, repito, constituirá necesariamente en la vida futura el patrimonio de todos los individuos, y será para ellos el estado normal y regular. La mayor potencia de nuestro sentido íntimo, la mayor concentracion de nuestro sér, la mayor intimidad entre nuestro espíritu y nuestro cuerpo, la mayor posesion, en fin, que en dicha vida futura gozaremos de nosotros mismos, producirá ese resultado, al parecer maravilloso, y en

realidad lógico y natural. Todo consistirá en un simple aumento de la union actual entre nuestro elemento espiritual y nuestro elemento físico.

Nada de milagroso, nada de mágico é incomprendible; una gradacion más de perfeccionamiento en nuestro modo de existir en este mundo, y con eso será bastante.

La cuestion de la forma con que ese hecho ha de realizarse me es casi indiferente. Los mismos sonámbulos, que en este mundo distinguen su organismo interior, le distinguen sin apenas darse cuenta del procedimiento que para ello llevan á cabo. Todos hablan de una claridad, de un resplandor suave que ilumina por dentro su cuerpo, y que no puede ser otra cosa que la luz natural propia de todos los objetos, é independiente de la solar (luz cuya existencia demuestran las ciencias naturales, aunque nuestros ojos, en la mayoría de los casos, no la perciban); pero ningun sonámbulo ni magnetizado decide fijamente si esa claridad la distingue con su vis-

ta ordinaria, lo cual para mí es muy improbable, ó la distingue de una manera genérica por medio del conjunto del sistema nervioso. ¿No hay animalillos que son sensibles á la luz por toda la periferia de su cuerpo?

Además, la organizacion física del hombre en la vida futura, aunque calcada sobre las mismas bases fundamentales que en la actual tiene que ofrecer, respecto á lo que es en este mundo, diferencias y mejoramientos dependientes de dos orígenes, á saber: el mayor perfeccionamiento intrínseco del individuo, abstraccion hecha de las circunstancias externas, y las condiciones cosmológicas, las condiciones de habitabilidad del astro en que ese individuo se encuentre. Todas estas consideraciones concurren, pues, á que sea tarea ociosa la de investigar menudamente el modo con que en nuestra próxima vivificacion podremos percibirnos y vernos interiormente. Solo sí debemos tener desde ahora en cuenta que nuestro cuerpo en la vida futura, cualquiera que sea su forma, aparecerá menos

grosero, menos macizo, menos pesado que en este mundo; ó, lo que es lo mismo, más leve, más aéreo, más sutil, más trasparente y más susceptible, por tanto, de intimarse con el espíritu: no de otro modo serian tampoco posibles los hechos mencionados en el capítulo anterior.

— Pero lo que importa dejar aquí establecido es que el orden natural de las cosas, el desenvolvimiento continuo y sucesivo de la individualidad humana, producirá lógica y necesariamente en la vida futura una union más estrecha, no solo del espíritu en general con el cuerpo, sino de cada una de las fases parciales del espíritu con el cuerpo; y que en virtud de esto, el espíritu, *como inteligencia*, podrá conocer y conocerá al cuerpo hasta un extremo que en este mundo no alcanzamos, percibiéndole á la vez exterior é interiormente.

Tal será el segundo mejoramiento que alcanzaremos en nuestra próxima vivificacion; mejoramiento que será comun indistintamen-

te á todos, á los que aquí hayan obrado bien y á los que hayan obrado mal. Ese mejoramiento, en efecto, no le conseguirán los individuos á calidad de premio, sino como consecuencia de la práctica de vida que han verificado anteriormente (actual existencia terrenal). Sin embargo, el mejoramiento en sí constituirá un bien, pero bien que será sentido como tal por los virtuosos y como mal por los malvados.

Esto es muy fácil de comprender. Ya hemos visto en el capítulo anterior que, en virtud de la mayor intimidad general del espíritu con el cuerpo en la vida futura, el que en este mundo haya contraído vicios y defectos morales los verá reproducidos y reflejados en deformidades, vicios y enfermedades corporales correlativas durante su próxima vivificación. Pues bien; como esas deformidades, esas enfermedades y esos vicios corporales, aunque manifestándose al exterior, tendrán natural é indispensablemente su raíz en deformidades, en vicios y en males

interiores, y como el individuo se verá á sí mismo tanto por dentro como por fuera, resultará que el hombre culpable tendrá siempre ante los ojos el espectáculo triste de su degradacion exterior y de sus imperfecciones internas, mientras el no culpable se satisfará constantemente por igual orden de razones. Hoy el que padece males internos, cuyo carácter no es muy agudo, puede olvidarse á ratos de ellos, porque no ve los órganos enfermos: el tísico no ve los tubérculos del pulmon; el que sufre cánceres de estómago tampoco los ve, y lo mismo les sucede á todos los que tienen dolencias ocultas. ¡Cuántos hay que notan durante su vida ciertas molestias que no se explican, y de que apenas hacen caso, y llegan á morirse sin comprender su causa, por no haberse desarrollado bastante el germen morbífico!

En la vida futura sucederá todo lo contrario. Cada cual verá sus órganos internos en el estado de salud ó de enfermedad en que se encuentren, y en el último caso distinguirá

todos los efectos y todas las desorganizaciones que en esos órganos y en todos los tejidos ocasionen las enfermedades ya declaradas, ó las que estén en el período de incubacion y formacion. Compréndese, pues, el tormento continuo que acosará al que, *habiendo descuidado en este mundo su salud, arruinando su fuerza vital, habiendo dejado á su espíritu adquirir vicios morales, ó guardando torpe conducta en su misma vida futura, tenga en ella, á consecuencia de cualquiera de esas causas, un cuerpo arruinado, debilitado y enfermizo. No solo, como ya he dicho anteriormente, su fealdad externa y sus dolencias alejarán de él las simpatías de los demás hombres, y le constituirán en un sér objeto de justificada prevencion universal, sino que él mismo sufrirá al contemplar su degradacion, y además tendrá constantemente conciencia de sus imperfecciones orgánicas internas. Diariamente, y á todas horas, distinguirá la imperfecta verificacion de sus funciones físicas, las irregularidades de sus secreciones, la aparicion*

de gérmenes dañosos en sus entrañas, y los estragos más ocultos y profundos de sus dolencias interiores.

¿Se va ya comprendiendo con esto que el verdadero infierno puede tener lugar en medio de la vida social, y que las penas de la vida futura, sin ser eternas ni consistir en calderas y tizonazos, serán bastante terribles para que se tiemble merecerlas?

Pero pasemos á otro punto.

CAPITULO XIII.

El espíritu sensible y el cuerpo.

El hombre, como espíritu, no solo está en relacion con su cuerpo, bajo el punto de vista de la inteligencia, sino tambien bajo el punto de vista de la sensibilidad; ó, en otros términos, el hombre, no solo conoce su cuerpo, sino que tambien le siente.

Y ¿cuál es nuestra situacion en el mundo actual respecto á las relaciones del espíritu, como sensible, con el cuerpo? Tan imperfectas como las que el mismo espíritu sostiene tambien con el cuerpo bajo el aspecto intelectual, y que quedan ya trazadas.

Veámoslo.

En el cuerpo humano hay dos géneros de funciones, á saber: las de la vida vegetativa y las de la vida animal ó de relacion; las que nos son comunes con los vegetales, y las que solo son propias de los animales: las primeras tienen por objeto la conservacion de los individuos y de las especies, y comprenden la digestion, la circulacion y las secreciones; las segundas tienen por objeto poner al individuo en comunicacion con el mundo exterior y con los demás seres, y comprenden las funciones de los sentidos y de los movimientos voluntarios. Correspondiendo con estas dos fases del cuerpo, el sistema nervioso, que preside, por decirlo así, su vitalidad, consta de dos ramificaciones: el sistema nervioso *cerebro-espinal*, que comprende los nervios sensitivos (vista, oído, etc.), y los que sirven para determinar los movimientos de los miembros; y el sistema nervioso *gangliónar*, perteneciente á las funciones de la vida vegetativa.

Para que se comprenda ahora cuán escasas

son las relaciones que nuestro espíritu, como sensibilidad, sostiene con el cuerpo, baste decir que nuestro espíritu solo está unido íntimamente al sistema nervioso cerebro-espinal (y aun no de un modo total), pero no al sistema nervioso ganglionar.

Nosotros no sentimos los pulmones, ni el corazón, ni el hígado, ni el estómago, ni ninguna de nuestras entrañas; nosotros no sentimos la secreción de la bilis, ni los movimientos que el estómago verifica para realizar la digestión, ni la circulación de la sangre. En nuestro interior hay multitud de órganos; en nuestro interior tienen lugar incesantemente multitud de funciones importantísimas, y ninguna sensación nos advierte de la existencia de esos órganos, ni de la verificación de esas funciones. Solo cuando tales órganos enferman los sentimos; y aun entonces, si el dolor nos advierte algo acerca de ellos, la sensación penosa que experimentamos, aunque pueda ser muy viva, nunca es determinada, precisa y concreta. Esa sensa-

cion no corresponde á la forma y configuracion del órgano doliente, ni se corresponde con esa configuracion y esa forma; no sucede con ella lo que al palpar un objeto, en cuyo caso la sensacion del tacto es, por decirlo así, redonda, cuadrada, rectangular, etc., etc., segun la figura del objeto palpado.

Y en el mismo sistema ganglionar los nervios pertenecientes á él tampoco son sentidos por el espíritu sino de una manera incompleta y parcial. La masa nerviosa del cerebro, cerebelo y espina dorsal es insensible; y los nervios que de esos puntos se irradian hácia la superficie, solo en su extremo se hacen sensibles á los agentes externos para comunicar esa sensacion al espíritu. ¿Nos advierte alguna vibracion especial el rumbo y el camino que siguen interiormente los nervios de los oidos hasta el sitio de su implantacion? No tal. Sentimos sí las modificaciones que las extremidades ó los remates de esos nervios experimentan en la oreja al contacto de los sonidos, pero no los sentimos en la totalidad de

su extension, no los sentimos en cada punto de su trayecto interior.

Pero basta de insistir en estos pormenores.

Con lo dicho es suficiente para comprender que nuestro espíritu en este mundo tiene con el cuerpo tan débil union bajo el punto de vista de la sensibilidad como bajo el punto de vista de la inteligencia. Y ¿de qué depende esa nueva imperfeccion? De la escasez de nuestro sentido íntimo. Luego en la vida futura, y á consecuencia del aumento de sentido íntimo de que gozaremos al pasar á otro mundo, tal imperfeccion deberá desaparecer. Eso indica, en efecto, la más rigurosa lógica. No solo, pues, en esa vida futura veremos y percibiremos el interior de nuestro propio cuerpo, distinguiendo sus órganos y asistiendo al curso sucesivo y contínuo de las funciones de todos ellos, sino que además *los sentiremos*, adquiriendo así plena conciencia de nuestra vitalidad corporal.

El estado de sonambulismo ó magnetismo

nos ofrece tambien desde nuestra actual existencia muestras evidentes, aunque de breve duracion, de la posibilidad de ese fenómeno. La mayor extension de las relaciones *sensibles* del espíritu con el cuerpo constituye (lo mismo que el aumento de extension de las relaciones intelectuales) uno de los hechos más constantes y demostrados, acaso el más demostrado y constante de los que acompañan al estado de sueño magnético; y apenas hay ningun magnetizado lúcido que no sienta más ó menos distintamente su vida orgánica interior, dejando esta de serle extraña y de verificarse como á trasmano de él (perdóneseme la expresion en gracia de su exactitud). Por otra parte, el fenómeno en sí no tiene nada de incomprendible, nada que se resista al buen sentido, nada que no sea perfectamente natural. Todo se reduce á que se haga sensible al espíritu el sistema nervioso ganglionar, como lo es ya el cerebro-espinal, y sabido es que el uno y el otro son fundamentalmente uno solo: el hombre

posee un único sistema nervioso general, fraccionado, digámoslo así, en dos, cada uno de los cuales tiene un centro propio, pero sin que por eso se quiebre ni aniquile tal unidad. Lejos, por tanto, de ser anti-natural la intimidad del espíritu con ambas ramificaciones del sistema nervioso, lo anti-natural, lo imperfecto y lo deplorable es lo contrario.

El perfeccionamiento de nuestro modo de ser en la vida futura (bajo ese concepto de la relación del espíritu como sensible con el cuerpo) residirá, pues, en un simple aumento de la intimidad que ya existe entre ambos. Cualquiera que sea, en efecto, el aspecto y la configuración del hombre en sus vivificaciones sucesivas, siempre su cuerpo tendrá dos fases: la de la vida vegetativa, y la de la vida de relación; la que ha de referirse á su conservación propia individual, y la que ha de referirse á sus relaciones con el mundo exterior.

Y Pues bien; el espíritu de cada hombre se unirá é intimará estrechamente con ambas

fases corporales, bajo el punto de vista de la sensibilidad, y sentirá por tanto la totalidad de su cuerpo, de tal modo, que ningún órgano ni ninguna función interior dejen de ser percibidas, sentidas por el espíritu. Poco sería en verdad que en la vida futura distinguésemos y viésemos todo el contenido de nuestro cuerpo, si al mismo tiempo no le sintiésemos en el conjunto y en cada uno de sus detalles. El que se prepare, pues, por decirlo así, una conformación física, bella y sana para su próxima vivificación, mediante el uso racional de sus energías materiales é inmateriales en la vivificación actual, ese gozará entonces una sensación de bienestar y satisfacción corporal, una sensación de plenitud del placer de vivir, que ni remotamente podemos ahora sospechar.

La plácida alegría física que en nuestro mundo goza el joven robusto, ágil, que se reconoce y se siente apto para explayar su savia, solo es, en verdad, una sombra, una triste y lúgubre sombra comparada con la felicidad

de igual índole, pero de inconcebible intensidad y belleza, que gozará en la vida futura el que lo merezca, sintiendo átomo por átomo verificarse en su interior el movimiento vital, latir y funcionar sus órganos, *realizarse, en fin, hasta en los últimos pliegues de sus entrañas el fenómeno del vivir.*

Pero esa misma potencia de sensación, ese mismo sentir tan completamente el cuerpo, tanto en su totalidad como en cada una de sus partes y en la verificación de todas sus operaciones internas, ese mismo perfeccionamiento evidente y real del sér humano, que me faltan palabras para pintar debidamente, constituirá, por su propia energía y delicadeza, un origen de incomparable pesadumbre física para el que se halle en situación contraria, para el que en virtud de su viciosa conducta actual padezca en la otra vida el tormento de poseer un organismo mezquino y débil.

Ese hombre sentirá incesantemente sus defectos interiores; ese hombre sentirá ince-

santemente la dificultad, el embarazo y la languidez con que sus órganos laboriosamente cumplan su tarea; ese hombre tendrá una indefinible sensación continua de pena material; ese hombre sufrirá una sensación melancólica y perenne de la trabajosa realización de su vivir, y encontrará un castigo profundo en el íntimo contacto de su espíritu, *en cuanto sensible*, con las fibras y los resortes más minuciosos de su organización material. ¡Oh! la vida futura encierra grandes recompensas y grandes penalidades sin dejar de ser vida, y sin que la presten auxilio los descabellados inventos de la ceguera y el fanatismo.

CAPITULO XIV.

La vida de relacion y el espíritu.

En la vida de relacion, ó sea en el órden de funciones que sirven para ponernos en comunicacion con el mundo exterior y con los demás séres, los órganos de los sentidos desempeñan un papel importantísimo en cuanto facilitan al espíritu un mundo infinito de datos, sin cuyo auxilio la inteligencia yacería como en un sueño profundísimo y estéril. La mayor ó menor intimidad entre el cuerpo (considerado bajo el punto de vista de sus funciones de relacion) y el espíritu, constituyen por tanto un punto de grandísima trascendencia para el perfeccionamiento del in-

dividuo: de ser esa intimidad un poco más ó un poco menos acentuada, se deducen un número incalculable de consecuencias favorables ó adversas.

Repárese bien y se observará que, sin el concurso de los sentidos, el hombre nada sería, nada valdria, nada lograría. En vano poseería la imaginación, el entendimiento y la razón; en vano poseería esos conceptos de causa, identidad, fundamento, etc., etc., llamados categorías ó ideas innatas, y que no son sino los principios constitutivos del mismo espíritu; esas facultades, esos principios le serían del todo inútiles, y permanecerían en una infecundidad é inacción perpétuas por falta de datos y escitantes prácticos á que aplicar su actividad.

Suponed un hombre que no viera, que no oyera, que careciera de olfato y de gusto, y que no tuviera, por último, tacto en ninguna parte de su cuerpo; ¿no viviría ese hombre aislado completamente en medio del mundo? ¿No estaría, además, en la imposibilidad ab-

soluta de adquirir ningun conocimiento del más insignificante objeto? Los sentidos nos dan á conocer la inmensa variedad del Universo; nos ponen en contacto con la creacion; nos advierten la existencia de nuestros semejantes: los sentidos constituyen, por tanto, uno de los elementos más poderosos para la verificacion de nuestros adelantos y progresos.

Con arreglo á estas evidentes y vulgares verdades, claro es que el mejoramiento de nuestro sistema sensorial de la vida de relacion en nuestra existencia futura ha de ejercer una influencia decisiva y extraordinaria sobre el rumbo y el carácter de esa existencia. Pero ¿se verificará, en efecto, tal mejoramiento? Sin duda alguna. Su realizacion será simplemente una de las variadas consecuencias del mayor grado de sentido íntimo que ha de distinguir el modo de ser del hombre en su próxima vivificacion.

Explicaré estas palabras.

Los agentes exteriores, las vibraciones de

los que antes se llamaban fluidos imponderables, llegan evidentemente á la superficie de los séres animados, verificando un contacto con ella. Los rayos de la luz, las ondas sonoras, las irradiaciones aromáticas esparciéndose y dilatándose hasta lo infinito por la atmósfera, tropiezan por donde quiera con la epidermis de los animales y de los hombres; pero unos las sienten más, otros las sienten menos, y otros no las sienten nada, segun la perfeccion de su sistema sensorial: por eso hay gentes que tienen buena ó mala vista, buen ó mal oído, buen ó mal olfato, ó que no tienen olfato, vista ú oído. Es decir, que esas divergencias no dependen de la luz, del sonido, ni de los aromas que llegan á unos individuos igualmente que á otros (dadas las condiciones de igualdad de distancia, etc.), sino que dependen de los individuos mismos.

Pues bien; dados estos antecedentes, el simple criterio natural indica que el aumento de intimidad entre el cuerpo y el espíritu, el

estrechamiento de sus relaciones, la mayor union entre ambos, deben proporcionar al hombre en la vida futura un mejoramiento notabilísimo de los sentidos. Y por la misma razon toda la debilidad, toda la falta de alcance, todas las limitaciones de nuestros sentidos en este mundo, se ligan esencialmente con la escasa intimidad entre nuestro cuerpo y nuestro espíritu, y tienen en esa escasa intimidad su raíz.

En efecto; siempre que no distinguimos un objeto lejano ó no percibimos un sonido débil, esa falta de ver y oír no consiste en que las ondas luminosas y las ondas sonoras no lleguen á nosotros, y por tanto á nuestro ojo ni á nuestro oído, sino que consiste en lo grosero de nuestra organizacion y *en la insuficiente intimidad de nuestro cuerpo con nuestro espíritu*: las ondas luminosas y las sonoras llegan á nuestro cuerpo; pero éste, por esa constitucion grosera que tiene, y por no estar bastante intimado con el espíritu, es incapaz de trasmitírselas, y las ondas se estre-

llan, por decirlo así, en su corteza, sin ser apreciadas y sentidas.

La divisibilidad y el movimiento de la materia alcanzan en efecto términos tan infinitos, que los rayos del sol, reflejados por la más pequeña piedrecilla de la luna, aun debilitados con el reflejo, llegan sin embargo á la tierra. Si nuestra organizacion fuese mejor, podríamos, pues, ver esa piedrecilla de la luna; y si no la vemos, no es porque desde aquí no pueda verse, sino porque nuestro organismo no es bastante perfecto para ello; con otro organismo la veríamos.

Sentado ya con esto que toda la falta de potencia de nuestros sentidos depende de que nuestro cuerpo grosero vive todavía en este mundo poco ligado, poco unido, poco fundido con el espíritu, escapándose, por consiguiente, á la percepcion de éste muchas cosas que llegan á la superficie de aquel, *pero que allí se embotan*, fácil es comprender que muchos procedimientos de la naturaleza carezcan de sentido correspondiente en el cuerpo huma-

no, y que, por lo tanto, no solo en la vida futura se mejore inmensamente la accion de los sentidos que ya aquí poseemos, sino que en ella adquiramos otros nuevos que ahora nos son desconocidos.

Tenemos hoy la vista para el procedimien- to de la luz; el oido para las vibraciones in- teriores de los cuerpos; el olfato y el gusto para las propiedades químicas, y el tacto para los volúmenes; pero, ¿acaso no hay en la naturaleza otras propiedades, otros proce- dimientos que puedan caer bajo el dominio del aparato sensorial, dado el desarrollo con- veniente de éste?

Y sin ir más lejos, ¿tenemos, por ventura, sentidos especiales para percibir el estado magnético y el estado eléctrico de los cuer- pos? Enseñad á cualquiera un objeto y pre- guntadle si está ó no electrizado, y en caso de estar electrizado, si lo está positiva ó ne- gativamente. ¿Podrá contestar á ninguna de esas preguntas? No. Y, sin embargo, la elec- tricidad es movimiento, como lo es la luz y

lo es el calor, cuya existencia aprecian á distancia los sentidos. Las corrientes magnéticas que producen la dirección de la brújula y sus variaciones, ¿están tampoco sometidas á los sentidos? Bien vemos que no.

Pues del mismo modo existen indudablemente en la naturaleza innumerables procedimientos, acciones y manifestaciones de su vitalidad; procedimientos, acciones y manifestaciones cuya existencia presentimos y sospechamos á veces, al presenciar tales ó cuales fenómenos, efectos suyos, *pero sin distinguir en sí misma y en su ejercicio la causa que los produce.*

Ahora bien; ese es el horizonte reservado al desenvolvimiento de nuestra potencia sensorial en la vida futura. Mediante la organización más perfecta de nuestro cuerpo y la unión más íntima y estrecha de éste con nuestro espíritu, nuevos sentidos, nuevos órdenes de impresiones, nuevas sensaciones, cuya índole ahora no sospechamos, se despertarán en nosotros, haciéndonos asistir de

mil maneras inesperadas al espectáculo del maravilloso y sublime hervor de las fuerzas naturales.

Imaginad un ciego que alcanza la vista, ó un sordo que consigue el oído. ¿Qué inmenso mundo de percepciones y de datos no adquieren desde entonces ese sordo ó ese ciego? El mundo se les manifiesta bajo nuevas fases, y les abre nuevos tesoros, y les inunda, por decirlo así, con infinitos dones. Pues eso nos sucederá á todos despues de la muerte, al pasar á continuar nuestra vida en otros cuerpos celestes bajo mejores condiciones que las actuales.

Mediante la posesion de nuevos sentidos, percibiremos de un modo más íntimo que aquí la vida de la naturaleza, y ésta nos revelará sus fuerzas, sus energías y sus procedimientos con increíble abundancia y prodigalidad.

Los mismos sentidos que ya aquí poseemos, alcanzarán en la vida futura, á consecuencia de la mayor union entre nuestro es-

píritu y nuestro cuerpo, un desarrollo extraordinario.

Pondré algunos ejemplos de ese desarrollo.

Las partículas aromáticas, que son ahora únicamente percibidas por los nervios olfatorios, ¿no llegan igualmente á todas las partes de nuestro cuerpo? y ¿no hay igualmente nervios (los nervios del tacto) esparcidos por toda la superficie de nuestro cuerpo? Luego, dado el conveniente desarrollo de nuestro sistema sensorial, podremos percibir por el tacto la impresion ténue que esas partículas aromáticas produzcan al tropezar con nuestro cutis; es decir, que podremos palpar los aromas además de olerlos; y, comparando la impresion producida por aromas distintos, podremos, por consiguiente, diferenciar y conocer los olores por medio del tacto. De igual manera y tambien por medio del sentido del tacto nos será dado percibir la impresion de las ondas sonoras al chocar con nuestro cuerpo; y como cada género de sonido

produce ondas y vibraciones especiales en la atmósfera, podremos, no sólo palpar los sonidos en general, sino distinguir y conocer por el tacto la voz de cada individuo y el tono de cada instrumento.

Pecaría de prolijidad si fuera á enumerar minuciosamente las perfecciones que por igual camino y en virtud siempre de la mayor intimidad entre el espíritu y el cuerpo son susceptibles de adquirir nuestros diversos sentidos en nuestras sucesivas vivificaciones. Limitándome únicamente al sentido de la vista, y aun en éste á un solo pormenor, advertiré que la vision á través de los cuerpos opacos será una de las consecuencias del mejoramiento total de nuestro sistema sensorial. Sabido es, en efecto, que la oscuridad absoluta, como el reposo absoluto, como el frio absoluto, como el silencio absoluto, no existen en ninguna parte, ni aun en el interior de una montaña ó en el fondo del mar. Todo cuerpo tiene cierta cantidad de calórico propio, de movimiento interno pro-

pio, de vibracion ó sonido propio, de electricidad propia y de luz propia; sin todo esto sería imposible la existencia de la materia bajo ninguna forma.

Pues bien; esos diversos atributos ó modos de ser de la materia se revelarán espléndidamente al hombre en la vida futura por medio de los sentidos; y así, nuestra vista no se detendrá entonces, como ahora, en la superficie de los objetos, sino que con mayor ó menor precision, segun su densidad, penetrará en su interior (1) y aun pasará del otro lado. Y estos resultados, al parecer asombrosos, de la potencia que cabe en nuestros sentidos, repito que no deben extrañar á nadie: aquel que los encuentre extraordinarios, medite un poco sobre lo que es la vida de la naturaleza, y cambiará de dictámen.

Hoy esa vida no se nos aparece sino de

(1) Por esta razon nos será tambien visible el interior del cuerpo de los demás hombres, animales, etc.

un modo escaso y mezquino, porque nuestros sentidos, *tantos y cuales* son, no permiten otra cosa. En nuestras futuras vivificaciones, la naturaleza se abrirá, por decirlo así, ante nosotros en progresión siempre creciente: de todas partes nos llegarán impresiones con inagotable riqueza; percibiremos una abundancia prodigiosa de sensaciones de distintas clases, y mil y mil fenómenos, que ahora solo sospechamos por el estudio, los distinguiremos y conoceremos entonces sin esfuerzo alguno.

Pero, esa misma circunstancia de estarnos presente el mundo de la materia con tal facilidad y en tan alto grado, será para el hombre criminal un obstáculo perpétuo en la realización de sus malos propósitos. Sus traiciones asechanzas resultarán casi imposibles; porque si trata de ocultarse para realizarlas, su presencia será delatada á los demás hombres por multitud de detalles y de efluvios que hoy se escapan á nuestros sentidos. La transparencia de los cuerpos sólidos, en cuyo

seno y á cuyo través penetrará la vista; el estado de escitacion nerviosa del malvado, estado que tambien los sentidos podrán percibir hasta en sus más leves ápices; la facultad de notar en ese mismo malvado, no solo su aproximacion, sino la tranquilidad ó intranquilidad de su sangre por mil conductos diferentes; estas y otras innumerables circunstancias, difíciles de enumerar, harán casi materialmente imposibles ciertos crímenes, y servirán además para perseguir y descubrir irremediamente al culpable.

La justicia tendrá entonces *órdenes de pruebas que en este mundo son inconcebibles*; el principio del derecho recibirá garantías que ahora son un sueño, y la organizacion de la sociedad humana reposará sobre bases harto más sólidas y magníficas. En suma; el hombre de instintos depravados encontrará en la perfeccion del aparato sensorial humano una traba poderosa, un muro robusto contra el cual se estrellarán casi siempre sus astucias, por finas que sean, resultando des-

de luego imposibles muchísimas que no lo son en este mundo. (1)

(1) La creciente perfeccion del aparato sensorial en las vidas futuras bastará tambien para ponernos en comunicacion desde unos mundos con otros. Lo que aquí no conseguimos con telescopios é instrumentos, lo lograremos en el porvenir de un modo llano y natural mediante el simple ejercicio de nuestros sentidos. Así, nuestro campo de accion se ensanchará sucesivamente hasta alcanzar proporciones incommensurables.

CAPITULO XV.

La vida vegetativa y el espíritu.

Una de las revelaciones más tristes del des-
acuerdo que en este mundo existe entre la
parte corporal y la parte espiritual del hom-
bre, desacuerdo que nace de su débil intimi-
dad mútua, es el hecho de la regularidad con
que en muchos casos se siguen verificando
las funciones de la vida vegetativa de los in-
dividuos, mientras su espíritu es presa de
grandes tormentos morales, remordimientos
y pasiones violentas. Cierto es que en casos
análogos se suspende á menudo el apetito ó
se altera algun tanto el curso de la circula-

ción de la sangre; pero estos trastornos pocas veces alcanzan grandes proporciones, pocas veces ó ninguna corresponden en intensidad á las alteraciones del espíritu.

Hombres oprimidos con el peso de un crimen comen y beben y digieren casi como si su ánimo no se hallara atormentado por el recuerdo de su delito; y en el mismo momento en que una persona se consume de envidia ó de odio y tiene el espíritu destrozado, las funciones de mantenimiento y conservación de su cuerpo prosiguen verificándose con leves accidentes.

En la vida futura el aumento de sentido íntimo de la especie humana (fuente de todo perfeccionamiento), y la consiguiente mayor y más profunda intimidad entre las dos fases de su sér, imposibilitarán tales desarmonías, y el cuerpo como vida vegetativa se corresponderá de una manera estrecha con el estado del ánimo, en unos individuos más que en otros, según las circunstancias de cada cual, pero siempre en todos ellos hasta un

extremo á que nunca se llega en el mundo en que actualmente habitamos.

Ahora bien; esa nueva perfeccion, ese nuevo mejoramiento indudable de nuestro sér en la próxima vivificacion, producirá respecto á la cuestion de las penas y las recompensas el mismo género de resultados que las demás perfecciones y los demás mejoramientos que quedan citados en los anteriores capítulos; es decir, que ese beneficio será sentido como tal por los hombres de rectas cualidades morales, y como daño y elemento de desgracia por los que posean malos sentimientos.

Así, el que tenga un bello y amoroso espíritu, el que disfrute esa apacible serenidad y alegría que nacen de la pureza de la conciencia, obtendrá, en consonancia con estas disposiciones, una verificacion tan ordenada y tan desahogada de las funciones de su vida vegetativa, que su existencia se deslizará fácil y risueña como corriente apacible y suave. Y la dulzura y armonía espiritual, como bál-

samo eficacísimo, bastará por sí sola para obrar sobre el cuerpo, producir su regular nutrimento y conducirlo á un equilibrio orgánico lleno de encanto y bienestar. Por el contrario, las pasiones depravadas, los vicios del espíritu, los afectos mezquinos y ruines y los tormentos de una conciencia culpable, serán un verdadero veneno corrosivo que imposibilitará profundamente todo acto interno físico, impedirá la nutricion y desecará y arruinará el cuerpo, que, como herido del rayo, se agostará y decaerá velozmente. La vida vegetativa del individuo agonizará, pues, cual si una maldicion hubiera caido sobre ella; y aniquilado así el orden de funciones que presiden á la conservacion del cuerpo, toda salud y toda hermosura, toda fuerza y todo vigor huirán de él á pasos agigantados, postrándole y matándole.

No espere, por tanto en la vida futura gozar materialmente el que tenga manchado el espíritu. La fase vegetativa del cuerpo, unida á él con vínculos estrechísimos y en honda

solidaridad, se marchitará con una delicadeza terrible de sensacion al compás de las afecciones espirituales.

Solo un ánimo varonil, puro y virtuoso; solo un ánimo que junte la fortaleza al bien obrar y á la pureza de sus inclinaciones, podrá contar con una verificacion paralelamente normal y bella de las funciones internas corporales (1).

(1) Como nuevo ejemplo de lo que puede dar de sí la creciente intimidad entre el cuerpo y el espíritu, y aunque sea salirme algun tanto del plan de este libro, no quiero dejar de notar aquí otro resultado irremisible y lógico del mismo hecho; resultado que no menciono en el ingreso del texto, porque, aunque individual en sí, se refiere más bien al amor y á las relaciones entre ambos sexos.

Ofrécese en este mundo un contraste doloroso. Una mujer que aborrece á un hombre, puede, sin embargo, si es forzada por él, concebir y tener un hijo suyo. ¿No es este un nuevo indicio de la falta de union entre el elemento corporal y el espiritual? En efecto, en tal caso el espíritu de la mujer violada se aparta con repugnancia del criminal que la fuerza, y sin embargo, su cuerpo queda fecundado. Pues este antagonismo, este desacuerdo, deben cesar en nuestra próxima vivificacion. En ella, serán, pues, posibles todavía las seducciones, pero no las violaciones, al menos quedando la victima en cinta. La repugnancia moral de la mujer imposibilitará de todo punto la concepcion. Hay más aun. Hasta la mujer narcotizada y violada en esta situacion tampoco concebirá, porque, para que la concepcion tenga lugar, será preciso un estado activo, voluntario y amoroso de su espíritu.

CAPITULO XVI.

El espíritu.

El espíritu del hombre mantiene ya en este mismo mundo notables relaciones *consigo mismo*, replegándose dentro de sí é intimándose hasta cierto punto con sí propio. Por eso podemos analizar nuestra misma inteligencia, y reflexionar sobre nuestros actos espirituales, y juzgar nuestros juicios y comprender nuestros defectos, y alegrarnos de nuestras buenas cualidades ó deplorar nuestros vicios. Conocemos, pues, que conocemos; conocemos el modo acertado ó desacertado con que conocemos, y sentimos además nuestros mismos sentimientos, experimentando satisfac-

cion por nuestros afectos bondadosos y gozando con sentir que los tenemos, ó sufriendo, por el contrario, pesadumbre por haber sentido una pasion innoble.

Los mismos animales poseen tambien esa facultad de reconcentrarse en su propio interior, aunque la poseen en un grado mucho menor que el hombre. Así, cuando una fiera ve en el monte el cebo que se le ha puesto junto al lazo, si ya anteriormente ha padecido algun daño llevada de atractivos semejantes, procede entonces con mayor cautela; comprende que su inteligencia es falible, por haber errado otras veces; compara la situacion actual con las pasadas; desconfia de sus juicios, y practica, en fin, un verdadero análisis del modo con que á la sazón discurre y raciocina. Así tambien, cuando un amo llama á su perro para castigarle, por haber hecho una cosa que le tiene prohibida, el perro sabe ya que ha faltado, sabe para lo que se le llama, y siente haber infringido la ley que su amo le tiene impuesta: aunque no sea, pues,

un puro sentimiento del deber el que ocasiona su pesadumbre, sino el temor al castigo próximo, de todas maneras es cierto que en tal instante se juzga á sí propio, y experimenta remordimientos (interesados sí, pero al fin remordimientos) por haber obrado como ha obrado.

Los animales, sin embargo, poseen esta fuerza de concentracion espiritual en un grado muy escaso, y de aquí el que sus satisfacciones y sus penas morales sean insignificantes.

En efecto; no comprendiendo bien las dotes que les adornan; no haciéndose bien cargo de que tienen tales ó cuales sagacidades y astucias; no reparando en la fidelidad ó cariño que á veces profesan á sus dueños; no dándose, en fin, cuenta clara de la existencia de las propiedades de su espíritu, resulta que ni la posesion de buenas cualidades les produce gozo y alegría, ni el padecer defectos é imperfecciones les duele y les contrista.

Los sufrimientos y las satisfacciones mo-

rales se desenvuelven en los séres de la creacion á medida del desarrollo de la facultad de reconcentrarse y replegarse en sí mismos. Por eso los hombres, á pesar de las diferencias que entre ellos median, se elevan ya *todos* sobre los animales, por la mayor potencia que poseen de penetrar en su propio interior, y por la posibilidad consiguiente de disfrutar y sufrir más que los animales con goces y penas de carácter moral.

Esto sentado, fácil es ya concebir otro nuevo fundamento de premios y de recompensas para la vida futura. Efectivamente; como nuestro espíritu en esa vida futura ha de hallarse consigo mismo en una intimidad mucho mayor que la en que se halla en la vida actual, de tal acrecentamiento de intimidad ha de nacer necesariamente para nosotros la posibilidad y la realidad de mayores pesadumbres y mayores sufrimientos morales.

Esa mayor intimidad de nuestro espíritu consigo mismo en la vida futura, se deter-

minará como inteligencia y como sensibilidad. Pero aunque tal intimidad se desarrolle más, ó se desarrolle preferentemente bajo uno ú otro aspecto en determinados individuos, por razon de los adelantos que en ese terreno hayan realizado en este mundo, todos los hombres en general (en virtud de la experiencia de vida que necesariamente adquieren durante la existencia actual) conseguirán al pasar á la próxima un grado superior de *union de su espíritu consigo propio*.

Así, á pesar de los más y los menos que se noten en cada individuo, todos los hombres, al ingresar en su inmediata vivificacion, más allá de la muerte, gozarán con respecto á la vivificacion actual un considerable incremento de concentracion en sí mismos, conocerán y sentirán muchísimo mejor todos los resortes de su espíritu, obrarán y pensarán con mayor conciencia de sus actos, se conducirán siempre con mayor premeditacion, vivirán de un modo más reflexivo, se darán más minuciosa y exactamente cuenta

de sus móviles é impulsos, y por tanto, no solo tendrán sobre sí mayor responsabilidad, sino que juzgarán y sentirán de una manera más honda la dignidad ó indignidad de sus procederes.

¿Veis, lectores de este libro, la diferencia que hay entre la escasa conciencia de sí propios con que obran los animales en este mundo (y la escasez consiguiente de su sancion moral ante ellos mismos), y la mayor conciencia con que aquí obran ya los hombres, siendo por lo tanto capaces de una más perfecta sancion moral? Pues igual diferencia resultará entre la conciencia que de sus actos, pensamientos y afectos tienen los hombres en esta vida, y la que tendrán en la vida futura. El obrar, discurrir y sentir maquinalmente, concluirá entonces casi de raíz. Aun los sugetos de poco cultivo espiritual podrán analizarse meditadamente, poseerán mayor aptitud para estudiarse á sí mismos, y disfrutarán en suma una gran potencia de reconcentracion interna. Esta conciencia pro-

funda de su estado espiritual les imposibilitará, pues, todo acto ciego, como los muchos que aun llevamos á cabo en este mundo, hará que se conduzcan siempre con claridad y discernimiento, y á medida de ese mayor carácter reflexivo de su conducta provocará en cada cual más hondas satisfacciones ó más hondos tormentos que los que aquí experimentamos.

Desde esta pobre tierra en que vivimos, ni aun remotamente podemos suponer los goces inefables y los hondísimos padecimientos de que nuestro espíritu ha de ser capaz en nuestras vivificaciones sucesivas, mediante su progresiva intimidad consigo propio. Tal es, sin embargo, la ley de la creacion. Aun en la actual sociedad en que nos encontramos, vemos ya que los hombres de espíritu grosero y poco cultivado carecen de grandes éxtasis de placer moral, y de grandes penalidades de igual índole. La indiferencia, el embotamiento, la monótona y fria uniformidad; hé ahí su destino.

Por el contrario, los hombres de espíritu desenvuelto y profundo saben encontrar goces infinitos en el cumplimiento de altos deberes y en el ejercicio de sus nobles dotes, obteniendo también satisfacciones imponderables en el trato y comunicación con sus semejantes, mientras del mismo modo sufren amarguras indecibles al meditar sobre sus propios errores, al sentir que han sido arrastrados á alguna indignidad cuyo recuerdo les produce remordimientos terribles.

Pues bien; así es como la vida futura nos guarda por otro nuevo concepto grandes recompensas y grandes castigos.

Nuestro espíritu, dotado en ella de una notable reflexión, ó sea facultad de replegarse sobre sí mismo, tendrá tal energía, y á la vez tal delicadeza de análisis y de sensibilidad con respecto á sus mismos actos y á su misma vitalidad (salvas siempre las diferencias entre individuos é individuos), que el goce de nuestra virtud y el arrepentimiento de nuestros delitos, el disfrutar con la pose-

sion de nuestra dignidad y elevacion, y el padecer con el espectáculo de nuestra indignidad y degradacion moral, alcanzarán límites maravillosos.

CAPÍTULO XVII.

El Cuerpo.

Nuestro cuerpo está llamado igualmente en la vida futura á mantener consigo mismo un grado de intimidad harto superior al que actualmente disfruta. Despues de dejar este mundo, y al trasladarnos á otro más perfecto y que preste más campo á nuestra actividad, el alma de cada cual desarrollará, en efecto, un nuevo organismo físico en armonía con la naturaleza del astro que constituya su nueva morada, y dotado á la par de condiciones en absoluto más nobles y mejores.

Ahora bien; todos los mejoramientos que

distingan entónces á esa nueva eflorescencia de nuestro principio corporal consistirán, así como los restantes progresos y desarrollos del conjunto de nuestro sér, en un punto más de desenvolvimiento de nuestro sentido íntimo. Así la mayor perfeccion de nuestro cuerpo futuro, con relacion al presente, dependerá de que ese cuerpo esté más unido consigo mismo, más relacionado con su propia esencia, formando una unidad de vida más concentrada, más estrecha, más ligada y trabada interiormente.

De tal orden de cosas dependerá, en primer término, una mayor fuerza de vitalidad corporal, y por tanto una disminucion del número de enfermedades á que ahora estamos sujetos.

Toda enfermedad tiene, efectivamente, su origen en la falta de union entre el órgano ó sistema corporal enfermo y la unidad central vital del cuerpo todo. Cuando una enfermedad se declara, por ejemplo, en un tejido determinado, es porque ese tejido carece

de suficiente adhesión con la vitalidad general del organismo; y disgregándose y separándose de él en más ó menos, forma ya un elemento hasta cierto punto extraño y ajeno al cuerpo: si la disgregación y alejamiento continúan, ó muere el tejido sólo, ó produce una disgregación total en los demás, y sobreviene lo que llamamos la muerte: si el tejido reanuda sus disminuidos vínculos con la unidad total del organismo, la enfermedad, por el contrario, desaparece.

Hay, pues, que comprender bien que la posibilidad de las enfermedades reside en el aminoramiento de la fuerza de retención de la vitalidad corporal en un órgano dado; aminoramiento que permite á las energías externas de la naturaleza obrar sobre ese órgano (como soldado abandonado por su regimiento), y apartarle por completo de la unidad vital á que pertenecía. Y comprendido esto, fácil es por tanto concebir que, cuando nuestro cuerpo posea mayor intensidad de sentido íntimo, mayor concentración

en sí mismo, todos sus modos de sér corporales, todas sus manifestaciones, todos sus miembros y órganos le estarán estrechísimamente unidos; y que ese apretado consorcio impedirá más que ahora el desbande, por decirlo así, de tales ó cuales elementos corporales.

16 Todos los hombres, pues, sin distincion de buenos y de malos, por el simple hecho de la práctica de vida verificada en este mundo, poseerán en la otra vida organismos físicos de índole general más perfecta que los que aquí han disfrutado, y menos sujetos por consiguiente á enfermedades. Pero esa posesion comun de cuerpos mejores, ese perfeccionamiento comun del organismo físico humano en la vida futura (que en sí no será premio ni recompensa, sino consecuencia del tránsito por la vivificacion anterior), no impedirá las diferencias individuales, los más y los menos dentro de los rasgos y del sello comun á todos.

17 Por otra parte, si en general nuestras en-

fermedades corporales serán menores y menos numerosas, *consideradas en absoluto*, también es cierto que por la mayor delicadeza de nuestro modo de ser las sentiremos como más graves. Cesarán, pues, esos males repugnantes que hasta deshonran en este mundo la dignidad de nuestra naturaleza humana; pero las enfermedades que aun subsistan serán más vivamente sentidas por organismos más perfectos, y por lo mismo más honda y delicadamente afectables. Así quedará en pié ese mismo género de penalidades para los que desde su actual existencia, debilitando sus fuerzas vitales, se preparen en la vida futura un cuerpo flojo y enfermizo, ó para los que en esa misma vida futura se acarreen iguales resultados.

Respecto á la posibilidad de que males en sí menores produzcan pesadumbre más honda, creo que tal fenómeno será bien llanamente comprendido por mis lectores.

En nuestra sociedad presente, una ofensa grosera de obra apenas produce más que un

daño pasajero en un hombre sin educacion y sin cultura, mientras otro, de espíritu elevado y noble, se siente herido en lo íntimo del alma, y experimenta un acerbo y duradero dolor á consecuencia de una simple amenaza envuelta y disfrazada en un gesto, en una mirada, en una frase.

Así será nuestro porvenir.

Disminuirán progresivamente los males groseros de todas clases; pero, aumentando el grado de nuestra perfeccion individual, sentiremos los males que queden subsistentes con mayor vivacidad y energía.

La mayor intimidad de nuestro cuerpo consigo mismo dará tambien lugar, en nuestras sucesivas vivificaciones, á algunos otros pormenores y resultados.

Entre ellos pueden contarse la mayor igualdad de vitalidad de todos los miembros y todas las partes del cuerpo, y la circunstancia consiguiente de ser todos esos miembros y todas esas partes indispensables para el mantenimiento de la vida.

Con nuestro actual modo de ser hay miembros, como los piés, que apenas participan del calor y de la sávia central; y un individuo puede además perderlos, así como las piernas y los brazos, sin dejar por eso de existir. Las uñas y los cabellos son excrecencias insensibles y como muertas de nuestro cuerpo; y ¿qué más? hasta pueden extraerse á un hombre los sesos, sin matarle por eso, y dejándole simplemente imbécil.

¿Qué prueban todos estos pormenores? que nuestro organismo actual es sumamente imperfecto, supuesto que muchas partes de él pueden ser desprendidas del conjunto como adherencias ociosas, sin que el individuo perezca.

En la vida futura nuestro cuerpo formará una verdadera unidad de vida, unidad indivisible é infraccionable, dotada de igual universal sensibilidad y animacion en todas sus partes, y que no consentirá perder miembro alguno sin dejar de existir en totalidad, pues su vida residirá hervorosa y eficacísima hasta en sus más pequeños detalles.

Con nuestro actual modo de ser hay millones
de personas que como los pies, que apenas participan
del calor y de la savia central; y un individuo
que queda ahogado por ellos, así como las
piedras y los brazos, sin dejar por eso de
existir. Las uñas y los cabellos son excre-
ciones insensibles y como muertas de nues-
tro cuerpo; y que más tarde pueden ex-
tenderse á un hombre los años, sin haberle
por eso, y debiéndole simplemente inútil.
¿Qué quedan todos estos dormidores que
nuestro organismo actual es sumamente imper-
fecto, supuesto que muchas partes de él que-
den ser desmenuzadas del conjunto como aho-
raciones ociosas, sin que el individuo pretenda
En la vida futura nuestro cuerpo formará
una verdadera unidad de vida, unidad indivi-
sible é infuncionable, dotada de igual uni-
versal sensibilidad y animación en todas sus
partes, y que no consentirá perder miembro
alguno sin dejar de existir en totalidad, pues
su vida reside porovosa y efectiva en las
ta en sus más pequeños detalles.

CAPÍTULO XVIII.

El alma y el cuerpo y el espíritu.

El cuadro del perfeccionamiento de las condiciones individuales en la vida futura se completará mediante la mayor intimidad del *alma* humana, ó sea de la unidad fundamental del hombre, con sus dos fases interiores y subordinadas, ó sean el cuerpo y el espíritu.

Esa intimidad será por de pronto la causa de todos los fenómenos que dejo ya notados en los anteriores capítulos.

En efecto, habrá notado el lector que al hablar, por ejemplo, de la revelacion de las

dotes espirituales por rasgos corporales correspondientes, no he dicho que las primeras diesen origen á los segundos, sino que he establecido entre ambos una simple relacion de concomitancia. Y no podia ser de otra manera. La actividad del hombre reside fundamentalmente en su alma; y el rumbo de esa actividad se manifiesta despues en el carácter espiritual y en el carácter corporal, siendo uno y otro efectos paralelos de la unidad de accion de que ambos proceden. Por eso tambien, cuando el alma carece de energía y fortaleza, esa carencia de energía y de fortaleza que el alma padece se manifiesta en el espíritu bajo la forma de la apatía, la indolencia y la palidez de ejercicio de sus facultades, y se manifiesta en el cuerpo bajo la forma de la lentitud de las funciones orgánicas y la predisposicion consiguiente á humores frios, atonías, clorosis y otros males semejantes; es decir, que ni los males espirituales son causa de los físicos, ni vice-versa, sino que unos y otros son manifestaciones paralelas y

correspondientes de la falta de vigor del alma (1).

Y lo que digo de estos casos puede decirse en general de todos los que se relacionan con el problema del sentirlo íntimo, que es el capital y principal de la creación. Porque, efectivamente, dada ya la limitación de los seres individuales, y dadas las consecuencias que de ella se derivan, todas las imperfecciones (no las limitaciones) de un sér determinado dependerán siempre de la esca-

(1) Esto no obsta para que las desazones profundas y reiteradas del espíritu lleguen á influir perniciosamente en el cuerpo y viceversa; pero, aun en estos casos, el mal, que empieza por una de ambas fases de nuestro sér, invade el alma, ó sea la unidad del hombre, y por consiguiente desde ahí se propaga á todas las formas de esa unidad. Efectivamente; el espíritu y el cuerpo son como dos raíces por medio de las cuales el alma chupa y absorbe, digámoslo así, los jugos de la naturaleza general y del espíritu general; de donde resulta que por ambos conductos puede recibir elementos perjudiciales, si carece de la energía suficiente para rechazarlos. Cuando el alma carece, pues, de esa energía y recibe esos elementos, resulta viciada, y manifiesta por tanto ese vicio en todas las manifestaciones de su vitalidad; es decir, que una de las raíces hace enfermar al tronco, y, una vez éste enfermo, desciende de él el mal á todas sus derivaciones parciales.

sez total ó parcial de su sentido íntimo; esto es, de la falta de reconcentraci6n y unificaci6n de sus fuerzas materiales y morales en el foco de su alma, ó lo que es lo mismo, de que su alma, como potencia central, no posea bastante todas sus diversas manifestaciones internas. Y de igual manera, á medida que el alma de un sér sujeta y concentra más bajo su mando todas sus manifestaciones internas, ese sér adquirirá un mayor grado de perfecci6n. De donde resulta que todas las uniones parciales de unas fases de nuestro sér con otras (uniones que engendran nuestras perfecciones, segun ya hemos visto), tienen su causa en la acci6n del alma, que, como unidad comprensiva de sus fases interiores, va sucesivamente ligando más y más esas fases consigo misma, sin por eso aniquilarlas ni destruirlas.

Pero aquí debemos tener en cuenta además, especialmente, ciertos resultados ó efectos particulares producidos por el mayor dominio que en la vida futura será capaz de

ejercer nuestra alma, esto es, nuestro *yo*, como dicen los filósofos, sobre nuestro cuerpo y nuestro espíritu.

Las maravillas que ya en este mismo mundo realiza, por ejemplo, una voluntad enérgica, influyendo extraordinariamente en el cuerpo, no son sino una pálida muestra de las que en esa vida futura serán fácilmente posibles. Y, sin embargo, ¿quién ignora los muchos rasgos notables debidos ya en nuestra actual existencia al empeño decidido de obrar por medio de una gran fuerza voluntaria sobre actos fisiológicos, y aun sobre arraigadas dolencias? ¿Quién no tiene noticia del célebre Townsend, que aceleraba ó paralizaba, según quería, los latidos de su corazón? ¿Quién no recuerda los casos de mil individuos que han obligado á su cuerpo *simplemente queriendo*, á cosas increíbles? ¿No se han visto personas que cortaban ó impeñaban á voluntad sus hemorroides? ¿No se cita un hombre que sudaba cuando se le antojaba? ¿No se sabe de otros que se han vuelto

voluntariamente paralíticos é insensibles de uno ó varios de sus miembros, siempre que han querido, recuperando del mismo modo su estado normal? ¿No es cierto, en fin, que hay individuos que á fuerza de perseverancia consiguen tener accidentes cuando quieren, y ser ventrílocuos, y rumiar, y verificar actos realmente maravillosos?

Pues estos y otros parecidos fenómenos pueden darnos una idea, aunque lejana, del inmenso poderío que en la vida futura seremos capaces de ejercer sobre nuestro cuerpo. Por de pronto, el desenvolvimiento natural de la intimidad genérica individual convertirá en órganos voluntarios todos nuestros órganos corporales; de tal modo, que los movimientos de nuestras entrañas, tales como en esa vida futura se hallen organizadas, estén á merced de nuestra voluntad. Hoy tales movimientos (digestivos, circulatorios, etc.), se verifican sin el conocimiento y sin la *intervencion* del individuo; pero claro es que tal orden de cosas encierra una imperfeccion no-

table. En la vida futura desaparecerá esa imperfección, y cada cual será dueño de suspender ó activar los movimientos, y portanto las funciones de sus órganos, y aun de imprimir á esos movimientos y á la verificación de esas funciones la dirección que juzgue más conveniente.

Una de las consecuencias de tales facultades, consecuencia que no hay por qué disimularse, será la facilidad del suicidio sin instrumentos ni medios externos, sino simplemente deteniendo con la fuerza de la voluntad todos los movimientos interiores del cuerpo necesarios á la existencia; pero hay que tener presente que en la vida futura todos los hombres sabrán ya claramente que el suicidio no solo es inútil, pues tras él se continúa viviendo, sino que el suicida paga terriblemente este crimen en su vivificación inmediata. Y al par de esa consecuencia, ¿cuántas otras de infinita trascendencia é importancia no se determinarán igualmente en nuestra naturaleza? La mera energía de la

voluntad, dirigiendo su accion sobre el cuerpo, será capaz por sí sola de influir decisivamente en sus más graves dolencias y de hacerlas desaparecer.

Por eso la educacion de nuestra voluntad debe ser desde este mundo uno de los objetos de nuestra más viva solicitud.

No basta, en verdad, que en la vida futura el cuerpo humano esté más sujeto á la voluntad de todos los hombres en general. Dentro de ese hecho comun cabrán luego diferencias individuales, y cada cual, á medida de su fuerza voluntaria, á medida de su vigor de carácter, podrá ejercer mayor ó menor imperio sobre su principio corporal (pero siempre en escala mucho más vasta que la de la actual existencia). El estado enfermizo y valetudinario será, pues, una mancha y constituirá verdadera culpabilidad en la vida futura, bajo dos conceptos diferentes: en primer lugar como signo de que la vivificacion anterior del individuo (la actual) no ha sido lo que debia; y en segundo, como

demostracion de carencia de fuerza de voluntad, como indicio seguro de que el valedudinario y el enfermizo son entes apocados, incapaces de obligar á su cuerpo á estar sano *mediante quererlo firmemente.*

Hasta las deformidades, hasta los defectos de conformacion corporales serán susceptibles de desaparecer ante una voluntad verdaderamente varonil, imprimiendo ésta durante algun tiempo una direccion determinada á la nutricion, encaminándola á tales ó cuales órganos, separándola de otros y desarrollando ó desecando de ese modo las partes del cuerpo que se desee.

La movilidad externa de las partes del cuerpo, en virtud de la accion del sistema muscular, alcanzará tambien proporciones mucho mayores que en la actualidad: en vez de estar entonces limitados al corto número de movimientos que hoy podemos ejecutar para el curso diario de la vida, ese número se aumentará hasta un alto grado, y moveremos nuestro cuerpo (tal como entonces es-

te organizado) en mil direcciones y sentidos. Seremos tambien, bajo ese nuevo concepto, más dueños y árbitros de nuestro cuerpo.

Por último, la energía voluntaria del alma humana será además capaz de un dominio inmenso sobre el espíritu y sus desarregladas tendencias, y en tal concepto ni los arrebatos de las pasiones podrán servir de disculpa, ni las inclinaciones viciosas podrán presentarse como atenuaciones de la criminalidad. En una palabra, la esencia unitaria del individuo, ligada más íntimamente que en este mundo á su fase espiritual y á su fase corporal, proporcionará al hombre mayores grandezas y mayores perfecciones, y prestará mayor campo á la iniciativa personal; pero tambien impondrá responsabilidades más hondas é inexcusables.

CAPITULO XIX.

El orden social.

Hasta aquí nos hemos ocupado exclusivamente en examinar las condiciones de perfeccionamiento individual en la vida futura y las penas y recompensas que en ella han de nacer puramente de los mejoramientos y progresos de nuestro organismo físico y moral, mejoramientos y progresos forzosos, fáciles é ineludibles.

Mas las alegrías y los dolores que en esa vida futura nos aguardan, no han de depender exclusivamente de esas condiciones individuales, sino que han de estar acompañadas de otras dependientes del orden social de

que formemos parte, de las relaciones en que nos encontremos con los demás hombres nuestros hermanos, y del círculo familiar ó profesional á que entonces pertenezcamos.

Hay, en efecto, leyes naturales y lógicas, leyes matemáticas que determinan el orden de colocacion de los séres en el espacio, y que engendran, por consiguiente, las aproximaciones ó desviaciones, en apariencia casuales, de los hombres entre sí. Ni ¿cómo ese espectáculo, tan grande y tan fecundo en goces y en tormentos, de la formacion de las razas, de las familias y de las demás esferas sociales, habria de estar abandonado á la pura brutal casualidad, cuando esa formacion ofrece secretos tan maravillosos y detalles tan profundos y tan sorprendentes á los ojos del observador?

Si este libro tuviera otro carácter distinto del que tiene, y en vez de ser una obra de propaganda popular fuera una obra hecha expreso con método riguroso científico, yo expondría aquí minuciosamente los resulta-

dos de mis continuas meditaciones acerca de los principios metafísicos que rigen esa distribución de los seres, tanto en el espacio como en el tiempo; pero los límites que desde luego he impuesto á mi actual trabajo, me vedan entrar ahora en una exposicion necesariamente larga, pesada y de lectura fatigosa para la generalidad del público (1).

Sin embargo, como algo, aunque sea muy poco, debo decir sobre ese bellissimo problema para hacer comprender la existencia de un órden providencial en el hecho de los agrupamientos incesantes de las criaturas, paso desde luego á presentar algunas indicaciones generales referentes al asunto.

El gran principio de la atraccion universal, que ya hoy explica muchos capitales fenómenos del llamado mundo material, es igualmente (con arreglo á altísimos funda-

(1) Esa exposicion iniciada ya ligeramente en la primera edicion de EL DERECHO NATURAL, la haré extensa y completa en la segunda, si como espero, me concede Dios salud y hoigura para publicarla.

mentos cuyo estudio aquí no cabe) el que en todos los órdenes de la realidad dá lugar á la reunion permanente ó pasajera de cuantos elementos ofrecen una similitud accidental ó constante, engendrando así en el campo de la vida universal hechos admirables.

Para darse cuenta del modo de obrar de esa atraccion respecto á la organizacion social, hay que empezar por tener en cuenta todo lo que en el trascurso de estas páginas queda dicho relativamente al interior fraccionamiento de nuestra alma en ramificaciones ó sub-fases, cada vez más delicadas y finas, cuyo aumento de cantidad engendra (entre los hombres lo mismo que entre todos los séres), una superioridad correspondiente y cuya direccion dá lugar á los diversos caracteres de las razas, sub-razas ó individuos.

Ahora bien; si á estos datos reunimos todos los demás que nos suministra un estudio formal de la naturaleza divina y de las relaciones de Dios con el conjunto de la creacion y con cada uno de sus elementos, ayudándo-

nos además con las comprobaciones prácticas que nos suministra la observacion (aun en los cortos límites de la experiencia mundana), fácilmente comprenderemos que todo agrupamiento de seres humanos obedece á leyes infalibles.

En efecto, el fenómeno de la atraccion, ejercido en todos terrenos bajo una forma idéntica en el fondo, tiende y tiene que tender por fuerza á la aproximacion de lo análogo, con arreglo á medida exacta, para que el equilibrio del Universo se mantenga, y para que esa aproximacion permita fecundaciones mútuas, digámoslo así, ó sean prestaciones recíprocas de servicios, ya ciegos é inconscientes, ya deliberados y libres. Y como las analogías entre los seres pueden ser más ó menos íntimas, segun existan entre numerosas ramificaciones interiores de cada uno de ellos con las de otro ú otros, ó solamente entre las más extensas y generales; de ahí que las agrupaciones formadas por la fuerza lógica de la naturaleza sean más amplias

y dilatadas, ó más concretas y reducidas, segun las analogías entre los séres llamados á agruparse se refieren simplemente á sus fases interiores más elementales, ó abarcan mayor número de delicadas ramificaciones.

Tal es la razon por la cual todo hombre (circunscribiéndonos á este órden de séres), nace forzosamente, en cada una de sus vivificaciones, no de un modo arbitrario acá ó acullá y entre estos ó los otros individuos de su misma especie, sino tan solo en un círculo dado de personas, todas ellas conducidas por igual ley al mismo resultado.

Esto supuesto, fácil es de ver que en tan sencillo como fecundo principio han de tener natural y lógico origen multitud de penas y recompensas que deben constituir una gran parte del bienestar ó el malestar de nuestra vida futura. En efecto, es preciso que desde ahora nos empecemos á acostumbrar á la idea de que la sociedad en cuyo seno hemos de aparecer despues de nuestra muerte, no se ha de componer de individuos allí lleva-

dos casualmente por la fuerza ciega del azar, y entre los cuales, por consiguiente, ningun papel tenga que representar nuestra historia pasada, esto es, el conjunto de actos buenos ó malos llevados á cabo por nosotros en esta vida actual. Salvas las irregularidades, salvos los pequeños detalles, salvos los accidentes cuyo lejano origen la mirada humana no puede alcanzar (por más que comprenda que siempre existe), lo que desde luego es evidente es que la gran masa de las relaciones sociales que han de rodear á cada uno de nosotros en su próxima inmediata vivificación, ha de ser precisamente de una índole determinada y fija, producida por el giro que aquí demos al desarrollo de nuestra actividad, y en cuya virtud, la ley universal de la atracción nos ha de llevar á renacer entre tales ó cuales grupos de seres humanos y no entre otros.

De este modo, cada hombre, sin conocer el alcance y la trascendencia de la conducta que sigue en este mundo, se prepara para

despues de su muerte, por la simple fuerza de las cosas, una larga cadena de felicidades ó infortunios, no ya puramente individuales y personales como los que dejo trazados en los anteriores capítulos, sino referentes á las circunstancias externas que le rodeen.

Y no necesito, á mi parecer, insistir mucho para que el lector comprenda cuánta es la suma de felicidades que de ese modo pueden aguardarle, y cuántos y cuán amargos y terribles los dolores que asimismo debe temer durante el trascurso de una vivificacion entera. Aparte de nuestras cualidades fisicas y morales (origen fecundísimo de bien y mal para la vida), la situacion social en que nacemos y el conjunto de relaciones que nos cercan, son ya en este mismo mundo fuente abundantísima de placeres y pesadumbres para cada uno de nosotros. Júzuese, pues, con cuánta mayor intimidad se reproducirá ese fenómeno en la vida futura en que nuestra organizacion corporal y espiritual será infinitamente más delicada y más sensible, de

consiguiente, á la alegría y al dolor, por lo mismo que una más clara y lúcida conciencia permitirá á cada individuo comprender profundamente la grandeza y miseria de su posición y el motivo de ella.

Hay además que tener en cuenta otro detalle. Como lo regular es que una gran parte de nuestras relaciones (segun los grados de analogía moral, intelectual,) etc., nos rodeen de un modo próximo é inmediato en nuestra próxima vivificación, los delitos ó faltas que contra algunas de esas personas hayamos cometido en este mundo producirán determinados resultados, valiéndonos acaso la instintiva animadversion y antipatía de muchas actuales personas, quizás llamadas en virtud de otros detalles propios de esta vida á jugar un papel trascendental para nosotros en la existencia futura, ya como superiores gerárquicos, ya como compañeros, ó de cualquier otro modo, resultándonos de abí entonces contrariedades gravísimas é incidentes al parecer casuales, pero de terrible

y funesta influencia para nuestra felicidad.

Hay que tener presente que ningun acto nuestro, verificado en esta actual vivificacion, ha de ser estéril en bien ó en mal para la inmediata.

CAPITULO XX.

La familia.

El anterior capítulo, aunque breve, habrá bastado para que el lector perciba la existencia de leyes naturales, determinantes de la distribución lógica de los seres y de su agrupación más ó menos íntima.

Haciendo ahora aplicación de esos principios al caso concreto de la constitución de la familia, no es difícil concebir que la influencia de tales leyes produzca una larga serie de penas y recompensas propias de nuestra vida futura, y que durante ella han de labrar en gran parte nuestra felicidad ó nuestra desgracia.

El círculo familiar en que nacemos es ya, en efecto, en este mismo mundo una fuente fecundísima de bienes ó males para cada uno de nosotros. ¿Quién no comprende la importancia que para el rumbo de nuestro desarrollo tiene, aun en esta tierra que actualmente habitamos, el carácter de nuestros padres, hermanos y demás parientes, el número y calidad de éstos, su grado de educacion, ilustracion y elevacion moral y otra multitud de análogas circunstancias? En el hogar doméstico es donde empezamos á formarnos, donde recibimos las primeras y más duraderas impresiones, y donde está el punto de arranque de todo lo que hasta el sepulcro hemos de ser y de valer.

Ahora bien; si ya en esta vida actual y á pesar de lo grosero de nuestra organizacion física y moral tienen lugar esos naturales fenómenos que engendran consecuencias innegables y elocuentes, en la vida futura alcanzará ese orden de hechos providenciales un alcance inmenso. Porque entonces la ma-

yor perfeccion de nuestro organismo diseñará más vivamente las atracciones engendradas por analogías igualmente más palpables, y la lógica de los inflexibles procedimientos de la naturaleza se revelará con vigor y claridad terribles en la formacion de los lazos del parentesco. Por otra parte, si aquí todavía la desgracia de nacer de padres corrompidos ó de tener hermanos ó hijos imbéciles ó viciosos puede parecer efecto deplorable del azar, en la vida futura se sabrá ya por todos que no hay tales azares, y que esas desgracias son resultados determinados y precisos de la conducta que hemos seguido en nuestra existencia próxima anterior.

Lo que en el estado actual de nuestra ilustracion es difícil (no imposible en absoluto) de señalar, es la relacion que debe existir entre nuestra conducta en este mundo y la forma de constitucion de nuestra familia en la vida futura. Sin embargo, esa relacion no puede faltar de ningun modo. Por de pronto la lógica dice que, en la generalidad de los

casos, el tránsito desde esta actual vivificación á la próxima inmediata, no romperá ni trastornará de una manera absoluta el conjunto de lazos de parentesco que aquí nos ligan á determinados individuos, y que en el hecho de su existencia actual indican con ella la de razones y fundamentos naturales de tal orden de cosas. Cierto es, en verdad, que ciertas aproximaciones de individuos en esta vida (como en otras) son y serán en sí irregulares y temporales, por originarse de análogas irregularidades, verificadas en el rumbo anterior del desarrollo de los individuos mutuamente aproximados (lo cual es debido á los errores de conducta y á los extravíos que el libre albedrío pasajera-mente engendra); pero la tendencia normal desde este mismo mundo consiste ya en la agrupación familiar de individuos llamados á persistir indefinidamente en esa agrupación, por más que también dentro de ella quepan accidentales irregularidades, en cuanto al grado de intimidad existente en una vivificación dada entre di-

versos individuos y el que verdaderamente debería corresponderles, si sus yerros y pasiones no hubiesen alterado el curso debido de su desenvolvimiento.

De aquí se deduce, por consiguiente, que para cada individuo humano la determinacion de su familia propia con todos los detalles concernientes á la misma es una empresa infinita á cuya realizacion solo se irá aproximando más y más de un modo gradual en el trascurso de sucesivas existencias. Esa empresa constituye, en efecto, un bien, y, como tal bien, su adquisicion ha de seguir las reglas comunes á todos los bienes: así no puede haber individuo que en ninguna de sus existencias no disfrute algo de él, pero tampoco puede haber nadie que en alguna de ellas le goce pleno y absoluto. Por eso cada cual debe considerar que su actual familia, aunque no sea aun lo que debe ser ni como debe ser, obedece ya forzosamente algun tanto al ideal de su organizacion, siquiera únicamente á través de sucesivas existencias irá

constituyéndose de un modo más perfecto.

Ahora bien ; con arreglo á estos principios, el hombre bien sentido debe ya desde ahora tener fijos los ojos en ese vasto horizonte que se despliega ante él para despues de la muerte, procurando con su rectitud y bien obrar contribuir á crearse, en el menor número posible de sucesivas existencias, una familia tal, que en su seno encuentre los deseables elementos de paz, amor, sostenimiento y progreso. Para ello su más alto cuidado ha de consistir en amar, sí, á todos sus semejantes, pero tambien en adherirse con preferencia á los que en el círculo amistoso y familiar ofrezcan mayores analogías con él, y le inspiren una simpatía más abierta y franca. Dios nos manda tener cariño y atenciones para todos los séres, pero tambien nos llama á una union mayor y más profunda con unos que con otros.

Es preciso, sobre todo, que evitemos con ardiente afán el enagenarnos el amor de aquellas personas cuyo estrecho parentesco

con nosotros, unido al cariño que nos profesen, sea indicio de predestinacion á una intimidad permanente con nosotros, á través de las vidas futuras. En primer lugar, el ofender y dañar á esas personas, será ya un delito que nos degradará y envilecerá, y además los resultados de esa accion serán: ó el que la persona ofendida, lanzada por nuestra accion en una senda que de otro modo no hubiera seguido, se aleje de nosotros, quizás durante una larga série de existencias (sufriendo nosotros las consecuencias de ese alejamiento), ó el que un ódio instintivo de esa persona hácia nosotros dé lugar, en otro mundo y otra vida, á consecuencias imposibles de prever.

Estos datos, que están muy lejos de ser meramente fantásticos, tienen sobre todo especial aplicacion á las relaciones entre amantes, ó entre maridos y mujeres. Un delito ó crimen en ese terreno pueden matar nuestra felicidad durante vivificaciones enteras, privándonos de una compañera (alejada tempo-

ralmente de nuestro lado), ó conquistándonos su instintiva é invencible aversion, mientras acaso nuestro corazon, inclinado con terrible pasion hácia el bien perdido, nos produce agudos dolores, ó nos arrastra á acciones de funesta y honda trascendencia.

Pensemos, pues, por un lado con esperanza y por otro con justificado terror, en lo que puede ser y será para nosotros la familia en la vida futura, como fuente de alegrías ó de dolores, segun los antecedentes que determinemos en ésta, y la direccion que imprimamos á nuestros actos.

CAPITULO XXI.

Conclusion.

Las diversas aplicaciones del principio del perfeccionamiento del sentido íntimo en la vida futura que dejo hechas, aunque trazadas á grandes rasgos, habrán servido al lector, así al menos lo espero, para descubrir y adivinar horizontes llenos de atractivo é interés. Con esto puede decirse que he logrado ya el propósito de este corto trabajo. Porque, en efecto, mi deseo principal al escribirle y publicarle consiste en llamar la atención de mis conciudadanos hácia las indagaciones referentes á la continuacion de nuestra existencia más allá de la muerte, y

en darles el sistema, en abrirles la clave, en enseñarles el camino y el método para llevarlas adelante hasta conseguir los mayores resultados posibles.

Pero, antes de cerrar estas páginas, debo todavía dirigirles algunas palabras que tienen aquí su lugar justo y oportuno. Hagamos, pues, algunas recapitulaciones y algunas observaciones necesarias.

Por lo que hasta aquí llevo dicho, se comprende ya claramente que el hombre es inmortal en cuerpo y en espíritu, que despues de salir de este mundo emprende una nueva vivificacion, y que esta vivificacion, lo mismo que todas las sucesivas, la realiza y lleva á cabo en otro mundo ó astro celeste, y en el seno de otra sociedad humana.

El Infierno y la Gloria no residen, pues, en ningun punto determinado, sino que están en todas partes. ¿No es una puerilidad imaginar que hay en algun sitio recóndito un lugar destinado á Infierno y en otro sitio distinto otro lugar destinado á Gloria? El Uni-

verso, el conjunto infinito de los mundos, es el campo de todos los dolores y de todas las alegrías, de todos los sufrimientos y todas las satisfacciones de los seres vivientes. Ya en este mismo mundo en que nos encontramos, nuestras buenas cualidades (laboriosidad, robustez, talento, fuerza de voluntad, etc.), son el origen de nuestras prosperidades y adelantos, mientras nuestros defectos (ignorancia, maldad, apatía, etc.), nos proporcionan males y desgracias que se mezclan con esas prosperidades en diversas proporciones. Repare cada cual en sí mismo y en el círculo de sus amigos y conocidos, y observará que los placeres, los adelantos y los bienes, de cualquier clase que sean, que logra un individuo, dependen siempre del ejercicio y son siempre el fruto de una ó varias cualidades buenas que posee; y que, por el contrario, sus padecimientos, sus contratiempos, sus desdichas se ligan íntimamente á sus defectos.

Pero en la existencia y en el mundo ac-

tual la organizacion del hombre tiene aun imperfecciones como las que he mencionado en los anteriores capítulos, y la sociedad presenta tambien, por consiguiente, imperfecciones análogas, pues el organismo social no es sino una consecuencia de la calidad del organismo humano. De aquí el que, en este mundo, ni el hombre experimente dentro de sí mismo de un modo perfecto la correspondencia de sus méritos y deméritos con sus goces y penas, ni la forma y las condiciones de la sociedad sean tales que en ellas encuentre seguro auxilio y favorecimiento toda prenda digna y bella, y con ellas tropiece, hallando en las mismas seguros obstáculos y quebrantos, todo defecto ó vicio.

La realizacion creciente de este ideal está reservado á los espacios inmensos de la vida futura. A medida que el organismo humano vaya siendo más perfecto, las sociedades humanas, producidas por la reunion de hombres, se calcarán sobre bases tambien más perfectas y mejores. En efecto, ¿de qué de-

pende la fisonomía del orden social en este mundo? de la forma actual y de las condiciones actuales de la organización humana. El individuo en este mundo tiene que sostener su vida mediante un procedimiento alimenticio particular; tiene que abrigar y cubrir su cuerpo para evitar las intemperies; tiene que comunicar sus pensamientos y sentimientos, así como conocer los ajenos por el procedimiento de la palabra; tiene sentidos muy limitados en número y en potencia; tiene la facultad de ejecutar solo ciertos movimientos, y no otros; tiene limitada su morada al terreno sólido del astro que habita, pues ni en los mares ni en los aires puede valerse, como no sea por medios artificiales; y tiene, por último, que reducirse á la comunicación con los demás habitantes del mundo á que pertenece, pues con los habitantes de los otros mundos le es imposible establecer trato ninguno. (1)

(1) Los espiritistas sostienen que desde este mundo nos podemos ya comunicar y nos comunicamos con los habitantes de otros

Ahora bien; dada una organizacion mejor, todas esas consecuencias desaparecerán, y la libertad de accion y el horizonte de los hombres aumentarán prodigiosamente, dando lugar en sus vivificaciones sucesivas á formas sociales cuya bondad y hermosura apenas le es dado entrever á la fantasía. De aquí se deduce, por consiguiente, que, investigando con minuciosidad cuáles deberán ser los perfeccionamientos á que está llamado en sus futuras existencias el organismo humano, se podrá adivinar con facilidad cuál será la fisonomía, el aspecto y la constitucion de la sociedad en mejores mundos.

La tarea, ciertamente, es pesada, pero no imposible, ni mucho menos.

Todo consiste en la aplicacion perseverante del principio del sentido íntimo, clave de todos, absolutamente todos nuestros mejoramientos futuros. Mediante esa aplicacion á las

astros. Yo no niego esto en absoluto, pero nada he visto que me haya convencido de ello, á pesar de haber asistido á alguna reunion espiritista.

relaciones generales entre el espíritu y el cuerpo, la inteligencia y el cuerpo, etc., etc., hemos hecho ya en este breve trabajo algunas someras indicaciones dignas de atención. Pero, por un lado, aun esas relaciones generales no las hemos profundizado bastante, y además hay que tener en cuenta que existen en nuestro organismo infinitas otras relaciones, más ó menos extensas, *cuyo aumento sucesivo de intimidad, en virtud del incremento del sentido íntimo, producirá mil y mil nuevos perfeccionamientos del modo de ser humano en las vidas futuras.* Por ejemplo, las oposiciones entre las arterias y las venas, el corazón y los pulmones, la sustancia cerebral gris y la blanca, los nervios y los huesos, las células y los glóbulos, y otras muchas semejantes, al armonizarse *hasta el punto que lo hacen en este mundo,* dan lugar á la circulación, á la digestión, á los movimientos y á *todas las demás funciones y formas de nuestro actual vivir;* pero esas mismas oposiciones, armonizadas hasta más altos

grados en nuestras vivificaciones sucesivas, producirán magníficos adelantos y mejoras respecto á nuestra configuracion, á nuestro aspecto, á nuestras potencias corporales y á nuestro modo de existir bajos todos los puntos de vista.

Y no se entienda por esto que en la vida futura hemos de poseer venas y arterias, pulmones y corazon, y así sucesivamente como en este mundo: lo que sí hemos de poseer son las *oposiciones vitales que se representan en nuestra existencia actual por esos órganos*; pero, habiéndose entonces de armonizar esas oposiciones más profundamente, *tendrán que hacerlo mediante órganos más perfectos*. Es decir, que las oposiciones vitales serán de la misma índole que las actuales, aunque sean más numerosas por virtud de las crecientes ramificaciones de nuestro organismo, pero su verificacion revestirá mejores formas en virtud del aumento de nuestro sentido íntimo, y creará, por tanto, órganos más á propósito para ello.

Con esto comprenderá ya el lector que un estudio paciente y concienzudo puede permitirnos averiguar muchísimo relativamente á lo que ha de ser la organizacion humana en otros astros y en otras mejores existencias. Y claro es que, de las investigaciones que se practiquen respecto á ese punto, pueden luego deducirse lógicamente los mejoramientos correlativos de las sociedades á que hemos de pertenecer despues de la muerte.

Trabajo tan detenido no es en este momento del caso. Sin embargo, si las circunstancias me lo permiten, yo me consagraré á él lo más antes posible. Primeramente, y con arreglo á los principios que dejo sentados, trataré de determinar las formas que lógicamente debe revestir el organismo individual en su próxima existencia ó vivificacion; y, partiendo despues desde ese punto, no será difícil indicar lo que en esa misma vivificacion deben ser el amor, el matrimonio ó sociedad conyugal, las asociaciones personales superiores, y lo mismo las reales y for-

males, especialmente la del Estado, que organiza las relaciones jurídicas entre todas.

Por otra parte, á todo ese orden de investigaciones habré de añadir las que resulten del exámen *detenido* de las leyes que rigen la distribución de los séres en el espacio y en el tiempo, leyes que nos darán el cuadro ideal del perfeccionamiento á que está llamado el organismo de la sociedad humana y de sus sociedades interiores; no ya partiendo tan solo del mejoramiento del organismo individual, sino de la energía del gran procedimiento universal en cuya virtud la creacion está llamada á intimarse cada vez más consigo misma y con el Creador.

Este vasto plan es, empero, de demasiado larga realizacion, y requiere, de consiguiente, un largo plazo para ejecutarse.

Por ahora, lo que deseo es que los lectores de este pequeño libro, abandonando preocupaciones añejas y dejando á un lado supersticiones religiosas, sostenidas por el clero (enemigo natural é irreconciliable del género

humano), comprendan que el porvenir más allá de la tumba no es otra cosa que el desenvolvimiento lógico y la continuación indefinida del presente. Toda la obra inmensa y espléndida del Universo se resume en una gradación sucesiva, mediante la cual ese Universo adquiere cada vez mayor conciencia de sí propio, y se reconoce, siente y dirige con progresiva claridad, determinación y libre arbitrio. El espectáculo asombra por lo grande, maravilla por lo sencillo, embelosa y encanta por la riqueza infinita de sus pormenores. Dios es ante todo la unidad suprema, pero, en virtud de una ley misteriosa que constituye el secreto eterno de la creación, esa unidad, esa esencia única de Dios germina, por decirlo así, en virtud de su propio impulso, y determina como formas interiores de sí misma una inmensidad de seres, gradualmente más concretos é individualizados, cada uno de los cuales refleja en límites humildes su divino esplendor, siendo en menor escala unidades superiores de un cuerpo y

un espíritu que les pertenecen. Ya en páginas anteriores indiqué que, á medida que esos seres se determinan más y más, su potencia de sentido íntimo aumenta en intensidad y fuerza, y que, por consecuencia, cuanto más concreto es un sér, tanto más se posee á sí mismo como inteligencia, como sentimiento y como albedrío; de donde resulta que, al paso que las criaturas creadas adquieren más independencia, y quedan menos sujetas á leyes fatales, crece, en cambio, la facultad que disfrutan de comprender el plan general de la Providencia, y de poder cooperar espontáneamente á él, sustituyéndose así la accion vaga y total del Universo por la suma infinita de las acciones individuales en que ese Universo gradualmente se trasfigura.

Ahora bien; lo que aquí debo añadir es que, como resultado lógico de todo esto, el principio de la trasmigracion es el que rige esa elevacion y ese ennoblecimiento progresivo del Universo. Pero no ha de entenderse que al trasmigrar se muda lo que se llama

vulgarmente el alma de un sér, es decir, su espíritu, á un cuerpo que preexiste y que recibe en su seno el huésped que en él se instala. Esa teoría, que supone una especie de cuerpos *desalquilados* y de almas *inquilinas*, es pueril y ridícula. Cuando un sér (una planta, un animal, un hombre) llega al instante de su muerte, su alma, esto es, su unidad fundamental, avanza un paso en la escala de la vida, y se crea por sí misma su nuevo cuerpo y su nuevo espíritu, cuerpo y espíritu que brotan de ella, segun ejemplos que ya he citado, como los colores brotan de la luz al atravesar ésta un prisma de cristal. Y no se encuentre extraño que extienda yo ahora á la planta y al animal lo que antes dije solo del hombre, y que atribuya á la una y al otro un cuerpo y un espíritu. Nada de lo que posee un sér superior como el hombre deja de existir, aunque en estado más rudimentario, en los séres inferiores; y así, cada animal, lo mismo que cada árbol ó cada mineral, tienen combinados un elemento mate-

rial y un elemento espiritual, que son determinaciones paralelas de su esencia. Al morir, pues, un sér (cualquiera que él sea), renace nuevamente con condiciones más perfectas, merced á la práctica vital que ha llevado á cabo en su anterior existencia; pero, mientras no traspasa los escalones inferiores de la creacion, esa práctica vital la verifica fatalmente y sin conciencia ni intento deliberado de ello; y solo al lograr cierta categoría en la especie humana, empieza á darse cuenta del papel que Dios le ha encomendado. Los hombres todos procedemos, por consiguiente, de vivificaciones pasadas, en que, bajo formas más humildes, nos hemos ido capacitando para alcanzar el grado de dignidad en que nos encontramos (1). Y la fuerza

(1) El hombre no proviene, sin embargo directamente del animal, ni cabe que este sea su progenitor, por haber entre ambos diferencia esencial en cuanto al rumbo del desarrollo. No es pues cuestion de cantidad sino de direccion de desarrollo la que separa á los animales de los hombres. Este problema, uno de los más hermosos de la creacion, no le puedo resolver aquí por falta de tiempo, pero lo haré en la segunda edicion del DERECHO NATURAL. Por de pronto anticipo un simple aviso para evitar juicios erróneos.

misteriosa que nos ha hecho avanzar así sucesivamente, y que hace avanzar de igual modo al resto de la creacion con trasfiguracion continúa, es la que los teólogos han llamado *gracia divina*, aunque empequeñeciendo con ruin criterio la idea, y hasta adulterándola y viciándola, porque la ciencia teológica jamás ha comprendido nada con grandeza. En efecto; la gracia divina no es tan solo la influencia del Sér Supremo sobre el corazon humano para atraerle hácia sí, influencia que la Teología llega á veces á hacer incompatible con el libre albedrío, sino que es la accion universal de Dios sobre la creacion entera, accion que engendra en ella un movimiento de elevacion continúa y progresiva, cuyos límites postreros no es posible adivinar, porque su magnificencia y esplendidez, al par que su indefinida lejanía, producen el asombro y el vértigo.

Algunos entendimientos de escaso arranque y de ninguna inspiracion se resisten á comprender que los hombres hayamos dis-

frutado existencias anteriores ; y, aun si se inclinan á creerlo, por lo menos extrañan que no guardemos de ellas recuerdos ni memoria. Pensar así es desconocer que las leyes del progreso alcanzan á todo. Si en nuestra vivificacion actual estamos aun en un grado muy mezquino de desarrollo para poder guardar memoria de las aun más humildes vivificaciones pasadas, al alcanzar en futuras existencias perfecciones mayores, nos será ya dado volver la vista atrás y mirar con satisfaccion el camino recorrido. Con respecto á la realidad y á la verdad de nuestras vivificaciones anteriores, no puedo detenerme ahora á indicar las detalladas razones que las prueban; pero ¿no basta, acaso, para comprenderlo así, la contemplacion de nuestro maravilloso y complicado organismo, tanto fisico como moral, y al que es lógicamente imposible haber llegado de golpe y de una sola vez? Diréis, acaso, que la naturaleza se ha preparado para ello, produciendo antes seres inferiores. ¡Error profundo y deplorable! En primer

lugar, eso no impediría que, al crear un individuo humano, se formase su organismo de una sola vez; y por otra parte hay que advertir que, discurriendo de ese modo, se considera al Universo y al individuo como dos cosas distintas, y se hace del primero un maquinista ó mecánico, y del segundo un simple objeto manejado y moldeado por él; idea que rebaja al uno y al otro, y que establece, sobre todo, entre ambos un abismo absurdo. El hombre, como parte del Universo, es el Universo mismo, y la parte de fuerza universal que le constituye es la que se va depurando sucesivamente á sí propia, tomando á cada nueva vivificación nueva y mejor forma, y siendo, por tanto, juntamente el artista y la obra, el sujeto y el objeto. Este mismo procedimiento, repetido en infinitos casos idénticos, es el que engendra la evolución inmensa de la creación en su ascension eterna.

Aquí me detengo, por no alargar indefinidamente esta especie de resúmen sustancial de mis opiniones en la materia que trato.

Pero no he de concluir las presentes páginas sin escitar á mis conciudadanos, en nombre de la teoría racional de la inmortalidad individual, cuya sucinta expresion queda hecha, á que, convenciéndose y penetrándose profundamente de lo que es la vida futura, dejen de mirar la muerte con los supersticiosos temores que aun manchan la dignidad del hombre. La muerte, como fenómeno natural que ha de repetirse millares y millares de veces en el curso de nuestra infinita existencia, aunque sucesivamente de un modo más suave y risueño; la muerte, repito, no debe asustar á nadie ni producir en nadie la más leve y temerosa impresion. El orden lógico pide en verdad que el hombre muera de vejez, dulce y tranquilamente, sin sacudidas ni dolores, como lámpara que se apaga, y en tal concepto tampoco se debe procurar anticipar ese momento. Pero es sobre todo depresivo del rango que la especie humana ocupa en la creacion ese miedo pueril y ridiculo á la muerte. No concibo que haya quien

la conceda importancia alguna, ya preocupándose con su aproximacion, ya en ocasiones buscándola como término á desdichas. Ambos extremos son por igual lamentables, y revelan un modo absurdo de pensar. Ni la muerte merece que se reflexione un solo instante en ella, ni el buscarla en concepto de descanso pasa de ser una pobre niñería, pues el que tal hace pagará mucho mas caro su crimen en la vivificacion inmediata. ¿A quién se le ocurre el disparate de que el hombre podria, matándose, sustraerse á penas providenciales? Esas penas, agravadas y recrudecidas, le perseguirán en todas sus continuadas existencias.

Debemos procurar llegar á la ancianidad, porque lo natural es fallecer despues de haber agotado la parte de vida que nos toca realizar en este mundo, y lo mismo más tarde en todos los demás; pero lo que no debemos es temblar morir, ni tampoco desearlo, sino considerar ese acto con perfecta tranquilidad é indiferencia de espíritu. Cuando

veo á un hombre llorar con llanto estéril la juventud pasada, y mirar con envidia y hasta con secreto encono á los alegres y bulliciosos adolescentes, me dá imponderable lástima. Pues ¿no hemos de volver á ser adolescentes y jóvenes millones y millones de veces? ¡Ah! ¿qué idea tendrán de Dios los que en tales debilidades caen? Cada uno de nosotros recomenzará la experiencia de la vida veces sin cuento, para remediar en cada vivificación los yerros de las anteriores. Hasta al simple buen sentido le repugna por instinto la idea de no gozar el individuo sino de una sola y pasajera juventud, de tal modo que, desaprovechada ó mal empleada bajo cualquier concepto, sea ese mal de reparacion imposible, y no pueda el desgraciado, víctima de él, esperar la vuelta á una nueva edad florida y juvenil.

No, conciudadanos míos; eso no es verdad, ni puede serlo, y quien tal cree, sufre con su opinion grande desventura; porque, llegado á la madurez de sus años, no ve ante

sí horizontes que le animen y fortalezcan. Desechad, pues, ruines ideas que empequeñecen y degradan, y abrigad al par mio fé inquebrantable y confianza razonada y sólida en que tras esta vida actual gozareis nuevas vidas, tras vuestra pasada é inocente niñez nuevos y más perfectos períodos infantiles, tras vuestra agostada juventud, si ya sois adultos ó ancianos, nuevas y espléndidas juventudes en las cuales vigorizada vuestra alma con las virtudes que logreis ahora, podreis disfrutar felicidades inefables. ¡Ojalá este libro despierte al menos en vuestros corazones esa justa esperanza, de evidente y segura realizacion! No deseo mayor triunfo para mis humildes páginas.

FIN DE LA TEORIA
DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

CATECISMO

DE LA

RELIGION NATURAL.

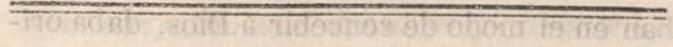
PRÓLOGO.

En todos los países se nota hoy una señalada tendencia al abandono de las religiones positivas por parte de las gentes ilustradas, á quienes ninguna de ellas satisface. Pero como la religiosidad es inherente á nuestra especie, todo aquel que abandona esas religiones positivas, se queda, sin embargo, si es hombre formal y bien sentido, con ciertas creencias profundas acerca de Dios, acerca de sus relaciones con la humanidad y acerca de la vida futura. Estas creencias trato yo de metodizarlas ahora brevemente en el siguiente Catecismo, que es un compendio popular de religion natural. No pretendo haber

hecho un trabajo perfecto, ni siquiera un trabajo muy concienzudo, porque las diarias tareas de la prensa periódica no dejan vagar ni reposo para ello, y por otra parte, ahora no estamos en tiempos de filigranas, sino de decir pronto y en globo la verdad, prescindiendo de perfiles.

Espero, sin embargo, que mis conciudadanos verán con benevolencia el ensayo que les presento, y cuyo principal objeto se reduce á hacer ver á los hipócritas y fanáticos que, sin profesar ninguna religion determinada, se puede ser hombre verdaderamente religioso, cosa que ellos ni son, ni lo saben ser, ni lo quieren ser, porque no pasan de mercaderes de joyas falsas y de traficantes en teología de mala ley.

Otra advertencia: en muchos puntos he prescindido del rigor científico por no incurrir en aridez ó hacer difícil la comprension de la doctrina á muchos lectores. Perdónenme por ello los que no hubieran necesitado ese sacrificio.



can en el modo de concebir á Dios, para con-
ven á una nueva religion y á un nuevo cul-
to; tan imperfectos como el concepto á que

CATECISMO

DE LA

RELIGION NATURAL.

la religion, hasta que en esa manera hemos
ido llegando á la época presente. Hoy el con-
cepto que la inteligencia humana se forma

de Dios, es: **TEXTO DEL CATECISMO.**

Introduccion.

Guiados los hombres desde remotos tiem-
pos por la luz de la razon, empezaron muy
luego á pensar en Dios; pero siendo este
concepto el más alto y sublime de todos, no
podian depurarle claramente desde luego, y
al tratar de hacerlo, caian en errores y es-
travíos que en medio de su enormidad atesti-
guaban, sin embargo, el noble anhelo que
guiaba á nuestra especie hácia la investiga-
cion de esa verdad suprema en que todas las
verdades parciales nacen y se engendran.
Así, cada adelanto que los hombres realiza-

ban en el modo de concebir á Dios, daba origen á una nueva religion y á un nuevo culto, tan imperfectos como el concepto á que correspondia; mejorábase sucesivamente ese concepto, y mejorábase en la misma medida la religion, hasta que de esa manera hemos ido llegando á la época presente. Hoy el concepto que la inteligencia humana se forma de Dios, es ya muy puro y muy ámplio, y ofrece especialmente un carácter científico y razonado que le presta extraordinario vigor. Por eso las antiguas formas religiosas decaen en el espíritu de las gentes ilustradas de todos los países, y es llegada la hora de que abandonándose las religiones positivas al libro de la historia se arraigue en los ánimos la religion natural, que es la única que concuerda con el moderno concepto de Dios, prescindiendo de fantásticas pretensiones y fundándose simplemente en lo que la razon natural cultivada y educada durante largos siglos dicta y establece. Ahora bien; el símbolo de esa religion natural llamada á

hermanar á todos los hombres y á borrar las diferencias que en tal terreno actualmente los separan, puede resumirse en el siguiente

Credo:

Credo.

Creo en Dios, único, universal y supremo, infinito y absoluto, colmo de felicidad y de verdad, razon y causa de todos los seres limitados que por él y en él, y bajo él, son y existen. Creo en la eternidad de la vida de todos esos seres y en su progreso indefinido hácia la suma perfeccion de Dios que á su seno los atrae infundiéndoles su gracia, coordinada con la libertad individual. Creo que todos ellos realizan su progreso por medio de vivificaciones sucesivas, á través de las cuales se van mejorando á sí propios, y van, por consiguiente, logrando el bien de su naturaleza. Creo que á medida que progresan por medio de tales vivificaciones sucesivas, su libertad aumenta y la gracia divina obra

sobre ellos de un modo más y más suave: aunque sin por ello hacerse jamás innecesaria en los siglos de los siglos. Creo que todos y cada uno de los seres están así llamados sin excepcion alguna á identificarse gradualmente con Dios y á gozar de él, y creo, por último, que la religion natural no es más que el reconocimiento de esa elevacion continua del Universo hácia Dios.

**Mandamientos de la ley de Dios segun los
comprende la razon humana.**

Los mandamientos se dividen en cuatro clases, á saber :

Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con Dios.

Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con los demás seres.

Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para consigo mismo.

Mandamientos que hacen relacion á las

obligaciones del hombre para con la sociedad general humana y sus sociedades interiores.

Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con Dios.

El primero, procurar conocer, amar y respetar á Dios en su unidad, en sus determinaciones internas y como fundamento de todos los séres limitados.

El segundo, orar á Dios en su concepto de Sér Supremo.

Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con los demás séres.

El primero, procurar conocer, amar y respetar en general á todos los séres como emanados de Dios, en sí y en sus modos de ser internos.

El segundo, hacer bien á todos esos séres, no por utilidad ó goce personal, sino por puro amor al bien.

El tercero, cumplir á cada uno de esos séres su derecho.

Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para consigo mismo.

El primero, procurar conocerse, amarse y respetarse á sí mismo como emanado de Dios, en sí y en sus modos de ser internos.

El segundo, hacerse bien á sí mismo y á todos sus modos de sér internos, no por el placer que de ello resulte, sino por puro amor al bien.

El tercero, cumplir á cada uno de esos modos de ser internos su derecho respectivo.

Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con la sociedad general humana y para con sus sociedades interiores.

El primero, procurar conocer, amar y respetar á la sociedad general humana (ó sea á la reunion de los séres que en un momento y un mundo dados, por ejemplo el momento

y el mundo actual, alcanzan nuestro mismo grado de perfeccion) como emanada de Dios, en sí y en sus modos de ser internos.

El segundo, hacer bien á la sociedad en general y á todos sus modos de ser internos, no por el placer que de ello resulte, sino por puro amor al bien.

El tercero, cumplir á la sociedad general y á cada uno de esos modos de ser internos su derecho respectivo.

Estos mandamientos se encierran en dos: en amar y asemejarse á Dios, y en practicar el bien.

DIOS CONSTA DE DOS FASES Ó MODOS DE SER INTERIORES :

El espíritu universal y la materia universal.

TODOS LOS SERES LIMITADOS, Á SEMEJANZA DE DIOS, CONSTAN TAMBIEN DE DOS FASES Ó MODOS DE SER INTERIORES.

Espíritu y materia.

EL HOMBRE, COMO SER LIMITADO, CONSTA TAMBIEN DE DOS FASES Ó MODOS DE SER INTERIORES:

Cuerpo y espíritu.

SU ESPÍRITU CONSTA Á SU VEZ DE DOS FASES Ó MODOS DE SER INTERIORES:

Inteligencia y sensibilidad.

SU CUERPO CONSTA Á SU VEZ DE DOS FASES Ó MODOS DE SER INTERIORES:

Vida de relacion y vida orgánica.

LA SOCIEDAD GENERAL HUMANA, COMO REUNION DE TODOS LOS HOMBRES, CONSTA DE VARIAS SOCIEDADES Ó MODOS DE SER INTERIORES:

La ciencia, el arte, la industria, el comercio, la moral, el derecho, el matrimonio, el municipio, la nacion, la confederacion.

SOBRE LA DOCTRINA DE LA RELIGION
NATURAL.

Sobre la introduccion.

P. ¿Pueden aceptarse las llamadas religiones positivas que se fundan en revelaciones, es decir, en dogmas impuestos para que se crean sin exámen?

R. No señor; no hay más revelacion posible que la que se verifica por medio de la razon, lazo de union entre Dios y los hombres, y esa revelacion es de todos los dias y de todos los momentos, pudiendo aprovecharla cada cual con interrogarse concienzudamente á sí mismo.

P. ¿Basta, pues, la razon para conocer las verdades religiosas?

R. No solo basta, sino que es el único medio de conocerlas.

P. ¿Cómo entonces han caido los hom-

bres en los absurdos de las religiones positivas?

R. Porque aunque la razón, cuando se la sabe consultar, dicta siempre ideas exactas, el entendimiento del hombre solo poco á poco se fortalece en el curso de la historia y solo poco á poco comprende lo que es realmente racional.

P. ¿Son, pues, todas las religiones positivas enteramente erróneas?

R. No tal; cada una se acerca á la razón mas ó menos, pero siempre algo, aunque al lado de tales aproximaciones ofrezcan todas monstruosidades y absurdos.

P. ¿Y en qué se diferencia la religion natural de esas religiones positivas?

R. Primero: En que no se impone y por consiguiente no exige fe ciega en su doctrina sino que muestra lo que la razón natural indica, dejando á cada uno que juzgue por sí y declarando además que con toda clase de creencias merecerá el hombre recompensas en la vida futura si es bueno y honrado.

Segundo: En que admite todos los mejoramientos que en sus principios realicen los que se adhieran á ella.

Tercero: En que en su doctrina se encuentra todo lo fundamentalmente bueno en que concuerdan las diversas religiones positivas; pero metodizado y deducido científicamente del concepto de Dios y sin las ridiculeces de dichas religiones ni sus pretensiones dogmáticas de infalibilidad.

P. ¿En qué consiste, pues, en resúmen, la religion natural?

R. En la elevacion de todas las facultades hácia Dios para tomar sus perfecciones por norma y por objeto de adoracion constante.

Sobre el Credo.

P. ¿Por qué decís que Dios es único?

R. Porque nada existe fuera de él; porque si hubiera algo fuera de él y opuesto á él, no seria Dios; porque Dios solo puede ser Dios siendo único en esencia y en número.

P. ¿Por qué decís que Dios es universal y supremo?

R. Es universal porque funda, determina y contiene en su seno todos los mundos y todos los seres en los cuales se reflejan sus perfecciones, aunque de una manera limitada.

Es supremo en cuanto se le considera mentalmente como separado de esos mundos y seres limitados que funda, determina y contiene, y como superior á ellos.

P. ¿Por qué decís que Dios es absoluto é infinito?

R. Es absoluto porque no tiene en ningún otro sér las condiciones de su existencia, porque no depende mas que de sí propio.

Es infinito porque no está limitado en ningún sentido.

P. ¿Cómo se llama Dios en cuanto absoluto?

R. El espíritu universal.

P. ¿Cómo se llama Dios en cuanto infinito?

R. La materia universal.

P. ¿Puede decirse entonces que el espíritu es Dios ó la materia es Dios?

R. No, porque el uno y la otra son fases ó modos de ser interiores de Dios, y él es ambos y más que ambos: así los colores son modos de ser interiores de la luz, y la luz es más que los colores.

P. ¿Por qué decís que es colmo de verdad y de felicidad?

R. Es colmo de verdad en cuanto poseyéndose á sí propio como absoluto, se conoce á sí propio.

Es colmo de felicidad en cuanto poseyéndose á sí mismo como infinito, se siente y se disfruta á sí mismo.

P. ¿Por qué decís que Dios es razon y causa de todos los seres limitados?

R. Es su razon porque sin él no serian posibles, y solo por él pueden existir.

Es su causa, puesto que en efecto existen porque él los determina.

P. ¿En qué consiste el progreso indefi-

nido de todos los seres hácia la suma perfeccion de Dios?

R. En irse conociendo, sintiendo y dirigiendo á sí propios sucesivamente con más fuerza é intensidad, á semejanza de Dios, que se conoce, se siente y se posee de un modo perfecto.

P. ¿Y progresan así todos los seres?

R. Todos.

P. ¿Hasta los insectos y los gusanos y las fieras?

R. Sí, señor.

P. ¿Y cómo verifican ese progreso?

R. Transformándose poco á poco en seres más perfectos.

P. ¿Por qué medio logran esas transformaciones?

R. Por medio de la muerte.

P. Y ¿qué es la muerte?

R. El tránsito que verifica cada sér de un estado á otro superior.

P. ¿Qué le sucede entonces á un sér cuando muere?

R. Pasa á otra nueva vida, y de aquella cuando muere á otra, y así sucesivamente.

P. ¿No hay en ese caso infierno, ni gloria, ni purgatorio, ni limbo?

R. No, señor; esos son viles recursos del clero, para explotar á los hombres crédulos; pero el que en una de sus vidas obra mal, paga en la inmediata su mala conducta con enfermedades, miserias y desgracias de todos géneros.

P. ¿Y si entonces se arrepiente y enmienda?

R. Goza felicidades y dichas en la otra próxima vivificación, porque Dios concede perdon siempre que hay arrepentimiento y se sufren con valor los castigos merecidos y se mejora de conducta.

P. En ese caso, ¿son eternos todos los séres?

R. Sí; pero á cada muerte mejoran de forma y de condiciones, sin perder su identidad.

P. ¿Cómo se llama esa fuerza misteriosa

que los empuja de vivificación en vivificación, mejorándolos de forma y de condiciones?

R. Gracia divina ó providencial.

P. ¿Por qué decís que á medida que los séres progresan en esa escala infinita, se ejerce sobre ellos la gracia divina de una manera más suave?

R. Porque á medida que los séres van comprendiendo tan maravilloso fenómeno se capacitan para cooperar á él, hasta cierto punto, procurando mejorarse á sí mismos, y realizar espontáneamente el bien de su naturaleza en cada una de sus vivificaciones.

SOBRE LOS MANDAMIENTOS.

Sobre los Mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con Dios.

P. ¿Cuál es el primero?

R. Procurar conocer, amar y respetar á Dios en su unidad, en sus determinaciones internas y como fundamento de todos los seres limitados.

P. ¿Por qué se dice que se ha de procurar conocer, amar y respetar á Dios en su unidad, en sus determinaciones internas y como fundamento de todos los seres limitados?

R. Porque si se atiende solo á Dios, considerado como unidad, se prescinde de sus determinaciones interiores, y por lo tanto se le conoce, ama y respeta incompletamente; y lo mismo sucede si no se le considera además como razon y fundamento de todos los seres limitados (Sér Supremo).

Otro tanto puede decirse si solo se atiende á Dios bajo estos dos últimos conceptos ó bajo uno de ellos, prescindiendo del otro y dejando de conocerle, amarle y respetarle en primer término en su esencial unidad.

P. ¿Quién peca principalmente contra este precepto?

R. El que vive adherido á groseros pensamientos, afectos y acciones sin levantar su inteligencia, su corazón y todo su sér hácia sus altas cualidades.

P. ¿Cuál es el segundo mandamiento?

R. Orar á Dios en su concepto de Sér Supremo.

P. ¿Cómo se cumple este precepto?

R. Haciendo el bien, poniendo el pensamiento en Dios y meditando con fervor acerca de su grandeza.

P. ¿No es, pues, necesario recitar oraciones aprendidas?

R. Ni es necesario, ni ninguna persona debe caer en tales prácticas groseras: la oración no consiste en murmurar palabras, sino

en obrar como Dios quiere, y en remontar respetuosamente el ánimo hácia él pidiéndole mentalmente fortaleza para sufrir los males del mundo. Las oraciones de los libros devotos solo son indignas parodias de lo que debe ser la verdadera oracion.

P. ¿Y por qué se dice que se debe orar á Dios en su concepto de Sér Supremo?

R. Porque, en su concepto de universal, abraza á todos los séres limitados, incluso el que ora, y resultaria entonces un absurdo.

Sobre los mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con los demás séres.

P. ¿Cuál es el primero?

R. Procurar conocer, amar y respetar en general á todos los séres como emanados de Dios, en sí y en sus modos de ser internos.

P. ¿Por qué decís que se debe procurar conocer, amar y respetar en general á todos los séres, como emanados de Dios?

R. Porque solo se los puede conocer, amar y respetar bien, empezando por considerarlos bajo tal punto de vista. Todos los seres, son, en efecto, en primer término, determinaciones subordinadas y reflejos de la Divinidad.

P. ¿Por qué decís que se debe procurar además conocerlos, amarlos y respetarlos considerados en sí?

R. Porque aunque fundados y contenidos en Dios, presentan, como individuos limitados, caracteres originales y especiales.

P. ¿Por qué decís que se debe procurar además conocerlos, amarlos y respetarlos considerados en sus modos de ser internos?

R. Porque cada ser, no solo está fundado y contenido en Dios, y no solo es un individuo original y especial, sino que también, á semejanza de Dios, funda y determina como razon y causa segunda sus propios modos de ser internos.

P. ¿Y cuáles son los modos de ser internos de todos los seres?

R. Infinitos, empezando por los más extensos, y prosiguiendo sucesivamente por otros contenidos en ellos; pero los principales son el espíritu y la materia.

P. ¿Constan, pues, todos los séres, incluso los animales, los vegetales y los minerales, de espíritu y materia?

R. Sí, señor; pero en los séres inferiores no están aun desarrollados y organizados ámbos modos de sér hasta el punto que en los superiores, es decir, hasta el punto que en los animales y en los hombres. En eso consiste el progreso de la creacion.

P. ¿Y es posible conocer, amar y respetar á todos los séres?

R. No, señor; lo único que al hombre es dado, es procurar conocer, amar y, por consiguiente, respetar el mayor número á que lleguen sus esfuerzos y con la mayor intensidad de que sea capaz. En otras vidas irá conociendo más y podrá por tanto amarlos y respetarlos.

P. ¿Pero merecen no solo que se les co-

nozca, sino que se les ame y respete, todos los séres?

R. Sin duda que sí, aunque cada cual en la medida de sus perfecciones actuales. Todos son hechura de Dios y todos gozarán de él algún día.

P. ¿Y los que carecen de perfecciones por completo?

R. No hay sér que no tenga algo bueno, por humilde ó por malvado que sea.

P. ¿Cuál es el segundo mandamiento?

R. Hacer bien á todos esos séres, no por utilidad ó goce personal sino por puro amor al bien.

P. ¿Quién peca contra él?

R. El que no procura favorecer, en cuanto le sea posible, el desenvolvimiento de cada sér con que tropieza en el camino de la vida.

P. ¿Qué nos ordena el tercer mandamiento?

R. Cumplir á los demás séres su derecho.

P. ¿A qué tienen derecho todos los seres con respecto á nosotros?

R. Si son inferiores (animales, plantas, etc.) tienen derecho á que no los destruyamos ni perjudiquemos por solo el deseo de perjudicarlos y destruirlos, limitándonos á usar de ellos para nuestro alimento, vestido y bienestar.

Si son iguales (otros hombres) tienen derecho á que respetemos su libertad de buscar su propio bien y de dirigir con independencia el rumbo de su vida, sin oprimirlos, dañarlos, ni molestarlos en tan sagrada tarea, y á ser favorecidos (por nosotros y por todos sus demás hermanos mancomunadamente) si caen sin culpa en la desgracia y no pueden valerse.

Sobre los mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para consigo mismo.

P. Ante todo, ¿tiene el hombre obligaciones para consigo mismo?

R. Sí, señor.

P. ¿Por qué?

R. Porque no se ha creado á sí mismo, sino que ha sido creado por Dios, y, por consiguiente, no es dueño arbitrario y absoluto de su persona.

P. ¿Y cuál es el primero de los mandamientos que hacen relacion á este género de obligaciones?

R. Procurar conocerse, amarse y respetarse á sí mismo como emanado de Dios, en sí y en sus modos de ser internos.

P. ¿Por qué debe procurar conocerse, amarse y respetarse á sí mismo, considerándose bajo esos tres puntos de vista?

R. Por las mismas razones ya dadas al tratar de las obligaciones del hombre para con los demás séres.

P. ¿Quién peca contra este mandamiento?

R. El que no se cuida de estudiar las maravillas de su propio sér, de su cuerpo y de su espíritu, así como sus inclinaciones, debilidades y defectos.

El que no se estima á sí propio, el que hace desprecio de su persona, el que se descuida, el que se suicida.

Finalmente, el que se degrada, el que pierde su dignidad, el que se falta á la consideracion que á sí mismo se debe, como criatura de Dios.

P. ¿Puede uno amarse á sí mismo con exceso?

R. No hay exceso en amarse uno á sí mismo, por mucho que sea, mientras ese amor no le incite á perjudicar á los demás: en este caso faltará á las obligaciones que tenemos para con los demás séres.

P. ¿Cuál es el segundo mandamiento?

R. Hacerse bien á sí mismo y á todos sus modos de ser internos, no por el placer que de ello resulte, sino por puro amor al bien.

P. ¿Cómo se puede hacer bien uno á sí mismo?

R. Procurando mejorarse bajo todos los puntos de vista, procurando mejorar y fortificar

lecer su salud, su fuerza física, su entendimiento, su memoria, su voluntad, su carácter, y, en fin, todos sus modos de sér.

P. ¿Y es posible hacer eso?

R. No es posible hacerlo todo en esta sola vida actual; pero se debe hacer cuanto cabe en nuestras fuerzas. Lo demás se irá haciendo en las infinitas vidas sucesivas.

P. ¿Cuál es el tercer mandamiento?

R. Cumplir á cada uno de nuestros modos de ser internos su derecho respectivo.

P. ¿Qué derechos son esos?

R. El que cada uno de esos modos de ser tiene para que no descuidemos gravemente su desarrollo y cultivo por atender con exclusivismo al de otros.

P. Indicad algun caso particular.

R. El cuerpo, por ejemplo, tiene derecho á que no se le olvide por consagrarse solo á la educacion del espíritu, y del mismo modo todas nuestras fases interiores están asistidas de un derecho análogo.

P. ¿Debemos, pues, cultivar por igual todas nuestras facultades?

R. Eso no es posible, porque cada cual tiene disposiciones é inclinaciones especiales; pero al menos debe procurarse llegar en cuanto sea dado al equilibrio y la armonía.

Sobre los mandamientos que hacen relacion á las obligaciones del hombre para con la sociedad general humana y sus sociedades interiores.

P. ¿Cuál es el primero?

R. Procurar conocer, amar y respetar á la sociedad general humana, como emanada de Dios, en sí y en sus modos de ser internos.

P. ¿Quién peca contra este mandamiento?

R. El que vive sin tratar de aprender lo que es la sociedad humana de que forma parte, y su organizacion interior, el que no la profesa aficion y cariño y el que la desprecia ó la tiene en poco.

P. ¿Cuál es el segundo?

R. Hacer bien á la sociedad en general y á todos sus modos de ser internos, no por el placer que de ello resulte, sino por puro amor al bien.

P. ¿Quién peca contra este mandamiento?

R. El que se aísla y se hace inútil á la sociedad general, como los anacoretas, los ermitaños, los misántropos, los frailes y las monjas.

El que se retrae del matrimonio y la sociedad conyugal como las personas citadas y los clérigos.

El que no contribuye al progreso de la sociedad bajo algun punto de vista determinado, por ejemplo, el científico, el industrial, el comercial ú otros.

El que además prescinde por egoismo y por indiferencia de ocuparse en los asuntos políticos de su patria y no coopera al afianzamiento de la libertad y la justicia.

P. ¿Cuál es el tercero?

R. Cumplir á la sociedad general y á

cada uno de sus modos de ser internos su derecho respectivo.

P. ¿A qué tienen derecho la sociedad general y sus sociedades ó modos de ser interiores con respecto á nosotros?

R. A que no las perjudiquemos y dañemos.

P. ¿Quién daña y perjudica á la sociedad en general y á sus sociedades interiores?

R. El que daña y perjudica á los individuos de que se componen.

El que destruye ó deteriora las cosas útiles á la sociedad, ya sean objetos naturales, ya productos del arte ó de la industria.

**Sobre las fases ó modos de ser interiores
de Dios.**

P. ¿Cuáles son las fases ó modos de ser interiores de Dios?

R. Los principales y mas extensos, dos, á saber: la materia universal y el espíritu universal.

P. ¿Puede haber materia sin espíritu ó espíritu sin materia?

R. No, señor; porque ni la materia ni el espíritu universales son seres por sí, sino modos de ser de Dios, puntos de vista ó aspecto de su esencia.

Sobre las fases ó modos de ser interiores de los seres limitados.

P. ¿Cuáles son las fases ó los modos de ser interiores de los seres limitados?

R. Los principales son dos, á saber, materia y espíritu.

P. ¿Hay seres que son solo materiales ó solo espirituales?

R. No, señor; todo sér tiene que constar forzosamente de los dos elementos.

P. Pues ¿no se dice generalmente que los seres inferiores como los minerales son simple materia y los ángeles espíritus puros?

R. Todos los seres son á la vez materiales y espirituales, pero los inferiores, como, por ejemplo, los minerales, tienen aun sus

dos elementos poco organizados, y los seres superiores los tienen ya más organizados. Por otra parte, no hay más ángeles que los mismos seres mundanos perfeccionados en sus vivificaciones sucesivas; y en esas vivificaciones sucesivas, los seres mundanos constarán siempre de cuerpo y espíritu.

Sobre las fases ó modos de ser interiores del hombre.

P. ¿Cuáles son los modos de ser interiores del hombre?

R. Los mismos que los de todos los seres: cuerpo y espíritu.

P. ¿Qué es lo que sobrevive del hombre, el espíritu ó el cuerpo?

R. Sobrevive el espíritu y el cuerpo porque no son seres separados, sino modos de ser del individuo humano. Cuando el hombre, despues de morir pasa á otra nueva vivificacion en otro mundo y en otra sociedad mejores, aparece en ese mundo y en esa sociedad lo mismo que en este mundo y esta

sociedad con un cuerpo y un espíritu, aunque más perfectos que los actuales.

Sobre las fases ó modos de ser interiores del espíritu humano.

P. ¿Cuáles son los modos de ser interiores del espíritu humano?

R. Los principales son dos: inteligencia y sensibilidad.

P. ¿Qué es inteligencia?

R. La facultad de conocer.

P. ¿Qué es sensibilidad?

R. La facultad de conmoverse.

P. ¿Cuáles son los modos de ser internos de la inteligencia?

R. Los principales son dos: imaginacion y entendimiento.

P. ¿Qué es imaginacion?

R. La facultad de percibir lo infinito en lo limitado.

P. ¿Qué es entendimiento?

R. La facultad de raciocinar y discurrir.

P. ¿Y qué me decís de la memoria?

R. Que aplicada á la inteligencia es la facultad de reproducir sus estados pasados.

P. ¿Cuáles son los modos de ser internos de la sensibilidad?

R. Los principales son dos: sensacion y sentimiento.

P. ¿Qué es sensacion?

R. La conmocion material.

P. ¿Qué es sentimiento?

R. La conmocion moral.

P. ¿Y no hay memoria sensible?

R. Sí, señor; es la facultad de reproducir los estados pasados de la sensibilidad.

Sobre las fases ó modos de ser interiores del cuerpo humano.

P. ¿Cuáles son los modos de ser interiores del cuerpo humano?

R. Los principales son dos: vida orgánica ó vegetativa y vida de relacion.

P. ¿Qué es vida orgánica ó vegetativa?

R. El conjunto de funciones que tienen

por objeto la conservacion del individuo, como la digestion, circulacion y otras.

P. ¿Qué es vida animal ó de relacion?

R. El conjunto de funciones que tienen por objeto poner al individuo en comunicacion con el mundo externo, á saber: los movimientos y los sentidos.

Sobre las fases ó modos de ser interiores de la sociedad humana.

P. ¿Cuáles son los modos internos de ser de la sociedad humana?

R. La ciencia, el arte, la industria, el comercio, la moral y el derecho considerados como instituciones, y el matrimonio, el municipio, la nacion y la confederacion.

P. ¿Por qué no citais tambien la religion?

R. Porque la religion es el resultado final de todos los géneros de actividad individual y social: la religion no es un guarismo, sino la suma de todos los guarismos.

P. ¿Debe haber entonces una sociedad

para la religion como para la ciencia, el arte, etc., etc.?

R. No, señor; el conjunto de todas estas sociedades, consideradas como aspiraciones parciales hácia el ideal divino, constituye la sociedad religiosa.

P. ¿Creeis entonces que la religion no debe constituir una profesion especial?

R. Así lo creo.

P. ¿Y quién cuida entonces del culto?

R. No debe haber mas culto que el obrar bien y el pensar cada cual en Dios.

P. ¿Y los templos?

R. El hogar del hombre honrado y el campo sublime de la naturaleza son los mejores.

P. Pero ¿quién ha de auxiliar á los hombres á ponerse bien con Dios?

R. Cada cual, obrando bien, se basta á sí mismo para merecer que Dios le favorezca, y el que necesite consejo fácilmente le encuentra si se lo pide á personas respetables, á ancianos encanecidos en el trabajo y

en la virtud. Los preceptos de la religion natural son sencillos en extremo y están desprovistos del aparato calculado de las religiones positivas.

FIN DEL CÁTECISMO

DE LA RELIGION NATURAL.

INDICE.

	Páginas.
Dedicatoria	v
Introduccion	I
Cap. I.—¿Qué es la inmortalidad? ¿Qué es el alma?	29
— II—El alma, el cuerpo y el espíritu	41
— III—La teoría vulgar de la muerte	51
— IV—La teoría vulgar de la vida eterna	65
— V—Teoría racional de la muerte	79
— VI—Teoría racional de la vida eterna	89
— VII—Comparaciones	103
— VIII—Nuevas bases	113
— IX—Perfeccionamiento del principio de individualidad	123
— X—Aplicaciones en general	137
— XI—Lo físico y lo moral	149
— XII—El espíritu inteligente y el cuerpo	167
— XIII—El espíritu sensible y el cuerpo	181
— XIV—La vida de relacion y el espíritu	191
— XV—La vida vegetativa y el espíritu	207
— XVI—El espíritu	213
— XVII—El cuerpo	223
— XVIII—El alma y el cuerpo y el espíritu	231
— XIX—El orden social	241
— XX—La familia	251
— XXI—Conclusion	259
Catecismo de la Religion natural	281

EL DERECHO NATURAL,
EXPOSICION
DE LOS
PRINCIPIOS UNIVERSALES DEL DERECHO,

con aplicacion especial á los sêres humanos,

por

D. Juan Alonso y Eguilaz,

dedicada al eminente jurisconsulto

Excmo. Sr. D. Cristino Martos.

Esta obra, que forma un volûmen en 4.º de cerca de 300 págs. de compacta, pero clara y esmerada impresion, está escrita con arreglo al criterio racionalista moderno, y es útil, no solo á los que se dedican profesionalmente á los estudios jurídicos, sino en general á toda clase de personas, por la sencillez de la exposicion, que hace asequibles á todo el mundo los principios de derecho, cuyo conocimiento es ya más indispensable de dia en dia. En ella se relaciona además de un modo intimo la ciencia del derecho natural con el problema de la inmortalidad del alma y la pluralidad de existencias de todos los sêres, abriendo un campo inmenso á investigaciones encerradas hasta aquí dentro de nuestro mundo y nuestra vida actual. Esta obra está, por tanto, destinada á dar nuevo y poderoso impulso á una rama de la ciencia que carece hasta hoy de vigor y de sávia por no extender sus miradas al horizonte infinito de la creacion y de la vida futura y no adquirir, en su consecuencia, un verdadero sello religioso en el profundo sentido de esta palabra, y con independencia de los cultos positivos, rayos parciales de una luz superior en que se borran sus limitaciones respectivas.

La obra se halla de venta, al precio de 16 reales, en las librerías de Durán, Leocadio Lopez, San Martin, Donato Guío, Librería Universal, Moya y Plaza y viuda de Vazquez. A provincia se remite franca de porte, mediante libranza á favor de su autor. Arenal, 16, cuarto cuarto. En Ultramar 24 reales, igualmente franca de porte.

Otras obras del mismo autor.

	Reales.
El mundo hasta Jesucristo (Discurso familiar sobre la historia universal antigua), un tomo en 4.º... 10	10
El hombre de hoy (Estudios morales), un tomo en 8.º..... 4	4
En sério y en broma (Artículos y poesías), un tomo en 8.º..... 14	14

OBRAS DE FONDO
RECIENTEMENTE PUBLICADAS.

Aguilera. — Limones agríos, 8. ^o mayor.	14	jero en Madrid.	12
Argüelles. — De 1820 á 1824, reseña histórica, 1 t., 8. ^o mr.	14	Hartzenbusch. — Tardes de la Granja, con lams. 4. ^o	21
Campeamor. — Polémicas con la democracia, 8. ^o	12	Karr. — Las mujeres, 1. ^a y 2. ^a parte, 8. ^o	10
— Doloras escogidas, 16. ^o	6	Lamartine. — Las confi- dencias, 8. ^o	10
— Colon, poema, 16. ^o	6	— Las nuevas confidencias, 8. ^o	10
— Lo absoluto, 8. ^o mayor.	14	— Últimas confidencias, 8. ^o	10
Catalina. — La Verdad del Progreso, 4. ^o	24	Llanos y Alearáz. — La mujer del siglo XIX, 8. ^o mr.	20
— La Mujer, 8. ^o 4. ^a edición.	20	Maccé. — Aritmética del Abbe- lo, 8. ^o	12
Castelar. — La Fórmula del Progreso, 8. ^o	8	Murger. — Escenas de la vida de Bohemia, 4. ^o	4
— Defensa de la Fórmula del Progreso, 8. ^o	8	Nombela. — El bello ideal del matrimonio, 16. ^o	8
— Cuestiones políticas y socia- les, 5 tomos, 8. ^o	24	— El coche del diablo, 3. ^a edi- ción, dos tomos, 8. ^o	16
— La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianis- mo, 4 ts., 8. ^o mr., 2. ^a edición.	64	Olózaga. — Estudios sobre elocuencia, 8. ^o mr., 3. ^a edición	14
— ídem id., tomo 4. ^o de la 1. ^a edición.	26	Pacheco. — Literatura, his- toria y política, 2 ts., 8. ^o mr.	28
— Discursos parlamentarios en la Asamblea Constituyente de 1869 á 1870, 5 tomos, 8. ^o	24	Pedrosa. — Cuentos intí- mos, 8. ^o	14
Costanzo. — Música celestial 1 tomo 8. ^o mayor.	14	Palacio (M. del). — Doce reales de prosa y algunos ver- sos gratis, 8. ^o mayor.	12
Código de los jesuitas, 16. ^o	4	Pareda. — Escenas montañe- sas, un tomo 8. ^o mayor.	14
Espirita, por Gautier, 8. ^o	11	Paul de Kock. — El Prado de Anapolas, dos tomos, 8. ^o .	20
F. de los Rios. — O todo ó nada, un tomo 8. ^o	14	— Las mujeres, el vino y el jue- go, 8. ^o	14
— Cuentos para todas las edades, edición de lujo, con lams., 4. ^o .	21	— La Senda de los Ciruelos, 8. ^o .	11
F. y Gonzalez. — La hija del Carnaval, 8. ^o mayor.	14	Sanchez. — Los Santos Pa- dres, 8. ^o mayor.	20
Guía completa del via-			

En prensa.

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

1.^a parte, 2.^a edición. — 2.^a parte, 1.^a edición.

POR

DON EMILIO CASTELAR.

Madrid: 1871. — Imp. de J. Peña, Olivar, 22.